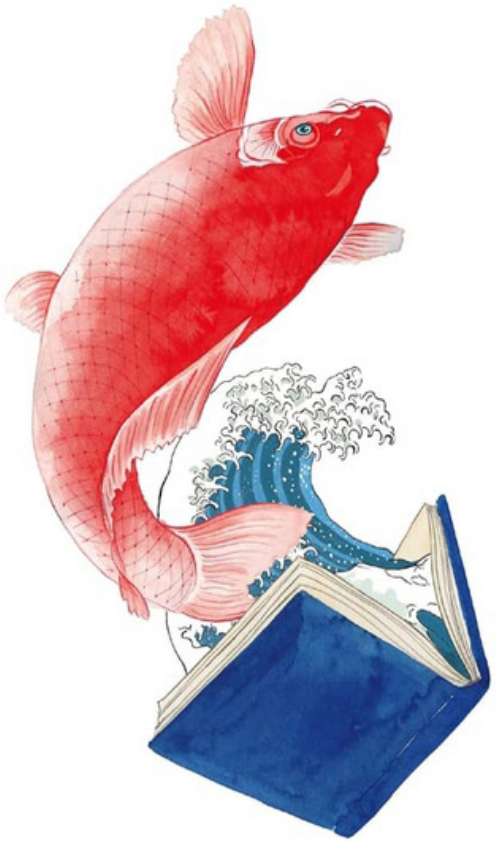
UN PRECIOSO HOMENAJE AL ALMA DE LAS LIBRERÍAS



EL PEZ EN LA LUNA

Shion Miura

Traducción de Rumi Sato

13

Mashiki Honda tiene veinticuatro años y ha heredado una famosa librería de Tokio a la que acuden numerosos bibliófilos y donde a él mismo le gusta olvidarse del mundo exterior. Su amigo Taichi Senagaki, de carácter sociable y despreocupado, tiene veinticinco y es mayorista de libros usados. Los dos se criaron como si fueran hermanos mientras el abuelo de Mashiki les enseñaba a valorar los libros antiguos. Sin embargo, un verano sucedió algo que cambió su relación y el curso de los acontecimientos…

Cuando una viuda se ofrece a venderles su biblioteca, ambos se trasladan a una casa perdida entre las montañas para tasar sus libros. Será entonces, al examinar los viejos volúmenes, cuando por fin se vean obligados a enfrentarse a ese pasado que tanto los marcó.

Shion Miura

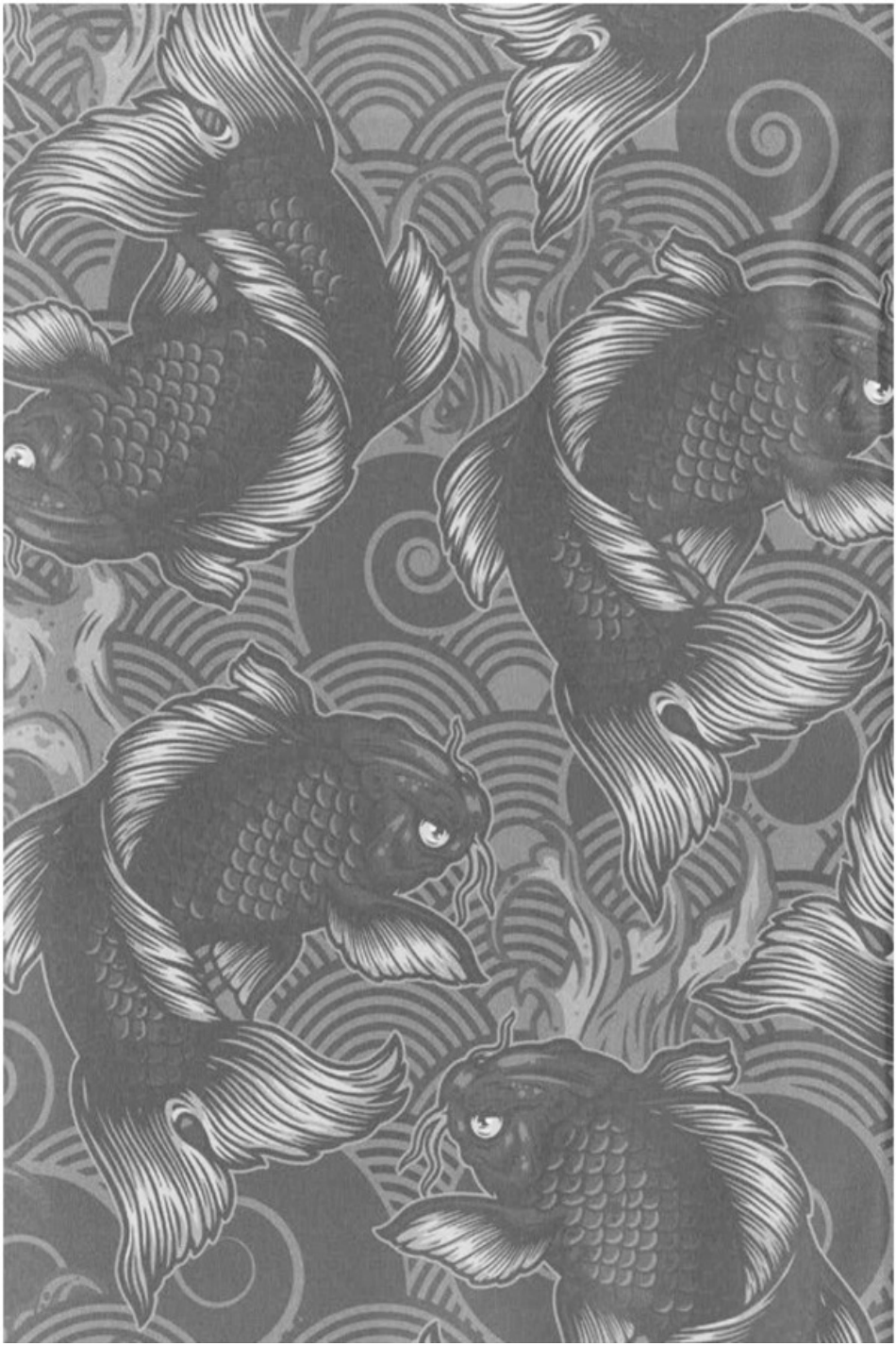
EL PEZ EN LA LUNA

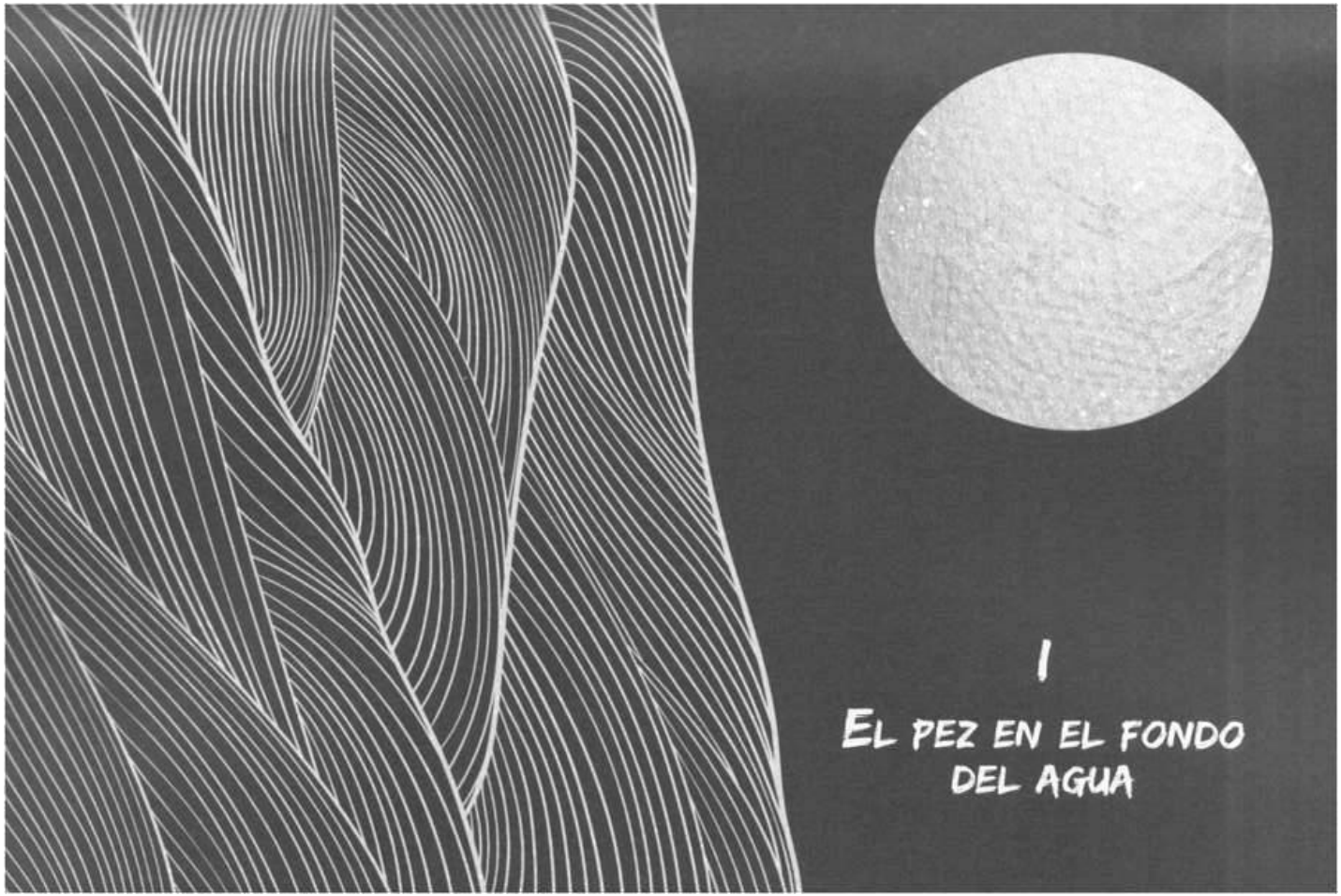
Título original: *Getsugyo*
Shion Miura, 2021
Traducción: Rumi Sato, 2021

-

Revisión: 1.0

29/04/2023




1
EL PEZ EN EL FONDO
DEL AGUA

CAPÍTULO 1

Una luz anaranjada se iluminó al final de la estrecha calle. Procedía del farol de la fachada de la librería de viejo Mukyudo. Taichi Senagaki se detuvo y encendió un cigarrillo. Se acercaba la noche. A ambos lados de la calle se levantaban unas arboledas, inusualmente densas para hallarse a poca distancia del centro de Tokio. Los árboles cubrían las farolas por completo. La luz tenue de la librería alumbraba ese paseo en penumbra como si hubiera presentido la visita de Senagaki. Era como un faro que conduce un barco hasta un puerto envuelto en la bruma. Al igual que la señal de un barco que pide permiso para realizar su escala portuaria, la pequeña brasa roja del cigarrillo irradió de los labios de Senagaki. El paseo arbolado se iba estrechando levemente a medida que se acercaba a la Mukyudo, de modo que durante el día la librería parecía hallarse más lejos de lo que en realidad estaba a causa de ese efecto óptico. Pero después de la puesta de sol, cuando apenas se percibía la anchura de la calle, bastaba con caminar guiado por la luz del farol de la librería Mukyudo ubicada en el extremo norte de la misma.

Pronto las opresivas arboledas se desvanecieron, y ahora Senagaki sintió en la planta de los pies la rugosidad de la grava. Salió a un camino de guijarros, una especie de senda agrícola que iba de este a oeste ante la finca de la librería de viejo. El letrero de madera que colgaba de la fachada del establecimiento emergía pálidamente enmarcado por el halo de luz. En él los caracteres de

«LIBRERÍA DE VIEJO MUKYUDO» estaban caligrafiados en el color de la noche. Senagaki cruzó el camino de guijarros con tres grandes zancadas y posó una mano en la fría verja de hierro forjado. El portón bajo que le llegaba a la altura del estómago emitió un estridente chirrido, pero se abrió sin dificultad. Parecía que el comercio ya había dado por finalizada la actividad de la jornada, pues las puertas correderas de cristal de la entrada estaban cerradas y las cortinas negras corridas. Senagaki escrutó el interior a través de la rendija de las cortinas. No había señales de presencia humana. Sin embargo, estaba seguro de que a esas horas su amigo aún no se había retirado a la vivienda del fondo. Supuso que estaría en la trastienda y dio golpes en la puerta.

—¡¡Oyeee, Mashiki!! ¡¡Ábreme!!

En respuesta a ese grito tan fuerte capaz de hacer vibrar las hojas de cristal, se produjo un ruido de pasos bruscos en el interior. Senagaki recordó que aún tenía el cigarrillo entre los labios y se agachó para apagarlo contra una de las piedras pasaderas bajo sus pies. En ese momento, alguien descorrió las cortinas dejando salir la luz al exterior. Mashiki Honda miró malhumorado hacia abajo. Al ver a Senagaki medio agachado, volvió a correr las cortinas sin decir nada.

—Un momento…, ¿a qué viene tanta frialdad? —Senagaki aporreó la puerta de nuevo con las palmas y, con voz lastimosa, imploró—: Mi adorado Mashikiii, ábreme, por favor. Te he traído la carne, *la carne* —enfatizó marcando las sílabas.

Mashiki descorrió las cortinas y quitó la llave, así que Senagaki consiguió por fin superar la dificultosa barrera, que parecía una copia de la puerta de roca del Cielo[1]. Mashiki iba vestido elegantemente, como de costumbre, con un kimono de color vino ceñido con un fajín negro formal. Su aspecto recordaba a un espadachín de hace siglos, pero el atuendo favorecía al joven de tez clara.

—Te tengo dicho que no fumes. —Mashiki adoptó un gesto hosco mientras entrecerraba sus rasgados ojos castaños.

Senagaki levantó ambas manos con afectación con un leve

ademán de rendirse.

—Lo sé… Ya he apagado el cigarrillo, tal como has visto. —Dicho esto, le apartó a Mashiki el mechón de pelo castaño que le caía sobre la frente nívea—. Tú siempre preocupándote por mi salud.

—¿Eres idiota? —Mashiki sacudió la cabeza con tanta rudeza y gelidez que incluso el hielo podría resultar más caliente. Su mechón se escabulló de los dedos de Senagaki—. Qué me va a importar a mí dónde y cuántos cigarrillos te fumes, simplemente es que no soporto que lo hagas en mi casa —espetó, se dio la vuelta y se dirigió al fondo de la librería entre las altas estanterías que llegaban hasta el techo.

El interior del establecimiento aún seguía iluminado, pero la calefacción ya estaba apagada y hacía frío. Senagaki, sin quitarse el abrigo negro, entró detrás de Mashiki. Este se descalzó, colocó ordenadamente sus chanclas en el suelo sin entarimar de la zona de venta y subió al mostrador de la caja que quedaba a un nivel superior. Recogió su tradicional chaqueta acolchada de color negro que había dejado en el asiento. Cuando se la puso sobre su esbelto cuerpo, esa chaqueta abultada atenuó algo su expresión inaccesible al destacar ese aire indefenso que se le había mantenido inalterable desde la universidad. Senagaki también se quitó los zapatos y subió al mostrador. Mashiki, con cara de pocos amigos, le miró a los ojos, que quedaban un poco más arriba de los suyos, y preguntó:

—¿Acaso pretendes quedarte a cenar otra vez?

—Ya te he dicho que hoy he traído la carne. —Senagaki alzó a la altura de los ojos un pequeño paquete de papel que le colgaba descuidadamente de la mano.

—Este detalle tuyo me da todavía más mala espina. Solo traes cosas cuando tienes algo engorroso que pedirme. —Mashiki se encogió de hombros y pasó por la abertura del *noren*[2] azul marino que colgaba detrás del mostrador—. Ah, y no te olvides de recoger la colilla mañana, ¿vale?

—¡Ajá! Así que también puedo pasar la noche aquí.

Las palabras socarronas de Senagaki hicieron que la nuca

delgada de Mashiki se sonrojara ligeramente.

Al otro lado de la cortina *noren* estaba la trastienda. En una sala de unos trece metros cuadrados, los libros que no cabían en las estanterías formaban varias pilas altas en el suelo. Digamos que era el despacho de Mashiki, donde almacenaba los libros que había comprado y que iba clasificando por tipos: los que exponía en la tienda, los que llevaba a las ferias profesionales y los que vendía por catálogo. El suelo entarimado estaba helado. Mientras se frotaba las plantas de los pies, Senagaki contempló las montañas de libros y preguntó:

—¿Cómo te va? ¿Has adquirido algo interesante?

—Nada mal, diría yo. He conseguido las *Obras completas* de Ayuzawa.

—¿Las de la Segunda Guerra Mundial?

—No, una edición que publicó la editorial Toeisha en la posguerra. Todos los tomos están en perfecto estado. ¿Quieres verlos? —preguntó Mashiki de buen humor.

Senagaki asintió sonriendo. Mashiki revolvió deprisa en una pila de libros y sacó la colección de trece volúmenes forrados cuidadosamente con papel de parafina y metidos en sus respectivos estuches. Los dos jóvenes se sentaron en cuclillas ante la colección expuesta en el suelo.

—Pero qué maravilla. ¿Los has forrado tú?

El papel de parafina delgado y traslúcido evita hasta cierto punto el deterioro de los libros por la luz solar o la filtración de la nicotina.

—No. Lo hizo la propietaria. —Mashiki pasó las yemas de sus dedos esbeltos por la superficie del libro como si lo acariciara.

Mientras miraba a su amigo, Senagaki cogió un tonto. Se puede saber si se ha leído o no un libro por la sutil sensación de resistencia al pasar las páginas sin manos de Senagaki, las páginas se abrieron con suavidad, pero no mostraban ningún tipo de desperfecto.

—La propietaria no solo lo conservó de decoración. Lo leyó a fondo, manteniéndolo impecable —comentó Senagaki admirado—. Sin duda está en unas condiciones excelentes. Apenas se encuentran cosas como esta en el mercado. —Una sonrisa tenue afloró a los

labios de Mashiki. Depositaba en esos libros una mirada tierna que jamás dirigía a Senagaki. Este insertó con cuidado el libro en su estuche y se lo devolvió a Mashiki—. No fuiste a la última feria. ¿Se los has comprado a algún particular?

—Sí, al matrimonio Tanabe del vecindario. —Mashiki guardó la colección en un lateral de una estantería donde no daba el sol—. El señor Tanabe me contó que su hija fallecida los apreciaba mucho. Pero el otro día me llamó a su casa y me dijo: «A mi mujer y a mí ya no nos quedan muchos años de vida. No podremos morir en paz sin dejar estos libros en buenas manos».

—Eso significa que ellos reconocen tu trabajo.

Mashiki negó con la cabeza.

—A alguien como yo aún le queda un largo camino que recorrer para alcanzar el nivel de mi abuelo.

Senagaki se rio y se puso en pie.

—Por supuesto que al lado del maestro Honda, tan reputado en el mundo del libro de viejo, no somos más que unos pipiolos ignorantes.

Mashiki tenía veinticuatro años y Senagaki, veinticinco. Ambos eran demasiado jóvenes, teniendo en cuenta que se necesitan diez años de experiencia en el sector antes de que uno pueda abrir su propia librería. En el negocio del libro de viejo, tanto el criterio para comprar libros como el criterio para venderlos depende exclusivamente de los principios y el talento de cada comerciante. Si uno no se dedica día a día a ampliar sus conocimientos de librero, los clientes le ponen la zancadilla y los colegas lo convierten en blanco de sus burlas. Incluso cabe la posibilidad de que tanto los clientes como los libreros se dejen llevar por el encanto del coleccionismo antiguo y se dediquen a atesorar ávida y codiciosamente colecciones valiosas. Si uno no es capaz de valorar un libro con su propio criterio, puede terminar engañado al guiarse por el precio marcado por otras tiendas e incluso puede salir perdiendo. De todos modos, en el mundo de los libros usados y sus negociaciones tácticas, Mashiki Honda y Taichi Senagaki habían logrado subsistir hasta el día de hoy.

—Pero no vas a exponer esta colección en la próxima feria, ¿verdad?

—Voy a ponerla a la venta por catálogo. Así podré informar al señor Tanabe de quién se ha quedado con ella.

—Informar de la identidad del comprador es una infracción de las reglas.

Mashiki miró mal a Senagaki por un segundo y protestó:

—Me fastidia que me lo diga alguien como tú, que hace negocios sin respetarlas.

—¡Vaaaya, tocado y hundido! Ya sabes que siempre compro a un precio justo.

Sin hacer caso a la queja teatral de Senagaki, Mashiki se dirigió rápidamente al fondo de la trastienda mientras le ordenaba:

—Vamos a cenar un *nabemono*[3]. Ve al huerto y trae las verduras de hoja verde que te apetezcan.

La familia de Mashiki, que regentaba esa librería de viejo desde la generación de su abuelo, poseía una extensa finca envidiable, aunque algo alejada del centro de la capital. En la región nordeste de Japón, en Tohoku, aún se conservan casas de labranza tradicionales. Allí la vivienda principal y el establo están integrados formando una L. Se trata de una edificación que trasmite el afecto de los moradores del pasado por sus caballos, que vivían con ellos. A pesar de que nunca hubo caballos en la casa de Mashiki, la edificación representaba ese estilo de vivienda agrícola. Tal vez porque había sido construida según la idea de su abuelo, que acabó sus días prodigando su amor a los libros en lugar de a los equinos.

La librería, compuesta por la zona de venta a través de la que entró Senagaki y la trastienda, sobresalía hacia el sur dando al camino agrícola. Al atravesar por la trastienda, en el lado izquierdo que era el extremo oeste del edificio, se alineaban por este orden el servicio, la cocina y el cuarto de baño, que pertenecían a la vivienda. Al fondo, el pasillo se doblaba a la derecha y se extendía hacia el este. A través de las puertas de cristal, que separaban el pasillo y la pasarela de madera exterior que discurría a lo largo de la fachada del edificio, se veía el oscuro jardín delantero al que Mashiki se había

referido como huerto. En ese soleado jardín orientado al sur, Mashiki cultivaba hortalizas. A pesar de que se ocupaba de eliminar las malas hierbas solo cuando le venía en gana, gracias a la luz del sol y al riego moderado, el huerto siempre se mostraba exuberante. Esos días de invierno estaba algo ralo, naturalmente, pero parecía que aún crecían algunas verduras de hoja verde.

La primera estancia en el largo pasillo de la vivienda era la sala de estar. A continuación, hacia el este se sucedían un dormitorio, la sala de visitas de estilo occidental y, por último, un cuarto de tres tatamis; unos cinco metros cuadrados, que antaño ocupaba un estudiante al servicio de la familia y que ahora se había convertido también en almacén de libros. El extremo este era la entrada principal de la vivienda. Senagaki casi nunca accedía por esa magnífica entrada de suelo empedrado. Él siempre se adentraba en la casa a través de la librería. Ni siquiera Mashiki, actual dueño de la casa, usaba apenas la entrada principal.

Mashiki descorrió los paneles correderos de papel traslúcido de la sala de estar que daban al pasillo, entró y encendió la estufa. El cálido y agradable olor a queroseno se extendió por la habitación. Tras pulsar el interruptor de la mesa-estufa japonesa *kotatsu*, colocada en el centro de la estancia, se volvió hacia Senagaki, que permanecía de pie distraídamente en el pasillo, y le repitió:

—Que me traigas las verduras.

Mashiki tomó de la mano de Senagaki el paquete de carne, cerró la sala de estar y entró en la cocina. Dio la luz. El pequeño fluorescente parecía estar a punto de fundirse y parpadeaba sin parar. Mashiki desató el cordón del paquete y, al echar un vistazo al contenido, soltó una risa inocente como de niño.

—Pero si esto es pollo.

—También hay pescado.

—La carne de pescado es carne sin duda, pero… —Mashiki meneó la cabeza, perplejo. A pesar de sus quejas, parecía divertirse.

A Senagaki le temblaban los hombros intentando ahogar la risa y descorrió la puerta acristalada del pasillo que daba a la pasarela de madera. El exterior estaba sumido en la oscuridad y el viento frío se

coló en la casa. La luz del farol de la librería no llegaba hasta esa parte del jardín. En el rincón donde se unían la tienda y la vivienda se erguía un viejo árbol de enorme copa. Hacía años que sus ramas habían sobrepasado el tejado de la casa de un piso, y mantenía un follaje de hojas brillantes y verdes incluso en invierno. En ese momento, las hojas ondeadas por el viento se superponían unas sobre otras produciendo un susurro espeluznante. Senagaki no tenía ningún interés por las plantas ni por los árboles, y nunca se le había ocurrido preguntarle a Mashiki cómo se llamaba ese árbol. Con la ayuda de la escasa luz que llegaba de la sala de estar, arrancó de raíz un manojo de hojas verdes del huerto que se extendía al pie del árbol. De repente recordó la imagen de Mashiki durante la infancia quitando las malas hierbas en el huerto; su nuca tersa y flexible que asomaba por el cuello de la camiseta, sus mejillas ligeramente sonrosadas por el sol. Mashiki se había enjugado el sudor que le resbalaba por la frente y le había ofrecido un tomate muy maduro, de un rojo vivo.

—Ajá, aquel tomate resultó ser el fruto prohibido. —Mientras murmuraba esto, Senagaki se puso en pie y sacudió la tierra de las hojas que llevaba—. ¿Vale con estas, Mashiki? —Metió medio cuerpo en el pasillo y alzó hacia la luz unas plantas de hojas delgadas. Mashiki se volvió, se encogió de hombros y respondió:

—Pues… nunca he comido de esas. Creo que son malas hierbas, pero ¿quieres que las probemos?

Senagaki dio un suspiro y regresó al huerto a oscuras.

Finalmente se quitó el abrigo, se sentó a la *kotatsu* y se quedó mirando el hornillo eléctrico que empezaba a caldearse. El alambre de nicromo irradiaba en rojo y hacía arder las mejillas de Senagaki, que extendió un brazo para bajar la temperatura de la estufa. En ese momento apareció Mashiki con una cazuela en las manos. Al ver de refilón la camisa con estampados de Buda que asomaba bajo el jersey negro de Senagaki, frunció el ceño. Tras colocar la cazuela sobre el hornillo, le preguntó:

—Pero ¿por qué te pones esa camisa tan rara?

—¡¿A que es muy original?! El viejo Umehara me la trajo de recuerdo del templo Kogan[4]. Estos motivos tan *kitsch* son una pasada, ¿no crees?

En lugar de responder, Mashiki se encogió de hombros y comentó:

—Serás el único veinteañera que encuentra ropa de su gusto en el «Harajuku de los ancianos», el barrio viejuno más friqui de Tokio.

—Mashiki, será mejor que peregrines allí para que se te quite este mal carácter. —Senagaki se puso en pie, se fue a la cocina y, sin pedir permiso, trajo dos latas de cerveza del frigorífico—. Anda que tú, atiendes con el kimono en la tienda, pero hay que ver lo que calzas…

Haciendo caso omiso, Mashiki se sirvió deprisa los ingredientes de la cazuela y empezó a comer. Senagaki le pasó una cerveza y se apresuró a sentarse a la mesa de nuevo.

—¿El señor Umehara está bien de salud? —preguntó Mashiki.

—Ni aunque lo maten se morirá el tío. Hoy tampoco ha parado de decirme que quiere verte. Qué pesado. —Tras tomar un trago de cerveza, Senagaki clavó la mirada en Mashiki—. No fuiste a la feria semanal de Jinbōchō, por lo que veo. ¿Qué te pasa?

—Nada. He estado absorto elaborando el catálogo, ya me falta poco para completarlo. También han venido muchos clientes, así que se me pasó.

Senagaki dejó su lata de cerveza en la mesa. Mashiki estaba quitando las pequeñas espinas del pescado blanco que se había servido, pero al notar el repentino silencio de su amigo levantó la mirada.

—¿A qué viene ese gesto adusto? —Mashiki se forzó a sonreír, pero no lo consiguió ante la mirada seria de Senagaki.

—Verás, Mashiki… es que amas los libros en exceso.

—Pero ¿qué dices? Es lógico que los libreros de viejo amen los libros.

—Pero desgraciadamente nuestro negocio es vender los libros que amamos. —Senagaki tomó un sorbo de caldo y se sirvió más

ingredientes—. No debes encariñarte demasiado con ellos. Son artículos de venta. No establecer un vínculo con ellos y valorarlos con la mayor objetividad posible, este es nuestro cometido y lo sabes. Y en definitiva lo que hacemos incrementa el valor de esos libros y redunda en el bien de la gente que nos los ha vendido a nosotros.

—¿Quieres decir que me estoy dejando llevar por mis sentimientos?

—No, no diría tanto. Solo me refiero a que no caigas presa de *los sentimientos* de sus antiguos dueños arraigados en los libros.

Mashiki dejó el plato y se aclaró la garganta con la cerveza.

—Solo quiero hacer las cosas lo mejor que pueda. He adquirido unos libros extraordinarios porque quería enriquecer el catálogo. Pero iré a la feria la semana que viene sin falta. ¿Te basta con eso?

Senagaki asintió, aunque no demasiado convencido, y se excusó:

—Te he dicho algo innecesario, perdona. Pero es que me preocupas. Fíjate en el caso de la colección que me has enseñado hoy. Valoras mucho los sentimientos de la antigua dueña que tanto apreciaba esos libros, pero no son de tu propiedad. Los libros son herramientas de intercambio comercial, llegarán a su siguiente destino a través de nosotros.

Por fin, Mashiki esbozó una débil sonrisa y preguntó:

—¿Crees que soy de esos que se arruinan la vida por *un amor no correspondido*?

—Nunca se sabe… Si sigues así…

—Pero si a ti te pasa lo mismo que a mí, Senagaki. —Ahora Mashiki esbozó una amplia sonrisa.

Senagaki se quedó como hechizado por los ojos castaños de Mashiki y se olvidó de que la cerveza se estaba calentando en su palma. Recordó un día de verano de un pasado lejano. El sol brillaba carmesí, como un tomate maduro que goteara su jugo purulento.

El padre de Senagaki era un revendedor de libros usados. Su negocio consistía en comprar los libros que tenían algo de valor de

entre los más baratos expuestos en las librerías de viejo, clasificarlos y revenderlos a otras librerías de viejo especializadas en cada género. O se colaba en los vertederos, escarbaba la basura buscando libros que aún estuvieran en condiciones y los vendía a las librerías de viejo sin avergonzarse de su procedencia. Los revendedores viven con ese escaso margen de ganancia. Por supuesto que es necesario tener ciertos conocimientos en libros usados, pero, por lo general, los revendedores dependen de un jefe experto que instruye a su grupo de colegas colaboradores para que se muevan bajo demanda. Por supuesto, los libreros de viejo son reacios a comprar a ese tipo de vendedores, aunque no pueden negarse porque, a fin de cuentas, comercian en el mismo sector. Pero eso no quita que los desprecien por hurgar en la basura y vender artículos de procedencia dudosa.

El padre de Senagaki también era considerado una especie de chamarilero, casi un vagabundo. Sin embargo, su mérito consistió en que poco a poco comenzó a interesarse en serio por los libros que recogía entre las montañas de basura. Después de errar de un lugar a otro llevando consigo al pequeño Senagaki, decidió establecerse en Tokio, donde se concentra el mayor mercado de libros usados. Fue cuando Senagaki tenía diez años. En esa época, su padre ya se había acostumbrado a leer los libros que recogía antes de venderlos a una librería de viejo. Senagaki lo encontraba extraño porque no conocía a nadie aficionado a la lectura entre los colegas de reventa de su padre. A pesar de que bebía, a él nunca le maltrató y parecía preocuparse de cumplir con su obligación de progenitor. Senagaki nunca lo odió, sino todo lo contrario: lo quería e incluso le encantaba contemplarlo mientras estaba inmerso en la lectura hasta altas horas de la noche. No obstante, los libreros de viejo lo detestaban. En el restringido círculo de esta profesión se identifican enseguida las caras nuevas. Todos se mostraron contrariados ante la llegada de otro revendedor más a Tokio, alegando que trataría los libros como mera mercancía para ganar un pequeño margen.

Entre ellos, el dueño retirado de la librería Mukyudo, el maestro

Honda, se comportó de otra manera. Se trataba de un anciano que se había dedicado al sector durante medio siglo y que era reconocido por su excelente ojo y su honradez. El olfato del maestro se percató de que el padre de Senagaki emanaba un aura distinta de la de otros revendedores cuando este visitaba la tienda de tanto en tanto para ofrecerle libros de poco valor. Probablemente esta sintonía se debía a su verdadero amor en común por los libros. Con el tiempo, el maestro Honda llegó a mirarle con buenos ojos. Era excepcional que un librero de viejo favoreciera a una especie de chamarilero. En la compraventa de libros usados siempre cabe la posibilidad de que se comercialicen libros que han salido al mercado tras cometerse pequeños delitos como hurtos. Y por eso todas las librerías de viejo están bajo el control y la vigilancia de la policía. Los libreros desean mantenerse alejados lo máximo posible de los tipos dudosos aunque no puedan cortar el vínculo con ellos. En esas delicadas circunstancias, sin embargo, una librería tan reputada como la Mukyudo se volcó en ayudar a un simple revendedor. La noticia se difundió rápidamente por todo el sector, y las especulaciones maliciosas y las críticas se arremolinaron en torno al maestro Honda.

El maestro Honda no se preocupó por la reacción del gremio y animó al padre de Senagaki a que siguiera estudiando sobre los libros, ya que tanto lo apasionaban, y a que se convirtiera en librero de viejo. El padre de Senagaki admiraba también al maestro por su personalidad y comenzó a frecuentar la Mukyudo para aprender de él. El pequeño Senagaki acompañaba a su padre en sus visitas a esa librería situada en una extensa finca. A él también le gustaba leer. Se sentía tranquilo cuando le envolvía el característico olor a polvo de los libros usados. Con todo, la razón principal por la que Senagaki acudía a la Mukyudo, incluso renunciando a jugar al aire libre con sus compañeros después de clase, no era por los libros.

Fue un día de verano cuando Senagaki visitó por primera vez la Mukyudo. Vio a un muchacho sentado en cuclillas a la sombra de un árbol de enorme copa, que estaba absorto quitando las malas hierbas del huerto. Al enjugarse el sudor transparente que le

resbalaba por la frente advirtió la presencia de Senagaki, que lo miraba desde la entrada de la librería. El muchacho sonrió tímidamente al visitante desconocido, arrancó de una rama a su lado un tomate maduro de un rojo vivo, se acercó a Senagaki y se lo tendió. Senagaki ya conocía el mundo a pesar de su corta edad y hacía frente a cualquier asunto de manera bastante realista. Era ajeno a los sueños típicos de los adolescentes y demás cosas por el estilo. Pensaba que en el futuro viviría igual que su padre, extrayendo los libros que aún tienen algo de vida de entre las montañas de volúmenes de poco valor y vendiendo esos artículos cuyo canal de procedencia no puede revelarse. Senagaki miró las blancas yemas manchadas de tierra del muchacho, miró el tomate demasiado maduro y de piel muy fina que sostenía entre los dedos y finalmente contempló su rostro, que casi era el de una niña. Su pelo castaño, que se traslucía a la luz del sol, se mecía a la brisa. Cuando el muchacho bajó la mirada de ojos rasgados, las pestañas proyectaron una sombra tenue en sus tersas mejillas. «¿Quieres? Aunque está a punto de pudrirse», le ofreció en tono seco, dejando entrever a través de sus finos labios unos incisivos montados.

Por primera vez en la vida, Senagaki experimentó la sensación de que le habían robado el alma. A partir de entonces, Taichi Senagaki no pudo contener las ganas de colarse en la vida de aquel muchacho un año menor que él, Mashiki Honda, que se convertiría en el dueño de la tercera generación de la Mukyudo.

«Ahora que lo pienso, me endosó una cosa podrida, el cabrón», gruñó Senagaki y tomó a pequeños sorbos el destilado de batata que se había servido en la lata vacía de cerveza. Había entrado en calor por el cocido de pollo y el alcohol, así que apagó la estufa. Salió arrastrándose del *kotatsu*, descorrió el panel traslúcido que daba al jardín trasero orientado al norte de la finca y vio que la superficie del estanque brillaba plateada, reflejando la luz de la luna.

Mashiki, que había estado trajinando en el cuarto de baño, volvió a la sala de estar.

—El agua de la bañera ya está caliente[5]. Date el baño ya —ordenó Mashiki con un tono invariablemente seco. Recogió la lata de cerveza, la única cosa que quedaba en la mesa, y al notar que la lata vacía pesaba hizo una mueca—. ¿Por qué no usas un vaso? Vaya forma más rara de beber.

—Mientras pueda saciar la sed de alcohol, no me importa en qué beba.

Mashiki se encogió de hombros y le envió a la fuerza al cuarto de baño diciendo:

—No vayas a palmarla de un infarto.

El cuarto de baño también daba al jardín del norte. Curiosamente, en la parte trasera de la casa se extendía un magnífico jardín de estilo japonés. Pero su deficiente mantenimiento ofrecía una vista tan salvaje que esos días solo podría describírselo diciendo que tenía un «encanto rústico». El estanque y el montículo artificial cubierto de los árboles que extendían sus ramas estaban iluminados por la luna llena y componían un mundo misterioso de luces y sombras. En el nordeste, la dirección considerada supersticiosamente desafortunada que se llama *kimon* («la puerta de demonio»), había un viejo portón de madera que parecía facilitar el acceso de los diablos. Se trataba de un portón señorial de dos pisos parecido a las puertas de los monasterios budistas, pero la madera comenzaba a descomponerse y estaba algo abombada. Su aspecto era tan desvencijado que Mashiki lo llamaba «Rashomon», la famosa puerta del antiguo Kioto construida en el siglo VIII. Una ráfaga de viento atravesó el portón, con un rugido tan lúgubre como si varios visitantes de ultratumba hubieran aparecido por allí. La escena hizo reír a Senagaki mientras se metía en la bañera hasta que el agua le cubrió la barbilla. «Si quiere venir a por mí, que venga, señor. Acepto su desafío. Ya sea en el más allá o en cualquier otro lugar, si puedo averiguar su paradero, encontraré la manera de batallar con usted», conversaba para sus adentros.

«Rashomon» se usaba principalmente para el acceso de los vehículos, pues una calle habilitada para la circulación de los automóviles recorría el lado norte de la finca. A pesar de su

estrechez, estaba transitada, ya que conectaba con la carretera principal. Sin embargo, el molesto ruido del tubo de escape de los coches no llegaba a la vivienda gracias a los árboles que rodeaban la finca. Una vieja camioneta blanca que estaba aparcada al lado del estanque reflejaba también la luz de la luna. Emergía rompiendo la armonía del paisaje como si de repente hubiera aparecido en un escenario de tiempos remotos. Mientras miraba la camioneta de Mashiki que usaba para la compra de libros, por fin Senagaki recordó el motivo de su visita de esa noche. Salió de la espaciosa bañera de pizarra tarareando una canción.

Cuando regresó a la sala de estar, vio que Mashiki, sentado a la mesa-estufa, contemplaba el jardín trasero a través de los paneles traslúcidos descorridos de par en par. Ensimismado, clavaba la mirada en la zona del portón como lo había estado haciendo Senagaki un rato antes. Sostenía un vaso de cristal en la mano.

—Gracias por dejarme la ropa de dormir.

Al oír las palabras de Senagaki, Mashiki dirigió lentamente la mirada hacia el interior de la estancia y dijo:

—Vas a coger frío. Ponte esta encima. —Arrojó una tradicional bata acolchada hacia su amigo.

Senagaki se puso la bata, se sentó a la mesa y comentó:

—La luna de invierno es tan triste que no me gusta.

—Se dice elegante. —Mashiki se rio, cogió la botella del destilado de batata que estaba sobre el suelo de tatami y la depositó en la mesa.

Senagaki arrebató la botella de la mano de Mashiki y le sirvió un poco en su vaso.

—Tú te bebes todo lo que quieres, ¿y para mí tan poquito?

Senagaki eludió la réplica de Mashiki, que se mostraba disgustado, y fue a la cocina sin soltar la botella. Tras guardarla en la alacena, se puso a fregar los platos en silencio. Al cabo de un rato, oyó que la puerta se abría a sus espaldas. Mashiki extendió el brazo por detrás de Senagaki, depositó su vaso en la pila y se dirigió al cuarto de baño. Mientras observaba su nuca ligeramente enrojecida, Senagaki trató de tomarse la revancha por el comentario de antes y

le dijo:

—No te ahogues, ¿eh?

Senagaki regresó a la sala de estar para seguir bebiendo el destilado de batata que se había servido en la lata de cerveza. Sentado a la mesa extendió el brazo y descorrió la puerta que separaba la sala del dormitorio, y allí vio dos juegos de futón que había extendido Mashiki. Con la lata en la mano, pasó al dormitorio de ocho tatamis, unos trece metros cuadrados, y se metió en el futón del lado del jardín trasero. Mientras se tendía bocabajo tomando el alcohol a pequeños sorbos, la puerta se abrió. Al ver los dos juegos de futones juntos con sus bordes superpuestos, Mashiki arqueó las cejas nervioso. Tan pronto como cerró de golpe la puerta a sus espaldas, tiró del futón libre para separarlo del de Senagaki.

—Pero ¿en qué estás pensando, idiota? Hay que tener mucho cuidado contigo. —Indignado, Mashiki se acostó dándole la espalda.

Senagaki soltó una risita ahogada, extendió el brazo y descorrió el panel traslúcido de la puerta que daba al jardín. La luz de la luna resplandeciente acarició la habitación con sus rayos claros y plateados, y la temperatura ambiente bajó aún más. La estrecha pasarela de madera entre las puertas de cristal exterior y los paneles traslúcidos brillaba como si estuviera mojada. La superficie lisa de las aguas del estanque parecía pesada como si fuera un lago de mercurio líquido; apenas se rizaba.

Mashiki, que seguía acostado dando la espalda a Senagaki y al jardín, miró furtivamente a su amigo por encima del hombro y dijo:

—Has venido porque quieres algo de mí, ¿verdad?

—¿Y no puedo venir si no quiero nada de ti?

—No te dejas ver el pelo cuando no me necesitas —murmuró Mashiki, dando aún la espalda obstinadamente a Senagaki.

Senagaki dejó la lata vacía, se retorció despacio y se puso bocarriba. Clavó la mirada en el techo claro a la luz de la luna. Sin apartar la vista, extendió un brazo y cerró el panel traslúcido. El

ruido seco al chocar los marcos de madera hizo eco.

—Quiero que me ayudes.

—¿Con una compra?

—Sí.

Mashiki dio un suspiro y finalmente se giró hacia Senagaki.

—¿Dónde?

—En el corazón de la montaña de la prefectura de M.

—¿Cuándo? —preguntó Mashiki malhumorado, cubriéndose con el edredón hasta la nariz como un niño pequeño.

—Me viene bien la próxima semana, si puedes.

Durante un rato, Mashiki se quedó pensando con la mirada clavada en el vacío; luego accedió:

—Está bien. Creo que tendré listo el catálogo para entonces. Pero si te acompaño es porque estás seguro de poder adquirir algo que merezca la pena, ¿verdad?

—Por supuesto —respondió Senagaki un tanto intimidado—. Se trata de la colección de una familia de rancio abolengo del pueblo, por lo que algo de valor habrá. Si encuentras algunos ejemplares apropiados para incluirlos en tu catálogo, son tuyos.

—Bueno, prefiero no hacerme ilusiones. —La voz apagada de Mashiki cubriéndose hasta la frente se convirtió enseguida en una respiración regular al quedarse dormido.

Senagaki no podía pegar ojo y siguió distraídamente las señales del jardín durante un rato. Se oyó un chapoteo sordo en el estanque.

Al parecer había saltado, tentado por la luna, el espíritu guardián del estanque, la gran carpa que apenas se dejaba ver.

—Esto es un buen augurio. —Incluso el murmullo de Senagaki envuelto por la luz de la luna hizo eco en la estancia. De pronto se dio cuenta de que Mashiki dormía con la cara tapada y le retiró un poco el edredón. Mashiki, frunciendo el ceño, aspiró el oxígeno sin obstáculo y reanudó su respiración regular—. Eres más raro… ¿Para qué te tapas tanto si te asfixias? —Pellizcó cariñosamente la mejilla de Mashiki, que gruñó.

Senagaki sonrió. Y cerró los ojos aun sabiendo que en esa casa nunca caería en un sueño pacífico.

El portón de hierro, frío y húmedo, desprendía un débil olor a sangre. La niebla matutina se estaba retirando silenciosamente hacia el fondo de la arboleda. Mashiki sacó del buzón el periódico[6] doblado, que olía a tinta nueva.

—¿En serio que no quieres desayunar? No tardo en prepararlo.

—No, no te preocupes —dijo Senagaki y abrió el portón. Al dar un paso fuera, la niebla envolvió sus pies suavemente.

Mashiki, con el periódico en una mano, se apoyó contra la columna del portón. Con la mente medio nublada al estar recién levantado, se quedó mirando al hombre que se alejaba en medio del blanco turbio. Su silueta, que parecía desvanecerse en el fondo de la calle, de repente recuperó su forma. Senagaki, que estaba cruzando por el camino agrícola, ahora regresaba hacia la casa volviendo la cabeza atrás constantemente en dirección oeste.

—Viene Hideo. —Senagaki se detuvo con aire incómodo y sin saber qué hacer, dando la espalda a la calle.

Mashiki miró a Senagaki un instante, luego esbozó una sonrisa sarcástica y dijo:

—Has dicho que te ibas, así que vete.

—¿Por qué tienes siempre tan mala leche? —preguntó Senagaki en voz baja, irritado. Se agachó y apoyó los brazos sobre la verja. Miró a Mashiki desde abajo—. Entonces quiero que seas tú también víctima de Hideo.

—Déjate de tonterías, Senagaki. Lárgate ya, rápido…

En ese momento, Hideo Toyama estaba a punto de pasar por delante del portón. Reparó en unas siluetas humanas dentro de la niebla y se detuvo.

—Me preguntaba quién podría ser… Pero si es Senagaki… ¿Has pasado la noche aquí y te vas ahora?

Senagaki sin dejar de apoyar los brazos en la verja volvió la cabeza atrás despacio, haciéndose el interesante.

—No nos importunes, Hideo —advirtió deliberadamente sabiendo que, por supuesto, Hideo se les acercaría más.

Al captar la provocación en sus palabras, Mashiki le dio a Senagaki un golpecito en la cabeza con el periódico. Cuando Hideo

se alineó tan pancho al lado de Senagaki, saludó educadamente solo a Mashiki.

La actitud insondable de Hideo, como si viviera indiferente al mundanal ruido, no había cambiado nada desde la época del bachillerato. En aquel tiempo ya era cliente habitual de la Mukyudo y se pasaba todo el tiempo leyendo libros, dando a entender que tanto las clases como los festivales deportivos o culturales no iban con él. Sin embargo, ya no había en él rastro del aspecto llamativo con el pelo teñido de un rojo vivo. Ese día llevaba el cabello cuidadosamente atusado e iba vestido con un traje impecable sin ninguna arruga, conjunto que completaba con una corbata sobria y gafas de montura negra. Parecía haber descubierto la diversión de interpretar a la perfección el papel de funcionario formal del ayuntamiento.

—Sieeempre tan misteriosos. —Hideo sonrió. Luego, paseó la mirada de Senagaki a Mashiki, que estaban cara a cara con la verja del portón de por medio, y se encogió de hombros—. ¿Hasta cuándo vais a seguir jugando a ser amigos íntimos?

—¿Jugando a ser amigos íntimos? —Senagaki se encaró con Hideo—. Tú qué sabrás. Solo hemos estado hablando de una compra de libros.

—Y además no somos *amigos íntimos* —recalcó Mashiki con frialdad.

Senagaki trató de rebatirlo, pero Hideo asintió rápidamente:

—Por eso he dicho *jugando a*, ¿no?

—Ah, claro. —Mashiki se mostró admirado dócilmente, se dio la vuelta de repente y se apartó del portón. Ocultó un bostezo con el periódico elegantemente—. Hasta luego, Senagaki. Como tus ronquidos no me han dejado dormir, estoy muerto de sueño. Que lo sepas.

—¡Mientes! —gritó ofendido Senagaki. Y sintió que a su lado el aire se agitaba. Cuando miró la calle, la espalda de Hideo ya se había desvanecido en la niebla.

CAPÍTULO 2

Sentado en el mostrador de la Mukyudo, Mashiki llevaba un buen rato enfrascado escribiendo con un lápiz. Mientras hacía un repaso de los libros guardados en la trastienda, reflexionó una y otra vez sobre cómo catalogarlos.

Los canales de venta de librerías de viejo son tres principalmente. Uno: la venta directa a los clientes en la tienda; dos: la venta al por mayor a subasta en las ferias profesionales; y tres: la venta a través del catálogo que la propia tienda edita y envía a sus clientes particulares, bibliotecas y demás. La Mukyudo publicaba su catálogo cuatro veces al año. Un catálogo refleja claramente el gusto de la librería y del librero propietario. Mashiki también se dedicaba en cuerpo y alma a elaborar cada catálogo, tratando de plasmar en él la idiosincrasia de la Mukyudo para que sus clientes pudieran disfrutarlo. Había decidido que el género especial de esta edición fuera «la literatura fantástica y la etnología». A partir de entonces, reunió libros que pertenecían a esos géneros comprando en las ferias y a particulares, para luego clasificarlos sistemáticamente y sacarlos a la venta. Esos libros almacenados estaban a la espera de que el catálogo se completara.

En ese momento, Mashiki se encontraba solo. Unos clientes habituales le habían visitado a primera hora de la mañana, habían dado una vuelta por la tienda y luego se habían ido. Después el establecimiento se sumió en el más absoluto silencio. Todo lo que se oía entre las estanterías era el sonido del roce de papel y el lápiz con

el que Mashiki escribía. De vez en cuando, un tractor pasaba despacio por el camino agrícola de enfrente. Cuando los ojos de Mashiki, sentado en el mostrador, se encontraron con los del tractorista, este lo saludó con la cabeza cortésmente.

Al cabo de unas horas sentado, a Mashiki le dolió la espalda y se estiró todo lo que pudo. Bajó a la zona de venta y se calzó unas chanclas de caucho. Ese día también iba vestido con kimono, pero tenía cierto punto de dejadez masculina. No se molestaba en ponerse *geta*, las tradicionales sandalias formales de madera, y solía andar cómodamente con las chanclas de caucho. Mientras recolocaba algunos libros en las estanterías, soltó una risita porque recordó que Senagaki odiaba que se pusiera esas chanclas corrientes.

«Ya que te pones ese refinado kimono, remátalo y vístete apropiadamente hasta los pies», le había dicho su amigo mientras fumaba junto a la entrada de la tienda. Senagaki siempre se vestía bien, aunque con unos estampados llamativos que cuidaba hasta el último detalle. Mashiki, mientras sacudía con la mano el humo que entraba por la puerta, le había respondido secamente: «No me importa lo que sea, siempre que se pueda calzar». Más adelante, Senagaki le regaló un par de estilosas sandalias tradicionales. Mashiki se acostumbró a calzarlas en las ferias y reuniones de trabajo. Vestirse de kimono era una exhibición de profesionalidad que Mashiki llevaba al extremo, pues era la única manera de contrarrestar que sus colegas y sus clientes lo subestimaran por su juventud. Que lo subestimaran no resultaba del todo negativo, pero el problema era que los clientes desconfiaban de que un joven inexperto supiera valorar los libros correctamente. Y por eso Mashiki procuraba vestirse con ropa tradicional para que por lo menos su apariencia fuera adecuada a su ocupación. Le parecía que sería indigno para un comerciante inspirar desconfianza a su clientela.

Mashiki miró fuera. Inconscientemente recordó la imagen de Senagaki sentado en cuclillas delante de la librería mientras fumaba un cigarrillo. Como era muy considerado, nunca fumaba en el interior de la casa. Pero al parecer le entraban ganas alguna que otra

vez y fumaba fuera de la tienda mientras contemplaba a Mashiki en el mostrador. A pesar de su edad, Senagaki, sentado en cuclillas como los niños inmersos en un juego, daba una calada tras otra con aire ausente. Mashiki observaba furtivamente entre las estanterías los dedos largos que sostenían el cigarrillo y cómo sus ojos, de mirada penetrante que recordaba a la de un águila, se entrecerraban por el humo. Senagaki tenía un cuerpo bien proporcionado y fuerte, tal vez porque había estado cargando con libros durante muchos años. Cuando era estudiante de bachillerato, solo crecía a lo largo y parecía un espárrago, pero con el tiempo consiguió una constitución corporal diferente a la de Mashiki. Este miró su propio brazo delgado, que asomaba por la amplia manga del kimono. En su oído resurgió la voz de Senagaki llamándolo «Mashiki» en tono quedo mientras le agarraba del brazo. Se ruborizó y metió con rudeza en la estantería el libro que tenía en las manos.

Senagaki apenas visitaba la casa, por lo que solían verse en las ferias o en su oficina. Sin embargo, cuando Mashiki no se dejaba ver por las ferias durante un tiempo, Senagaki acudía, como esta vez, para ver qué le pasaba a su amigo. Cada vez que Mashiki encontraba la silueta de Senagaki iluminada por la luz del farol de la tienda, dejaba escapar un suspiro de alivio en su interior. Porque de esa manera podía asegurarse de que Senagaki aún le tenía apego y que no se había olvidado de él. Mashiki no había asistido a las últimas ferias con la excusa de estar ocupado, pero la verdadera razón era que quería poner a prueba el corazón de Senagaki. Se encontraba despreciable a sí mismo utilizando esta estratagema para tantear las intenciones de su amigo, pero no podía prescindir de él, que entonces entraba en el juego y que no podía pasar mucho tiempo sin ir a verlo. «Es cierto que nadie lo necesita tanto como yo», admitió para sí Mashiki con tanta intensidad que casi se estremeció.

Senagaki le interesó en el mismo momento en que este, acompañado de su padre, había entrado por la puerta de la Mukyudo un lejano día de verano. Él fue la única persona a la que Mashiki se acercó por iniciativa propia, pues en aquel entonces se pasaba la mayor parte del día leyendo libros y no le gustaba

demasiado mantener contacto con el mundo exterior. Mashiki, que vivía una vida teñida de colores tenues, encontró a Senagaki deslumbrante como el sol con su color primario. Nunca se cansaba de escuchar lo que Senagaki le contaba sobre los lugares donde había vivido. También aprendió a jugar al béisbol y al pilla pilla, cosas que nunca había hecho antes. Para Mashiki, que estaba siendo educado estrictamente por su padre mientras recibía lecciones sobre los libros, como correspondía al hijo que iba a continuar la tercera generación en el oficio familiar, Senagaki representaba el ancho mundo desconocido.

«No te dejas ver el pelo cuando no me necesitas», recordó las palabras que le había soltado a Senagaki una semana antes. Esbozó una sonrisa burlona. Su mundo existía como siempre a través de Senagaki. Si él no estuviera, Mashiki no podría hacer más que esperar exclusivamente a que los clientes llegaran a aquella librería donde el tiempo se había parado. Aunque se produjera un gran terremoto y las montañas de libros lo aplastaran o estallara una guerra mundial, no le importaría demasiado. Bastaba con abrir la tienda todos los días y permanecer abstraído en el mostrador.

Los libros usados duermen tranquilamente cuando están expuestos en la tienda. Casi todos sus autores ya están muertos. Lo que queda atrás es el susurro de quienes han dejado este mundo, una parte de la alegría, la tristeza, los pensamientos e inquietudes que sintieron en vida. A Mashiki le gustaba escuchar con atención los rumores que emitían esos libros. La vida de un libro es larga. Los libros que han pasado de mano en mano y han recibido el cariño de sus lectores no saben lo que es envejecer y están esperando con calma a que aparezca su próximo dueño. Para custodiar tales libros no es necesario tener en cuenta el mundo exterior ni el paso del tiempo.

Sin embargo, Senagaki no dejaba solo a Mashiki, rodeado del susurro de los muertos y entregado a sus fantasías. Senagaki, alegre y activo, era una persona de mucho carácter, pero también tenía encanto para atraer a la gente. Caía bien incluso a los ancianos exigentes del sector y era querido por ellos desde pequeño. También

conservaba muchos amigos de su época de estudiante. Siempre se hallaba en el centro del círculo de sus amistades, y trató de arrastrar a Mashiki para que se uniera a ellos en lugar de quedarse a solas ensimismado. Gracias a Senagaki, Mashiki se enteraba del paso del tiempo, se reía y se irritaba.

«Senagaki se preocupa por mí, pero no porque yo le guste». Mashiki volvió al mostrador alicaído. Senagaki siempre inventaba alguna excusa para visitarlo en su casa. Nunca decía: «He venido a ver cómo estás». «Se siente en deuda conmigo. Y por eso todavía se preocupa por mí, a pesar de que no tiene ninguna necesidad de sentirse culpable ni obligado…». Aunque era él mismo quien había utilizado la palabra *obligación*, Mashiki se sintió profundamente herido. Y además se irritó consigo mismo porque esto le afectara. «Qué más da. ¿Dónde está el problema si solo está conmigo por sentirse obligado? Tenemos un interés en común, así que a veces trabajamos juntos. Eso es todo». Mientras intentaba convencerse a la fuerza de esa forma, Mashiki era consciente de algo, de una contradicción cobarde y egoísta aparcada en un recoveco de su corazón. No quería que Senagaki estuviera atado a él porque se sintiera culpable, pero tampoco era capaz de decirle: «Ya puedes librarte de mí».

Incluso después del mediodía, seguía sin aparecer ningún cliente. Mientras contemplaba la calle de ese día soleado de invierno, Mashiki empezó a sentirse estúpido por su afán de elaborar un catálogo. Se retiró a la vivienda para dar una vuelta asegurándose de que todo estuviera cerrado y apagado. A través de la puerta acristalada del dormitorio vio el estanque del jardín trasero y se le ocurrió dar de comer a la carpa. Sacó la bolsa de comida para peces que tenía guardada en la entrada principal, pero le dio pereza abrir y cerrar con llave la puerta, así que atravesó toda la casa para regresar a la tienda y salió desde allí.

Recorrió con la mirada el huerto desolado en invierno. Un manojo de malas hierbas echaba raíces firmemente en una parte de

tierra renegrida recién removida. Eran las que Senagaki había arrancado al confundirlas con hortalizas de hoja verde y que había vuelto a plantar en su lugar. Senagaki tenía un lado extrañamente escrupuloso. Después de que Senagaki se hubiese ido el otro día, cuando Mashiki encontró esas malas hierbas plantadas de nuevo como si nada hubiera pasado, le pareció cómico el comportamiento de su amigo, que no las había dejado tiradas por ahí.

Mashiki pensó en sembrar semillas de una variedad de verduras la próxima primavera, y recordó que había sido su padre quien le había enseñado a cultivar hortalizas en el huerto. Pero, en realidad, *recordar* no era la palabra exacta. En aquellos días de su infancia, la creación de ese huerto con su padre era prácticamente el único recuerdo que Mashiki conservaba de haber hecho algo juntos. Traía la tierra, mezclaba el abono con ella y regaba. Quitaba las malas hierbas y recogía la cosecha cortando los tallos que sostenía su padre. Esta escena de padre e hijo la observaba su abuelo con una sonrisa en los labios mientras ponía en orden los libros. Eso hacía tan feliz a Mashiki que miraba repetidas veces a su padre, de pie a contraluz, y agitaba la mano hacia su abuelo.

Para los hombres de la Mukyudo, su vida entera se desarrollaba en función del negocio familiar. Incluso el pequeño Mashiki apenas hablaba con su abuelo y con su padre sobre temas que no fueran los libros. La relación entre su abuelo y su padre era más la de maestro y discípulo que la de padre e hijo, por lo que Mashiki creció creyendo que ese era el comportamiento natural de una familia. No recordaba qué conversación había mantenido con su padre en el huerto y que no tenía nada que ver con el negocio familiar, y ya se le habían olvidado el rostro y el gesto de él. Sin embargo, el recuerdo de la creación del huerto se le había quedado grabado en la mente como si estuviera firmemente arraigado en su interior sin necesidad de hacer memoria.

Su empeño de conservar el huerto verde lo máximo posible tal vez tenía que ver con ese recuerdo. Mashiki maldijo ese apego obsesivo que subyacía en sus comportamientos. Y, al mismo tiempo, afloró una emoción, difícil de saber si era de alivio o de irritación,

hacia Senagaki, que al volver a plantar las malas hierbas quizás percibía con agudeza el apego obsesivo de Mashiki a ese recuerdo de su padre. Sentado en cuclillas en un extremo del huerto, clavó una mirada de enfado en las malas hierbas hasta que el aleteo de un pájaro lo devolvió a la realidad. Mientras buscaba la silueta del ave que había ido al viejo árbol de enorme copa y que ahora estaba trinando, dio la vuelta al edificio y salió al jardín trasero.

Ni siquiera cuando se puso de pie en la orilla del estanque surgieron señales de que la carpa fuera a emerger a la superficie, como de costumbre. Pese a que echaba comida al agua, nunca estaba seguro de si la carpa se la comía o no, de modo que incluso dudaba en parte de su existencia. No obstante, Senagaki afirmaba que habitaba una gran carpa que era el espíritu guardián del estanque: «¿No ves que salta de vez en cuando? Aliméntala periódicamente». Alguna que otra vez Mashiki advertía los posibles signos de algo que se movía bajo las aguas oscuras y turbias, de modo que no se olvidaba de echar comida. Aun así, no había manera de saber si se trataba verdaderamente de la carpa, y no podía evitar cuestionarlo. Su abuelo también se ponía de pie a la orilla del estanque y arrojaba comida. En aquel entonces, las aguas ya estaban oscuras, pero Mashiki estaba convencido de que había una carpa u otra especie de pez. Incluso ahora pensaba que habría un carpín o algo similar por lo que Senagaki decía, pese a que él mismo siguiera sin percibir los colores vistosos de una carpa *koi*.

—Come bien. Voy a estar fuera unos días. Si te falta comida, aguanta comiendo algas.

Como Mashiki se pasaba el día solo, tenía la triste costumbre de hablar a cualquier ser vivo. Después de haber hablado al pez que no se dejaba ver, se quedó mirando inútilmente la comida, que estuvo flotando en la superficie acuática durante un rato. De repente, recordó que nunca había visto a su padre dándole de comer al pez del estanque, pero sacudió la cabeza como para librarse de esa idea y regresó a la tienda. Cuando estaba a punto de entrar, alguien lo llamó a la espalda:

—Mashiki.

Al volverse, vio a Misuzu, una amiga de la infancia que vivía en el vecindario, de pie junto al portón.

—¡Ah, hola! Pasa.

Pero Misuzu negó con la cabeza.

—No, porque me he escapado del trabajo del campo.

Misuzu y Mashiki tenían la misma edad y habían ido a las mismas escuelas de primaria a bachillerato. Ella era servicial y se ocupaba de él cada dos por tres desde que era pequeña. Tal vez se preocupara porque lo encontraba muy indefenso, dado que era introvertido y no hacía más que leer. Incluso después de haberse casado con Hideo, que fue compañero de clase del bachillerato, se acercaba a ver a Mashiki en el descanso de las faenas agrícolas, que eran el trabajo complementario de su familia.

Misuzu se limpió los finos dedos manchados de tierra con la ropa de trabajo estampada de flores y le tendió a Mashiki una bolsa de papel.

—Te vas de viaje de trabajo hoy, ¿no? Llévate esto de merienda por si te entra hambre en el camino.

—Gracias. —Mashiki recibió la bolsa y echó un vistazo al contenido: eran batatas secas.

—Te gustan, ¿verdad?

—Sí. —Mashiki sonrió de oreja a oreja.

Misuzu se apoyó contra una columna del portón, clavó una mirada escrutadora en Mashiki y comentó medio en broma:

—Con esa cara tan refinada que parece decir «Yo como mermelada de rosas todos los días», ¿cómo es posible que te gusten estos dulces tan rústicos? Qué risa.

—Déjame en paz. —Mashiki esquivó fríamente la mirada divertida de su amiga y se metió con ella—: Y tú, ¿qué? No deberías llevar el pelo pelirrojo y un pantalón *monpe*[7] rosa y estampado de flores. No vengas a llorarme si Hideo te deja algún día. Para empezar, nadie lleva esos pantalones de trabajo hoy en día, y encima hechos a mano.

Ante los refunfuños de Mashiki, Misuzu soltó una risa burlona y replicó:

—Son muy cómodos. Sobre todo la forma curvada es muy mona, ¿no te parece? Mi marido me dice a diario: «Soy feliz por estar con una mujer tan guapa como tú».

—Será broma, ¿no?

—Por cierto, te vas con Taichi, ¿a que sí?

Misuzu llamaba a Senagaki por su nombre. Ante su amiga, que inesperadamente había dado en el clavo, Mashiki se amedrentó algo.

—Sí, con Senagaki… —Intentó responder con naturalidad, pero Misuzu sonrió con malicia.

—Vaya, pero con qué indiferencia dices «con Senagaki», a pesar de que de niño jugabas con él todos los días sin parar de perseguirlo: «¡Taichi, Taichi!».

Mashiki no pudo reprimir su agitación y se le enrojecieron los lóbulos de las orejas.

—Es cosa del pasado. Ahora somos simples colegas.

—Qué actitud más distante. —Misuzu soltó un profundo suspiro exageradamente—. Pero Taichi todavía te llama Mashiki, ¿no es así? O… —Arrugó el rostro y bajó la voz—: ¿Acaso todavía estás obsesionado con…?

—Venga ya. —Mashiki se forzó a sonreír—. Si alguien está obsesionado con eso será él, no yo.

—¿Tú crees? —Se mostró dubitativa.

Mashiki le dio la espalda a Misuzu y, sin mirarla, agitó la mano ligeramente y dijo:

—Tengo preparativos que hacer. Te confío la tienda durante mi ausencia, gracias.

Misuzu, que tenía una copia de la llave de la librería, atendía a los clientes los ratos que podía cada vez que Mashiki se ausentaba.

—Descuidaaa, venderé los libros al tuntún.

—Respeta el precio que está puesto, te lo ruego.

A la súplica de Mashiki Misuzu dio unas respuestas evasivas y volvió por el camino agrícola a su campo de cultivo.

Mashiki se cambió de ropa para poder conducir cómodamente, se vistió con un vaquero viejo y una cazadora en la que figuraba bordado «Cooperativa de Libreros de Viejo». Cuando no llevaba

kimono, parecía un joven de su edad. Si no fuera por esa cazadora, nadie acertaría su ocupación. Mashiki echó del todo las cortinas de la tienda y cerró las puertas de cristal con llave.

Ligero de equipaje, tan solo con una pequeña y vieja maleta marrón de cuero gastado que contenía una muda, rodeó el edificio para salir al jardín trasero. La plataforma de carga de la camioneta que tenía aparcada en la orilla del estanque ya estaba limpia. El día anterior había quitado las hojas secas y puesto la capota. Arrojó con rudeza la maleta a la plataforma de carga y subió al asiento del conductor. Tras girar varias veces la llave, el motor finalmente arrancó. El viejo vehículo se puso en marcha dando un tirón y, mientras se balanceaba, salió por la puerta «Rashomon» ligeramente abombada. El viaje de trabajo había comenzado.

El barrio de Jinbōchō[8] por la tarde estaba muy animado por los transeúntes apresurados y el tráfico de coches. Mashiki condujo la camioneta siguiendo la ruta habitual y aparcó en línea con dificultad delante de un viejo edificio multifuncional en el que se localizaba la oficina de Senagaki. Esa calle paralela a una avenida estaba llena de coches aparcados a un lado. Senagaki parecía haber estado observando fuera desde su ventana, porque apareció de inmediato por la escalera oscura y húmeda de hormigón.

—Hola, Mashiki. Siento haberte hecho venir a buscarme.

Mashiki cerró de un golpe la puerta que ajustaba mal, echó el cierre centralizado y preguntó:

—¿Vas a ir con esas pintas a hacer negocios? —Miró a Senagaki de arriba abajo e hizo una mueca.

Como de costumbre, Senagaki iba vestido de una manera impropia para un librero de viejo. Ese día llevaba un mono militar de color caqui y unas botas de trabajo. Su pelo pincho estaba peinado en todas las direcciones.

—El otro día vino un soldado americano a la librería del viejo Umehara. Pagué su compra y me dio este mono a cambio.

Asombrado, Mashiki se encogió de hombros y dijo:

—¿Quién se contenta con eso hoy? Ni que se tratase del estraperlo durante la ocupación.

—El tiempo está parado en este barrio, ¿sabes? Seguro que es porque los libros antiguos que se acumulan aquí distorsionan el campo magnético.

Haciendo caso omiso a Senagaki, que estaba convencido de su propia opinión, Mashiki se apresuró hacia la avenida diciendo:

—Voy a pasar por la feria antes de irnos.

—El viejo Umehara me ha llamado por teléfono varias veces esta mañana preguntándome: «¿Aún no ha llegado Mashiki?».

Uno al lado del otro, ambos se encaminaron hacia el Salón del Libro Antiguo.

Jinbōchō es uno de los principales barrios de comercio del libro usado en el que se alinean las librerías de viejo una tras otra. Aquí se celebran ferias de cada género editorial dependiendo de los días de la semana. Por supuesto, los propietarios de las librerías de viejo de los distritos de los alrededores, además de los de todo el país, acuden para exponer los libros que han adquirido y para comprar los expuestos a subasta.

La oficina y el domicilio de Senagaki se hallaban en el primer piso del edificio en una calle trasera de Jinbōchō. Él pertenecía a la Cooperativa de Libreros de Viejo y era conocido por su nombre comercial «Librería de viejo Senagaki», pero no había ni sombra de libros en su oficina. Ese lugar no era una tienda, sino literalmente una oficina.

—¿Por qué no montas una librería como es debido? Ya va siendo hora —murmuró Mashiki cuando estaban frente al edificio del Salón del Libro Antiguo.

A lo mejor no lo había oído por el ruido del tráfico, porque Senagaki no respondió. Mashiki dio un suspiro disimuladamente. Para alguien como él, que exponía libros en su establecimiento y atendía a los clientes, era difícil no sentir cierta reticencia sobre el tipo de negocio de Senagaki, que no podía llamarse estrictamente librero de viejo. Senagaki no se dedicaba a la venta al por menor, sino que reunía los directorios de diversas universidades, grupos

académicos o asociaciones. Se concentraba especialmente en las personas mayores de provincias que investigaban la historia local y se ponía en contacto con ellas a menudo.

También ojeaba de cabo a rabo el obituario del periódico. Y cuando descubría que la persona por la que se había interesado había muerto, llamaba a su familia por teléfono para proponerle la compra de sus libros. Normalmente los miembros de la familia no saben cómo deshacerse de la gran cantidad de libros que el difunto ha ido acumulando en vida. En ese momento, si una librería de viejo del famoso barrio de Jinbōchō que le ha estado enviando una tarjeta de saludo ocasionalmente hace una oferta para comprarles los libros del difunto, no dudan en solicitar una tasación como si se hubieran quitado un peso de encima. Tan pronto como Senagaki recibía la solicitud, acudía hasta ese lugar y realizaba la compra. Toda la gente que le vendía creía que él tenía una tienda en Jinbōchō. Sin embargo, en esa *tienda* no había ni un solo libro. Senagaki era un librero legal que incluso pertenecía a la cooperativa, pero enviaba los libros adquiridos directamente a las ferias a través de un servicio de mensajería. Las colecciones completas de documentos de la historia local tienen buena acogida entre los profesionales y se venden a un alto precio a subasta porque hay un sinfín de estudiosos que buscan información de ese género para sus investigaciones. En otras palabras, Senagaki era un librero mayorista en exclusiva que compraba una gran cantidad de libros a los particulares y los vendía a sus colegas en las ferias.

Y por eso en la oficina de Senagaki no había más que una cama vieja, un fregadero y un escritorio. En cuanto a los objetos de uso diario, solo había un teléfono y las nóminas de diversos campos. Senagaki se limitaba a comprar los directorios de los académicos y profesores universitarios que aparecían de vez en cuando por las ferias o las librerías de viejo. Y solía decir muy tranquilo: «Yo diría que los directorios son los que me dan de comer». Pero Mashiki, que sabía lo interesante que era conversar con los clientes y conocía el placer de organizar y exponer para la venta los libros que él mismo compraba, no podía juzgar favorablemente la forma de llevar el

negocio de Senagaki, que solo distribuía libros en cantidad de un lado a otro. Lo juzgaba así, más que nada, porque consideraba que era un absoluto desperdicio de su talento profesional: ojos capaces de valorar acertadamente los libros; un corazón sincero, a pesar de aparentar despreocupación; olfato y suerte innatos para toparse con buenos libros; y la chispa de su personalidad distintiva que atraía a los clientes.

Senagaki rebosaba del brillo del talento que no se consigue con esfuerzo. En ese sentido, él era un elegido sin duda. No obstante, estaba haciendo la vista gorda a su buena fortuna. Al menos, eso le parecía a Mashiki. En consecuencia, este se angustiaba porque Senagaki se dedicaba exclusivamente a la venta al por mayor a conciencia, a pesar de que con toda seguridad tendría un gran éxito si montara su propia librería. Mashiki debía de estar relacionado con la razón por la que Senagaki se mantenía de ese modo.

Mashiki torció los labios, burlándose de sí mismo al recordar lo que había sucedido. Su abuelo, su padre y él mismo, los hombres de las tres generaciones de la Mukyudo, habían aprisionado entre todos a los Senagaki padre e hijo en ese mundo de libreros de viejo donde el tiempo se había detenido. Mashiki experimentó la culpabilidad y la angustia que lo atormentaban, a la par que una satisfacción dulce pero sombría. El crimen y el castigo, los productos imaginarios de Senagaki y Mashiki, les hacían inseparables. Mashiki deseó que Senagaki no lo abandonara, a pesar de ser el propio Mashiki quien no soltaba a Senagaki.

Tan pronto como los dos jóvenes entraron en el salón donde se estaban realizando las subastas, se acercó a ellos un anciano con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Hombre, Mashiki! ¿Cómo estás?

Se trataba del líder del mundo de los libreros de viejo, el propietario de la librería Tenjodo, el maestro Umehara. Para ser un anciano de setenta y tantos años, iba vestido de un modo algo extravagante: con una cazadora de cuero sobre una llamativa camisa

estampada de hibiscos rojos, un vaquero Levi's y las tradicionales sandalias de madera. Senagaki hacía tan buenas migas con Umehara que incluso intercambiaba su ropa con él. La afición fanática por la moda que satisfacía el gusto peculiar de esos hombres desconcertaba algo a Mashiki, quien no sentía el menor interés por la ropa.

—Cuánto tiempo, maestro. Pero qué aspecto más rimbombante tiene usted, como siempre.

Umehara soltó una carcajada y, mientras conducía a Mashiki hacia el fondo, comentó:

—Qué va, voy bastante discreto hoy. A decir verdad, querría para mí el mono militar que lleva puesto Senagaki.

—Qué le vamos a hacer, Viejo, te estaba demasiado grande —replicó con familiaridad Senagaki, al que Umehara había ignorado por completo, y siguió a este y a Mashiki mientras encendía un cigarrillo y preguntaba—: ¿Qué ha pasado con el científico por el que te pregunté el otro día?

—¡Ostras! Se me había olvidado. —Umehara dio una palmada —. Pues no lo he confirmado aún.

—Ay, por favor. No empieces a chochear, te lo ruego. — Senagaki soltó un suspiro ostentoso.

Ante el trato íntimo entre Senagaki y Umehara, Mashiki se sintió tan aliviado como si hubiera regresado a un remanso de paz.

—Te llamaré por teléfono esta noche, así que asegúrate antes de eso —pidió Senagaki.

—Sí, pídemelo con esa impertinencia —gruñó Umehara, aunque sin ocultar su satisfacción con Senagaki.

El grupo de tres hombres —el joven dueño de la tercera generación de la Mukyudo, Mashiki, el mayorista Senagaki y el maestro Umehara, que los trataba con cariño— atrajo la mirada de sus colegas.

—Vaya, pero si es el joven de la Mukyudo. No te había visto por aquí últimamente. ¿Qué te ha pasado? —Se les acercó Makihara, un hombre que frisaba los cincuenta.

Makihara había estado aprendiendo bajo la supervisión del maestro Honda durante un tiempo y no veía con buenos ojos al

joven Mashiki. Fruncía el ceño abiertamente diciendo que era irracional que un bisoño heredara una librería reputada por muy legítimo nieto del fundador que fuera.

Mashiki le sonrió con gentileza a propósito y le respondió:

—He estado absorto confeccionando el catálogo. Podré publicarlo el próximo mes, así que le enviaré un ejemplar como es habitual, señor Makihara.

Para saludar a los dueños de las dos librerías más prestigiosos, la Tenjodo y la Mukyudo, sus discípulos comenzaran a congregarse a su alrededor. Senagaki se escabulló de la multitud y se dirigió hacia un grupo de jóvenes que conversaban con aire animado. Mashiki contempló la imagen de estos, que evaluaban alegremente los libros expuestos, y le entraron ganas de sumarse a ellos.

Las pujas de libros usados en las ferias se realizan en la subasta silenciosa. Los libros apilados están expuestos en fila por toda la sala, y los postores escriben sus pujas en una hoja de papel y la depositan en el sobre adjunto a la pila de libros que desean. La puja más alta se adjudica en la subasta. Los participantes pasean por la sala sin prisas, examinan los libros con ojos avispados, escriben rápidamente el importe en el papel y lo meten en el sobre. También exploran con naturalidad los movimientos de los colegas que trabajan géneros similares o intercambian información entre amigos. Si uno se queda mirando fijamente un libro, atrae el interés de los demás por pensar que tiene valor, y la ratio de aspirantes para adquirir ese libro puede resultar muy alta. Por eso todos se muestran impasibles para que la competencia no pueda adivinar su objetivo.

Mashiki se dio una vuelta por la sala, pero no encontró nada que le atrajera en especial. Y se limitó a participar en dos o tres pujas de libros que podría agregar a su catálogo. Luego le pidió a Umehara que le guardase esos libros en su tienda de forma provisional, en el caso de que Mashiki pudiera adjudicárselos.

—Pero, bueno, después de tanto tiempo sin aparecer, ¿te vas ya? —se desilusionó el anciano.

—Discúlpeme, maestro. Es que quiero partir antes del atardecer para poder llegar a nuestro destino esta misma noche, porque

Senagaki y yo tenemos pensado comenzar la tasación de libros desde primera hora de la mañana.

—Es verdad que Senagaki está viajando sin parar de provincia en provincia para comprar, y veo que esta vez te vas con él. Está muy bien que los jóvenes trabajen mucho, pero no he podido ni hablar contigo tranquilamente.

Senagaki se dio cuenta de que Mashiki había echado su último vistazo a la feria, y se acercaba con calma hacia donde estaba su amigo. Cuando este captó la imagen de Senagaki, le golpearon el oído las palabras maliciosas de Makihara.

—Vaya, ¿el joven de la Mukyudo abandona la feria tan pronto? Como va acompañado del *revendedor*, pensé que conseguiría un gran chollo hoy.

Senagaki se detuvo en seco. Mashiki reparó en ello y cerró los puños con fuerza, rabioso. Umehara posó la palma en un brazo de Mashiki. Este notó que se le crispaba el rostro, y trató de disimular su agitación todo lo posible. Pero no le hacía falta verse para saber que estaba pálido. Entonces le preocupó tanto lo que su reacción pudiera hacerle sentir a Senagaki que le pareció que iba a asfixiarse. Senagaki rodeó a Mashiki por los hombros como en broma y sonrió a Makihara diciendo:

—Qué duro, señor Makihara. —A pesar de la sonrisa en los labios, su aguda mirada silenció de un plumazo a Makihara—. Que sepa que no me dedico a la *reventa*. Ahora soy un excelente mayorista, ¿no lo sabía? En este viaje también adquiriré una maravilla de libros y los enviaré de golpe a montones a la próxima feria. ¡Ya lo verá! —Y echó un hilo de humo de tabaco a la cara del cincuentón.

—Ah, bueno… —Makihara se acobardó y retrocedió con languidez.

Con cuidado de que este no lo oyera, Senagaki susurró al oído de Mashiki:

—Aunque no le sirve de nada ver, ya que este tío no es capaz de hacer una buena puja. En absoluto tiene buen ojo.

Mashiki se relajó y su sonrisa germinó como una flor.

—Idiota. ¿Qué hacemos si te ha oído?

—Si es la pura verdad. Venga, vámonos. —Senagaki se adelantó unos pasos.

Mashiki, tras despedirse de Umehara con una reverencia rápida, se apresuró detrás de su amigo.

—¡Haréis un buen negocio!

Las palabras de ánimo del maestro Umehara empujaron su espalda.

CAPÍTULO 3

Regresaron delante de la oficina de Senagaki y subieron a la camioneta.

—¿Has cerrado bien la oficina?

—Sí, claro. Y aunque no lo hiciera, no pasaría nada, pues no encontrarían qué robar —respondió Senagaki sentado en el asiento del copiloto mientras doblaba las rodillas con dificultad en el angosto espacio. Luego recogió una bolsa de papel que estaba sobre el salpicadero y murmuró—: ¿Qué es esto?

Mashiki, tras intentarlo un rato, logró arrancar el motor. Y a continuación se puso a pelearse con la calefacción. Como no funcionaba, golpeó alrededor del interruptor, pero eso hizo que saliera el aire frío vigorosamente. Senagaki arrojó el envoltorio del pañuelo *furoshiki* que traía de la oficina por el agujero de cristal roto de la luna trasera hacia la plataforma de carga y comentó:

—Vaya frío, ¿no?

—Aguanta un poco. En un rato saldrá aire caliente. Si se para, dale un golpe.

—Es que esta camioneta es tremendamente vieja, ¿no te parece? —Como en respuesta a sus palabras, la camioneta se puso en marcha dando tirones. Cada vez que Mashiki cambiaba de marcha, la carrocería del automóvil vibraba lúgubremente—. Ya va siendo hora de comprar una nueva, ¿eh, Mashiki? Esta es la que usaban tu abuelo y tu padre, ¿no? —Mashiki fingió estar centrado en conducir al oír mencionar a su padre. Senagaki no insistió en el tema—. Cada

vez que voy de compras, te la pido prestada, así que por supuesto pagaré la mitad del precio de la nueva.

—Ya me lo pensaré.

Senagaki se encogió de hombros ante la fría respuesta de Mashiki y miró de nuevo la bolsa de papel en su regazo. La entrada de la autopista metropolitana estaba atascada. Mientras expulsaba humo negro como el cráter de un volcán, la camioneta se incorporó lentamente a una fila de vehículos.

—Esto es de parte de Misuzu: unas batatas secas —explicó Mashiki.

A Senagaki le brillaron los ojos y abrió la bolsa.

—¡Oooh, qué apetitosas! —Sacó un trozo de inmediato, le dio un mordisco y acercó otro trozo a los labios de Mashiki.

Este, sin apartar la vista de delante, estuvo masticando la batata un rato. La fila de vehículos se dirigía despacio hacia la autopista. Como no había nada interesante que ver fuera de la ventanilla, Senagaki se puso a contemplar el cielo del atardecer y comentó:

—Hace mucho tiempo que no veo a Misuzu. ¿Cómo está?

—Llevaba un pantalón *monpe* de color rosa.

—¡Jaja!, es muy propio de ella. Le pediré que confeccione uno para mí.

Mashiki hizo una mueca de fastidio. A Senagaki le entraron ganas de que el indiferente perfil de Mashiki se contrajera aún más; sacó del bolsillo del mono un cigarrillo arrugado y lo encendió. Mashiki arqueó sus delgadas cejas y abrió la ventanilla manualmente. El viento invernal entró a través de la abertura.

—Parecía un día templado hoy, pero cómo baja la temperatura de golpe al atardecer —comentó Senagaki, dándose por vencido fácilmente ante las protestas silenciosas de Mashiki, y extendió la mano hacia el cenicero del vehículo.

El cenicero se desencajó con un ruido sordo. Pero eso pasaba a menudo en esa camioneta. Senagaki apagó el cigarrillo con calma y empujó con fuerza el cenicero hasta que volvió a su sitio.

El vehículo obviamente estaba viejo, pero él se preguntaba si el problema más grave no sería la poca habilidad de Mashiki para

conducir. Senagaki, como siempre, llegó la conclusión de que la causa era lo segundo mientras comía un *udon*[9]. en el área de servicio. A su lado, Mashiki, como si fuera un niño merendando, tomaba un *taiyaki*[10] y una ración de *takoyak*[11]. Senagaki dijo entre suspiros:

—Quítate esa cazadora de la Cooperativa de Libreros de Viejo.

—¿Por qué? Es perfecta para ir a comprar libros usados. —Mashiki untó con salsa cuidadosamente la última bola de *takoyaki* y se la llevó a la boca con deleite—. Ni siquiera yo iría así vestido para presentarme a una entrevista *miai*[12]. Al menos es mejor que la ropa que llevas tú, inadecuada al lugar y al propósito.

Senagaki apenas escuchó el reproche. En un tono tan serio que casi fue capaz de sacudir a Mashiki por los hombros, inquirió:

—¡¿Vas a entrevistarte con una chica?!

—No. —Mashiki tomó un sorbo de té del servicio gratuito y se levantó deprisa de la mesa.

Senagaki consiguió de alguna manera convencer a Mashiki, que se había resistido a que lo relevara en la conducción, y ahora la camioneta circulaba con suavidad por la autopista. En el asiento del copiloto, Mashiki parecía no aburrirse mirando la fila de los faros traseros rojos al frente y el flujo de las luces delanteras de los coches que venían en sentido contrario. El interior del vehículo, moderadamente cálido, resultaba agradable. Mashiki se apoyó contra la puerta mientras mordisqueaba una batata seca.

—Ahora dime, ¿cómo es la solicitud de esta vez?

—¿No te lo he contado aún?

—La semana pasada cenaste en mi casa y me pediste que te acompañara a la compra, nada más.

Al darse cuenta de que Mashiki tenía razón, Senagaki se rascó la frente con la punta de un dedo.

—Te dije que el lugar estaba en el corazón de la montaña de la prefectura de M[13], ¿verdad? ¡Ah, por cierto!, ¿has traído las cadenas para la nieve?

—Van siempre en la plataforma de carga.

—Me han dicho que la nieve está bastante alta en ese puerto de montaña.

Mashiki dio un suspiro y preguntó:

—¿No podías esperarte a cerrar la compra en la primavera?

—Déjate de tonterías. La rapidez es fundamental para las compras al por mayor. Hay incontables colegas tan astutos como hienas. —Absolutamente convencido, Mashiki se calló. Senagaki soltó de seguido la información que ya sabía de memoria—: Hay quinientos libros sobre teatro, mil de historia local, dos mil entre literatura, historia, etnología y otros, incluidos álbumes de recortes de revistas, y un largo etcétera.

—Al menos tres mil quinientos volúmenes. Teniendo en cuenta que hay que empaquetarlos, esto nos puede llevar más tiempo de lo que pensaba.

Senagaki asintió y añadió:

—Y además, la solicitante es la viuda del coleccionista, pero sus familiares están en contra de vender esta colección.

—Vaya, ¿y por qué?

—Dicen que la done a la biblioteca local, por ejemplo, con el fin de evitar su dispersión, lo cual sería mejor incluso para el difunto.

Mashiki se rio y comentó:

—Qué caso más inusual. Por lo general son las viudas quienes no quieren vender los recuerdos de sus cónyuges hasta que se ven presionadas por sus familiares y solicitan de mala gana la tasación a las librerías de viejo.

—Ya sea para venderlos o para donarlos, es una cuestión delicada.

—Deberían venderlos —afirmó Mashiki categóricamente—. Una vez entregados a las bibliotecas públicas, los libros se mueren. Los que se llaman libros vivos son los que se mueven por los canales de distribución y pasan de mano en mano a las personas que los desean.

Senagaki, acosado por un camión para que fuese más rápido, se incorporó al carril de aceleración.

—Por lo menos, me gustaría proponer un precio que pueda convencer a la solicitante y quedarme con los libros, pero no sé cuándo llegaremos al destino a esta velocidad.

Cuando Senagaki cogía el volante, la camioneta de Mashiki circulaba bien inexplicablemente. Al principio ese hecho molestaba a Mashiki, pero ahora ya no daba importancia al asunto y se entregaba a las vibraciones agradables del vehículo. Mashiki se preguntaba por qué los ritmos repetidos y constantes de un tren o de un automóvil le daban tanto sopor. Mientras se sumía en esos pensamientos, fue adentrándose en el mundo de los sueños.

Mientras soñaba, siempre sabía que era un sueño.

Taichi Senagaki, alumno de primaria, atrapa una cigarra y sonríe orgulloso a Mashiki, de la misma estatura.

—Mírala, Mashiki. Esta es perfecta para preparar una muestra de insectos, ¿verdad?

—Sí.

Dentro de la red, la cigarra está zumbando como un fluorescente a punto de fundirse. Mashiki la mira temeroso y descubre que es el ruido del aleteo. Recuerda el equipo para elaborar muestras de insectos que guarda en la trastienda. La idea de inyectar una sustancia química con una jeringa en el abdomen rugoso de ese animal le despierta una curiosidad irresistible a la par que un sentimiento de culpa que supera a la curiosidad, por lo que se muestra confuso. No obstante, Taichi, sin darse cuenta de la vacilación de su amigo, se adelanta para dirigirse a la entrada principal de la casa. En ese caso, a Mashiki ya no le queda otra opción que seguir precipitadamente a Taichi. Se descalza en la amplia entrada empedrada, atraviesa el largo pasillo y entra en la trastienda.

Se oyen voces de hombres en la librería. Tal vez el padre de Mashiki haya llegado de comprarle unos libros a un vecino. El abuelo de Mashiki y el padre de Taichi están hablando sobre los libros recién adquiridos. Sin prestar atención a la conversación en la

tienda, Mashiki y Taichi, sentados en el suelo, están absortos en la cigarra que tienen en sus manos.

—¿Ves, Mashiki? Así se pone la inyección en la espalda para que no se note el agujero.

La cigarra, una vez inyectada la sustancia química, comienza a zumbar ruidosamente, pero no tarda en dejar de hacerlo. Taichi hace rodar ese pequeño cuerpo por el suelo. Incluso cuando Mashiki, algo nervioso, empuja la cigarra con la punta de un dedo, esta ya no reacciona en absoluto. Mashiki pregunta:

—¿Se ha muerto?

—Sí.

Los dos muchachos se quedan callados. Al cabo de un rato, Mashiki recoge con cuidado la cigarra, la posa en la palma y comenta:

—Parece que pesa menos ahora.

—Será cosa tuya.

—Taichi, al final voy a dejar de preparar la muestra de insectos. En su lugar haré alguna otra cosa.

Taichi mira con enfado a Mashiki, pero este no aparta la vista de la cigarra. Taichi, sin saber qué hacer con su amigo, apoya la espalda contra la pared.

—Bueno, a mí me da igual. Pero, entonces, ¿qué vas a hacer con el proyecto de verano? Pronto terminan las vacaciones.

—Sí, es verdad.

—Qué relajado estás sieeempre. —Taichi extiende las extremidades bruscamente. De pronto, extrae una especie de catálogo cochambroso de una de las pilas de libros que hay a su lado —. Ah, esto…

—¿Qué ocurre? —Sosteniendo con cuidado la cigarra en la mano, Mashiki se desliza junto a Taichi—. Mi padre me ha dicho que estos libros son para tirar. Están demasiado estropeados y no valen para vender.

Taichi está hojeando el contenido.

—Será broma, ¿no…? —Le tiembla la voz.

—¿Qué es lo que te pasa, Taichi?

—Mashiki, a lo mejor esto… ¡puede ser un hallazgo monumental!

La voz emocionada de Taichi, los ruidos del padre de Mashiki trabajando en la tienda, la cigarra muerta en la palma… ¡No!, se alarma Mashiki. No debe mostrar ese libro a su padre. Sin que él se dé cuenta, hay que devolverlo a su sitio entre las pilas de libros para descartar. Sin embargo, Taichi, tirando de la mano de Mashiki, ya se asoma por la tienda desde el mostrador y pregunta:

—Señor, ¿le importa que nos quedemos con este libro?

¡No, no digas eso! La cigarra, que no debería moverse, rebulle lúgubremente en su palma.

—¡Uh! —Con un grito ahogado, Mashiki dio un respingo y huyó del mundo de los sueños.

La camioneta aún circulaba por la autopista. Traqueteaba en los resaltes de asfalto contra la somnolencia. Mientras veía el perfil de Senagaki iluminado por una luz anaranjada, Mashiki dio un suspiro de alivio.

—¿Te encuentras bien? —Senagaki, sin apartar la mirada del frente, extendió una mano. Su palma seca le tocó suavemente la frente y le enjugó el sudor—. ¿Quieres que paremos a descansar un rato en la siguiente área de servicio?

Mashiki retiró con delicadeza la mano y respondió:

—Estoy bien. Solo arrastro el cansancio de la elaboración del catálogo y tengo sueño.

—Has tenido una pesadilla. —Senagaki no dejó que Mashiki se soltara de su mano. Por el contrario, atrapó las yemas de Mashiki—. ¿A causa de Makihara? Porque se ha pasado hablando…

Mashiki captó que Senagaki estaba muy arrepentido de todo lo del pasado y dejó de luchar para liberar sus yemas.

—Es que Misuzu… —Tras pronunciar Mashiki ese nombre, Senagaki le echó una mirada rápida. Mashiki, manteniendo tercamente la vista al frente, continuó—: Misuzu me ha preguntado por qué te llamo Senagaki de una forma distante. —Una sonrisa afloró en una mejilla de Senagaki. Mashiki zafó con suavidad sus dedos de la mano de su amigo y agregó—: Pero te llamo

correctamente por el *nombre* de familia.

Unos susurros resurgieron en el oído de Senagaki. Algo que latía por sus venas se agitó y lo contuvo dando golpecitos rítmicos al volante.

—Seguro que Hideo le contó algo improcedente.

—No sé, Misuzu es mucho más avispada de lo que parece.

—En conclusión, que no tenemos amigos decentes.

Mashiki soltó una risita, miró el exterior a oscuras que fluía hacia atrás y murmuró:

—No me dijiste nada cuando dejé de llamarte por tu nombre.

—Pero me estás llamando por mi nombre, ¿no? —Senagaki no pudo escrutar la expresión de Mashiki. Sin embargo, el lóbulo de la oreja que él acertaba a ver estaba enrojecido.

—No me refiero en ese sentido… —Mashiki forzó la voz casi entre jadeos—: Se trata de cuando estamos hablando así a solas.

—No me importa cómo me llames. —Eso no era verdad del todo. Aun así, Senagaki tenía que decirlo en voz firme—: Me llamas así cuando quieres. Me basta con eso.

El hombro de Mashiki se relajó visiblemente. Senagaki extendió la mano de nuevo y revolvió el pelo de Mashiki con ternura.

—Duerme un poco más.

—Céntrate en conducir —ordenó Mashiki de forma abrupta tras rechazar su mano.

Luego puso un codo contra la puerta, con la mejilla apoyada en la palma, y supervisó la conducción de Senagaki, atento a descontar puntos como un instructor de autoescuela. La velocidad de la camioneta no pasaba de ninguna manera de los cien kilómetros por hora. Ya era medianoche cuando llegaron al paso de difícil acceso de la montaña.

Unas horas antes, cuando pusieron las cadenas de nieve entre los dos a la salida de la autopista, Senagaki llamó por teléfono primero a Umehara y obtuvo la información que quería. Mientras hacía mentalmente los cálculos comerciales, marcó a continuación el número de teléfono de la solicitante. Ella le dijo que no le importaba lo tarde que llegaran y que quería que se quedaran a

dormir en su casa. Muy agradecido por su amabilidad, Senagaki colgó, regresó a la camioneta y encontró a Mashiki dormido plácidamente en el asiento del copiloto.

Tras consultar el mapa, giró el volante hacia el norte y suspiró en silencio. Estaba seguro de que Mashiki había estado soñando con lo sucedido aquel día: hacía más de diez años, el día que había determinado el destino de Mashiki y Senagaki. Al recordarlo, Senagaki todavía experimentaba amargos remordimientos y una profunda convicción que superaba esos remordimientos. A partir de ese día, Senagaki no fue capaz de separarse de Mashiki y se reconocía a sí mismo que estaba exultante por eso. Sin embargo, al mismo tiempo, sentía aflicción por haber perdido las palabras para confesar sus sentimientos por Mashiki. «Mashiki cree que nos une el vínculo de la culpa y que estoy a su lado porque me siento responsable de su vida». Esa humillante idea le hacía avergonzarse de sí mismo. También le irritaba la resignación de Mashiki. Aun así, no encontraba palabras para explicarle a Mashiki que se equivocaba, ni tenía valor para hacerlo.

Senagaki había optado voluntariamente por permanecer al lado de su amigo con independencia de los remordimientos y del sentimiento de culpa que sin duda albergaba. No obstante, obstaculizado por el alto muro que se elevaba intacto entre ellos desde hacía demasiado tiempo, titubeaba sobre si sincerarse del todo. A ambos les obsesionaba en exceso *la culpa*, que ya se había convertido en una sombra insustancial, algo tan incierto y difícil de definir. Sin darse cuenta, los dos habían empezado a creer que eso era lo único que mantenía su vínculo, hasta el punto de que se acobardaban para no perderla.

Aquel día lejano, Senagaki descubrió *Memorias de la prisión* entre las pilas para tirar en la trastienda de la Mukyudo. Ese delgado libro, comúnmente conocido como «La prisión» entre los libreros de viejo, era un famoso título fantasma del que se decía que solo quedaba un ejemplar en el mundo. Se trataba de una antología de

poemas de un socialista y poeta de la Era Meiji (1868-1912), Kasai Hatakeyama. La obra llegó a ser impresa y encuadernada, aunque no salió a la luz y terminó siendo incinerada por las autoridades. Pero se salvó un ejemplar que la imprenta había ocultado a tiempo y que Hatakeyama retiró muy a su pesar y conservó con sumo cuidado en secreto. Como la obra se había encuadernado, debía de hallarse en algún lugar: con eso soñaba cualquier librero. Así persistió el rumor sobre la existencia de la antología de poemas socialistas fantasmal. Antes de la Segunda Guerra Mundial, el libro se encontró finalmente en Osaka. En ese momento el hallazgo causó una gran sensación, e incluso se dijo que circulaba una suma importante de dinero entre los implicados. No obstante, durante la confusión de la guerra «La prisión» desapareció de nuevo.

Senagaki vio una fotografía de «La prisión» que se había hecho cuando apareció esa vez en Osaka. Se la mostró Umehara, que era amigo íntimo del maestro Honda. Umehara tampoco podía dejar de soñar con hallar ese libro único, y contemplaba la foto de vez en cuando ilusionado.

—Este es *Memorias de la prisión*, del que tan solo existe un ejemplar en todo el mundo, ¿sabes? —Umehara le explicó a Senagaki.

—Qué libro más finucho, ¿no?

—Pero Taichi, si encuentras esto, será una verdadera hazaña. Con toda seguridad, alguna universidad o biblioteca te lo comprará a un precio que ni te imaginas.

—¿En seriooo?

—Sí. Y sobre todo, serás tú quien extraerá con tus propias manos el libro fantasma que, después de haber errado durante años por quién sabe dónde, terminará apareciendo ante ti. Y tú harás que salga a la luz. No hay otra cosa que honre más a un librero de viejo, ¿entiendes?

Por eso Senagaki se fijó de repente en el lomo muy delgado que apenas asomaba entre los libros apilados en la trastienda de la Mukyudo, mientras recordaba: «Ah, por cierto, el libro de la foto también tenía más o menos este grosor», y tiró de él sin pensar

mucho. Acto seguido le temblaron las manos porque uno de los sinogramas de la portada parecía el de «prisión», aunque las demás letras caligráficas no eran legibles. La fotografía que Umehara le había mostrado era en blanco y negro, pero una imagen de las hojas de bambú estaba dibujada en la cubierta al igual que en el libro que sostenía en sus manos en ese momento. La impresión en color, más viva de lo que él había imaginado, le hizo sentir inseguro, pero al comprobar las letras «Meiji» en el colofón se quedó convencido.

Senagaki se puso en pie. Tiró de la mano a Mashiki, que seguía pasmado, se fue a la tienda en la que estaban su padre, el maestro Honda y el padre de Mashiki, y le preguntó a ese último:

—Señor, ¿le importa que nos quedemos con este libro?

Senagaki estaba lleno de orgullo por haber encontrado un tesoro increíble y por la alegría de poder compartirlo con su mejor amigo. Sabía que su padre quería montar su propia librería. Si vendía «La prisión», dispondrían fácilmente de los fondos para la apertura.

Definitivamente podía demostrar quién era su padre a los libreros de viejo que lo despreciaban por ser un *revendedor*. Sin imaginar en absoluto qué tipo de repercusiones suscitaría en su entorno su *hallazgo del siglo*, Senagaki mostró el libro fantasma alzándolo por encima de la cabeza.

El estrecho paso de montaña, por el que difícilmente cabrían dos vehículos, estaba cubierto de nieve y sumido en la oscuridad. El camino de nieve compacta que se veía iluminado por la débil luz de los faros de la camioneta estaba helado. Por lo visto, más adelante había una curva sin quitamiedos. Incluso había partes de camino sin pavimentar. Al darse cuenta de lo terriblemente profundo de la montaña adonde habían llegado, Senagaki soltó una risa amarga mientras giraba el volante con cautela. Ante ellos se extendía una cadena de montañas arboladas y la nieve pesada se acumulaba en las ramas de los cedros. Hoy en día, cuando las industrias forestales han disminuido, tal vez nadie pode las ramas o instale postes de madera para sostenerlas con cuerdas con el fin de preservar los árboles del

peso de la nieve. El bosque de coníferas que crecía exuberante creaba una densa oscuridad. Parecía que un río discurría muy por debajo del acantilado de ese camino sinuoso.

Senagaki, preocupado por si Mashiki se despertaba con el rumor del agua, le echó una mirada rápida, pero su amigo seguía entregado al traqueteo del automóvil. Era fácil de suponer que Mashiki había hecho un gran esfuerzo por terminar el catálogo y acompañar a Senagaki en este viaje de trabajo. La tez de Mashiki se veía más pálida de lo habitual, como si emergiera de la oscuridad al otro lado de la luna de la ventanilla.

Senagaki se sumió en sus recuerdos de nuevo.

—Señor, ¿le importa que nos quedemos con este libro?

El padre de Mashiki, que era dueño de la Mukyudo de entonces, echó una mirada rápida al libro que Senagaki había alzado y respondió con rudeza:

—No. Lo voy a tirar de todas formas. Quédatelo si quieres.

Senagaki dio gritos de júbilo para sus adentros. En ese momento, el maestro Honda, que estaba charlando con el padre de Senagaki a su lado, le habló en tono sereno:

—Taichi, déjame que vea ese libro.

Naturalmente, Senagaki no quería mostrárselo al maestro. El reputado conocedor sin duda adivinaría el valor de ese hallazgo a simple vista. Si eso sucediera, le arrebataría este libro de la mano a Senagaki. Como este vacilaba, su padre lo apremió con la mirada: «Pásaselo ya». Senagaki, mientras lamentaba con pesar que su padre no captara los motivos de su hijo para tratar de apropiarse del libro, se lo entregó al maestro sin más remedio.

Las manos del maestro Honda que sostenían «La prisión» temblaron. Y después miró fijamente a Senagaki.

—¿Entiendes qué es esto, Taichi?

Fue la primera vez que el anciano, siempre afable, dirigía una mirada tan penetrante y seria a Senagaki. Este no supo qué responder. Sin embargo, impulsado por el orgullo que sentía, al final

afirmó:

—Sí —asintió con la cabeza rotundamente.

El maestro Honda se rio y exclamó:

—¡Magnífico, Taichi! Eres extraordinario. Cuando incluso yo tiemblo de esta manera, tú ni te inmutas sabiendo qué es. —El maestro Honda devolvió «La prisión» a la mano de Senagaki. Como él no se lo había esperado en absoluto, Senagaki miró de hito en hito el rostro de arrugas profundas del anciano. Este repitió como si saboreara el hecho—: Magnífico.

El padre de Senagaki paseó la mirada apresuradamente desde el viejo libro gastado en las manos de su hijo hasta el rostro del anciano que tanto admiraba y preguntó:

—¿De qué se trata, maestro?

El padre de Mashiki también dejó de organizar los libros, se acercó a ellos y preguntó:

—¿Qué sucede, padre?

—Todos, miradlo bien. Mashiki, ven a mi lado también.

Los presentes se congregaron alrededor de Senagaki. Este tiró aún más de la mano de Mashiki que mantenía agarrada.

—Este es el libro fantasma, «La prisión» —resonó la voz solemne del maestro Honda.

Una gran conmoción sacudió a los progenitores de Senagaki y Mashiki.

—¿De veras que es este…? —Cuando finalmente surgieron en tono ausente las palabras de estupor por los labios del padre de Senagaki, el padre de Mashiki salió de súbito a la calle—. ¡Ah, señor Honda…!

Parecía no oír siquiera la voz del padre de Senagaki, que trataba de detenerlo. El maestro Honda se encorvó de hombros.

—Déjalo. Ya lo comprenderás, Senagaki. La segunda generación de la Mukyudo ha permitido en su propio establecimiento que un muchacho de doce años hallara un libro único en el mundo.

Al padre de Senagaki se le endureció el rostro al instante, como si se hubiera despertado de un sueño. Mashiki comprendió la

situación y miró ansioso las puertas de cristal por las que se había ido su padre. El maestro Honda continuó:

—Es un gran honor poder ayudar a traer este libro al mundo una vez más. Sin embargo…, suponte lo que mi hijo debe de sentir.

Ante esas palabras del anciano, el padre de Senagaki se puso de rodillas para manifestar una profunda disculpa a su maestro y trató de salvar la dignidad de la Mukyudo todo lo posible:

—¡Siento en el alma la gravedad de lo que ha hecho mi hijo! Pero el crío no entiende nada. Y por eso ha cogido sin pensar «La prisión», que el señor Honda planeaba sacar al mundo más adelante. Estoy seguro. ¡¿Verdad que sí, Taichi?!

El joven Senagaki guardó silencio, porque no era eso lo que había sucedido. En realidad, Senagaki había dicho a Honda que solo quería uno, a sabiendas de su valor, entre los libros para descartar. Honda le había echado un vistazo para asegurarse de qué libro quería quedarse el muchacho y había accedido a su petición. Senagaki había sabido qué era, pero Honda no. Senagaki había sido capaz de reconocer el libro, pero Honda no. Esa era la pura verdad de los hechos. Senagaki permaneció en silencio sin afirmar ni negar la justificación de su padre. Comprendía que las cosas ya no volverían a ser como antes, dijera lo que dijera. Senagaki había hallado en la Mukyudo un libro raro de primera categoría.

Incluso después de que el exterior de la librería se hubiera sumido en el crepúsculo, el padre de Mashiki no regresó. A continuación, cayó la noche e incluso llegó la mañana, pero él tampoco regresó. La segunda generación de la Mukyudo había desaparecido definitivamente.

A partir de entonces, el padre de Senagaki nunca más trató de dirigirse a la Mukyudo, diciendo que había devuelto mal por bien a su maestro. No solo eso: incluso se retiró del mundo de los libros de viejo que tanto amaba y se convirtió en jornalero de la construcción vial. Probablemente ese trabajo le resultaba demasiado duro a un hombre que ya no era joven, y murió poco después de que Senagaki

hubiera ingresado en el bachillerato, a los quince años. El hijo había deseado obtener aquel libro también en beneficio de su padre. El padre se había sentido responsable del hecho y abandonó su sueño. Sin embargo, ni una sola vez culpó a su hijo. O más bien parecía estar feliz en secreto por la hazaña de su propio hijo, a pesar de que el héroe del hallazgo de *Memorias de la prisión*, que oficialmente estaba oculto en la Mukyudo, fue tratado como *anónimo*. El maestro Honda había insistido en hacer público que el descubridor había sido Taichi Senagaki. Pero su padre se había negado con terquedad. Había reiterado que se trataba de un libro de la Mukyudo y que ni siquiera quería reclamar ningún tipo de derecho sobre «La prisión».

Aun así, este círculo empresarial es estrecho y cualquier rumor se difunde de inmediato. «Al parecer, el hijo del revendedor está involucrado en el gran hallazgo de la Mukyudo. Dicen que el dueño de la segunda generación desapareció el día que encontraron "La prisión". En ese caso…». Incluso se transmitieron de boca en boca unas conjeturas, como si fueran verdad, sobre que el maestro Honda había expulsado a su segunda generación y que por ello el padre de Mashiki se había suicidado.

El libro, que cambió el destino de los hombres presentes en el lugar del hallazgo, fue adquirido a un precio de alrededor de cien millones de yenes por una asociación religiosa para la enorme biblioteca que administraba. El maestro Honda volvió a manifestar que Taichi tenía derecho a recibir ese dinero, pero su padre tampoco lo aceptó de ninguna manera. Aunque el maestro le propuso repartirlo a partes iguales, el exrevendedor ni siquiera respondió.

El padre de Senagaki dejó de acercarse a la Mukyudo y el muchacho pasaba los días aburrido. Su padre le tenía advertido: «Tú tampoco pretendas volver a ver nunca al maestro ni a Mashiki. El señor de la segunda generación ha desaparecido. No olvides ese peso en tu conciencia, ¿entendido?». El muchacho ahora comprendía plenamente que lo que había hecho él con tan buena voluntad había destrozado todo. ¿Mashiki, que se había quedado sin padre, estaría llorando? ¿El maestro, que cariñosamente compartía sus enseñanzas sobre los libros de viejo con Taichi, estaría muy enfadado con él? Al

final, Senagaki llegó a reconocer que había incurrido en algo similar a una traición.

Después de tanto vacilar y atormentarse, fue incapaz de reprimir el deseo de ver a Mashiki y se atrevió a dirigirse a la Mukyudo. Fue un día glacial de invierno. Había transcurrido medio año desde el revuelo de «La prisión». Tras abrir el pesado portón, asomó por la librería en la que no había nadie. Al cabo de un rato de vacilación, rodeó el edificio y se adentró en la finca. El viejo árbol de enorme copa se mecía al viento y sus pálidas hojas polvorientas resistían al invierno. Mashiki cultivaba los tomates en verano. Sus tallos, marchitados por completo, se acumulaban unos encima de otros a la espera de convertirse en polvo, y su silueta recordaba a unas ruinas antiguas. A través de las puertas de cristal que daban al huerto, se veía el pasillo de la vivienda desierto. Senagaki, como impulsado por la ansiedad, se apresuró hacia al jardín trasero. Allí vio la espalda del maestro Honda de pie sobre el bordillo del estanque. Mientras se acercaba a él despacio, el corazón de Senagaki comenzó a latir tan desbocado que casi le dolía el pecho, preguntándose si el maestro lo reprendería a gritos o lo ignoraría. Antes de que Senagaki saludara al maestro, este se volvió y sonrió.

—Taichi, cuánto tiempo sin aparecer por aquí. Me tenías preocupado.

Senagaki había querido pedirle perdón al anciano, pero ante su actitud y su gesto se olvidó de todas las palabras que tenía pensado decirle.

—¿Tu padre está bien de salud? —Senagaki no pudo hacer más que asentir con la cabeza—. Me alegro… —El anciano hizo señas con la mano para que Senagaki se situara a su lado. Y pasó la bolsa de comida para peces a las manos del muchacho—. En este estanque habita el espíritu guardián, ¿sabes?

Animado por el anciano, Senagaki desmenuzó una de las tortas *o-fu* de gluten de trigo de la bolsa y la arrojó al estanque. La superficie del agua se mantenía en una calma absoluta. Mientras se preguntaba si el pez ya tenía lleno el estómago, Senagaki continuó arrojando la comida durante un rato al estanque en el que no se

mostraba ninguna señal de vida. El maestro continuó:

—Cuando compré este solar, construí la casa y el jardín, y solté el espíritu guardián en este estanque. —El maestro Honda fijaba la mirada en la superficie líquida como si pudiera ver el fondo de las aguas turbias—. He estado alimentándolo a lo largo de los años, con el deseo de que la Mukyudo pudiera toparse con buenos libros y mi familia pudiera vivir felizmente.

Senagaki no se atrevió a preguntar lo que el maestro había soltado al agua. Lejos de ello, ni siquiera podía pronunciar una sola palabra. Todo lo que podía hacer era mirar fijamente los trozos de la torta que se ablandaban por la humedad y se hundían. No podía ver el fondo del agua que la vista del maestro Honda parecía alcanzar. Este prosiguió:

—Se me ha cumplido el deseo. Conseguí el libro antiguo supremo para un librero de viejo. He podido ayudar a que ese libro haya cobrado vida una vez más. —Miró a Senagaki—. Taichi, ven a la Mukyudo igual que antes. Aprende conmigo como tu padre, porque tienes talento.

Ese talento suyo lo había arruinado todo. Cuando encontró *Memorias de la prisión*, también descubrió su propio talento y su buena suerte. Senagaki tenía un olfato extraordinario para identificar los libros de valor. Cuando veía y tocaba un libro, que estaba a la espera de ser descubierto por alguien, este brillaba para manifestar su existencia. En una estantería o en una pila sobre el suelo, los libros de valor emitían un resplandor tenue como una estrella y se rebullían para que Senagaki se fijara en ellos. Senagaki, que desde su infancia estaba habituado a pasar los días entre montañas de libros tirados a la basura, era amado por ellos y tenía gran sensibilidad para percibir ese amor. Si se aplicase a adquirir conocimientos sobre los libros a partir de ese momento y acumulase experiencia, tal y como se lo recomendaba el maestro Honda, podría ganarse la vida perfectamente como librero de viejo en el futuro.

Sin embargo, estaba asustado. Tenía miedo del insondable poder mágico que anidaba en los libros usados y que le seducía. El diablo que había devorado el sueño de su padre, que se había llevado

al padre de Mashiki al crepúsculo y que, con todo, aún seguía tentando a Senagaki. Ese diablo lo tentaba con perspicacia, como el maestro Honda, y con una fascinación fragante, como Mashiki. Ya no había forma de que pudiera resistirse. Tenía que seguir adelante hasta donde pudiera llegar, aunque mientras tanto temblara de miedo. Había presentido ese desenlace en algún rincón de su mente desde el instante en que Mashiki le había ofrecido un fruto rojo aquel día de verano.

—¿Y Mashiki? —A Senagaki se le quebró la voz que por fin le salió entre los labios.

—Está acostado, tiene un resfriado. Lleva todo este tiempo esperando a que vinieras a verlo. —Las palabras del maestro Honda se dispersaron vagamente, llevadas por el viento helado bajo el cielo nublado. Al menos así le sonaron a Senagaki al oído. Luego el maestro adoptó la formalidad propia de un viejo sacerdote que cuenta los secretos de los orígenes del mundo y acercó los labios al oído del muchacho—. Taichi, te confío a Mashiki, ¿de acuerdo? —Surgieron señales de un visitante en la librería. El maestro Honda se apartó del estanque despacio—. Parece que tengo clientes. Hace frío aquí. Ven conmigo a la tienda.

Vacilante, Senagaki no se movió de la orilla del estanque. De pronto, a su espalda oyó deslizarse la puerta de cristal del dormitorio que daba al jardín. Cuando volvió la cabeza, vio a Mashiki en pijama, que bajaba descalzo al suelo de tierra compacta y fría. Mashiki estaba un poco más delgado de lo que Senagaki recordaba. Sus mejillas estaban tan blancas y transparentes que casi se le veían las finas venas azuladas, y solo las puntas de los dedos de los pies que pisaban directamente el suelo enrojecieron algo ateridas. Tan pronto como Mashiki se acercó a Senagaki, lo abrazó en silencio. Al sentir el cuerpo caliente por la fiebre, Senagaki se tambaleó un poco. Por un instante le entraron ganas de caerse a las aguas y ser devorado por el espíritu guardián del estanque si su culpa pudiera expiarse con eso. Pero apoyó los pies con firmeza para sostenerse por la figura de Mashiki que lo estaba abrazando.

—Estás resfriado, ¿no? —Empujó hacia la casa a su amigo

vestido con tan solo un fino pijama.

Mashiki se apartó de Senagaki y bajó la vista. Sus largas pestañas proyectaron una sombra tenue en sus mejillas y murmuró:

—Pensé que ya no vendrías más.

Senagaki se dio cuenta de que Mashiki llevaba la cigarra que Senagaki había matado con la inyección.

—Pero ¿todavía guardas esa porquería?

La espalda negra de la cigarra ahora, en invierno, resultaba lúgubre, y a Senagaki le pareció que era el símbolo de su culpa. Cuando extendió el brazo para quitársela de la mano, Mashiki trató de evitarlo y la escondió a su espalda obstinadamente. Senagaki le dijo:

—Tírala ya, si no se llenará de bichos.

—Senagaki…

Fue la primera vez que Mashiki llamaba a Senagaki por su apellido. Senagaki reprimió su agitación, adivinó el corazón de Mashiki exactamente y dijo las palabras que este deseaba:

—Vendré a verte, como antes. Mientras tú quieras, seguiré viniendo aquí. —Como si se hubiera quedado tranquilo, Mashiki le entregó la cigarra a Senagaki. El cadáver del insecto en la palma era ligero y las puntas de sus alas estaban rotas—. Vuelve a la habitación enseguida. Yo también iré sin tardar.

Mashiki asintió, sacudió descuidadamente las plantas de los pies y se metió en el dormitorio a través de la puerta de cristal. Senagaki dio la espalda a la vivienda y se sentó en cuclillas en el bordillo del estanque. Con cuidado, dejó caer el insecto de verano en el estanque de invierno. La cigarra flotó durante un rato, como una mancha en la superficie lisa, y expulsó pequeñas burbujas desde el interior de su cuerpo.

En ese momento, las aguas que se mantenían en calma ondularon mucho, y una silueta negra y tersa empujó la superficie desde abajo. En un abrir y cerrar de ojos, las aguas recuperaron la calma absoluta y no se veía la cigarra por ningún lado. Estupefacto, Senagaki clavó la mirada en la superficie de las aguas turbias. Ya no había ninguna silueta que surcara las aguas. El espíritu guardián del

estanque se había tragado la culpa de Senagaki y se había hundido de nuevo en las profundidades. Senagaki sintió un escalofrío y se puso en pie a toda prisa. Tenía la impresión de que se le habían enfriado de un plumazo la alegría y la emoción que había sentido por el hecho de que el maestro Honda lo hubiera readmitido y Mashiki quisiera seguir viéndolo.

«No lo olvides», algo atormentaba a Senagaki. Pero no pudo saber qué era exactamente: si la cigarra que se había hundido en el agua, si el espíritu guardián del estanque o si su propio corazón mientras se encontraba en ese jardín donde todo se fundía en un color gris opaco. Fuera cual fuese el caso, pensó que era difícil perdonarse a sí mismo. «¿Pensarían eso los demás si estuvieran en mi lugar?». No estaba seguro de ello. Sin embargo, una deprimente sensación de ahogo permaneció para siempre en su interior.

CAPÍTULO 4

Al atravesar el puerto de montaña que parecía no tener fin, llegaron a un pueblo que parecía aferrado al valle. A pesar de la oscuridad, se percibía que las casas se alineaban a lo largo de un río angosto de rápida corriente. En una montaña tan profunda, ni siquiera se podría conseguir un terreno lo bastante amplio para crear un campo de cultivo. La curiosidad de Senagaki por un anciano que había coleccionado miles de libros en ese pueblo remoto creció rápidamente y murmuró:

—No tengo derecho a amonestar a Mashiki por más que sea tabú curiosear en la vida de los clientes.

Evaluar los libros con calma y con una mirada desprovista de implicación emocional, esa es la regla de oro de los libreros de viejo. Involucrarse emocionalmente nubla la vista y hace que se cometan errores de juicio.

—¿Cuándo he curioseado yo?

Al oír esa voz malhumorada, Senagaki miró a su lado y vio a Mashiki contemplando el exterior oscuro.

—Ah, estás despierto. Ya estamos llegando.

—¿Sabrás localizar la casa con esta oscuridad?

El camino a partir de la entrada del pueblo estaba limpio de nieve, pero había placas de hielo. Los neumáticos rodaron con un crujido parecido al de una máquina picahielos. Mashiki, con la mente aún nublada y apenas despierto, miró hacia delante y distinguió una iluminación diferente a la luz eléctrica.

—Senagaki, mira aquella…

—Sí, tal vez.

En la entrada de una casa de agricultores más grande que cualquier otra del pueblo, un tradicional farolillo blanco emergía borroso en la oscuridad. La llama del farolillo de papel emitía una cálida luz tenue en la noche. Al acercarse, pudieron leer en él «De luto» escrito en negro con tinta china.

—Correcto —murmuró Senagaki, y descartó rápidamente la idea de aparcar en la calle estrecha, así que condujo la camioneta sin dudarlo al interior del extenso jardín delantero de la vivienda.

—Pero ¿qué haces sin pedir el consentimiento de la gente de la casa…?

El reproche aturdido de Mashiki pronto quedó ahogado, pues la repentina intrusión a medianoche hizo que las gallinas alborotaran y los perros ladraran. Se iluminó una luz en el interior de la entrada principal por la que apareció una mujer de unos treinta y tantos años. Hizo señas con la mano para que el vehículo se acercara delante de la vivienda. Senagaki giró el volante sin dificultad, manipulando la camioneta despacio, y apagó el motor.

La mujer parecía estar un poco desconcertada por la juventud de los dos hombres que se habían apeado del vehículo y recogían sus respectivos equipajes. Pero de inmediato sonrió y saludó con la cabeza.

—Bienvenidos. Soy Iwanuma. Siento las molestias de haberles hecho venir hasta aquí desde tan lejos.

La mujer estaba algo pálida, tal vez porque debía de estar cansada tras la serie de acontecimientos recientes, incluido el funeral. Pero por eso mismo se la veía especialmente sensual. El cuello esbelto asomaba entre los pliegues de un kimono oscuro, y sobre su piel nívea le caían unos finos mechones de su peinado con moño. Y por encima de todo, tenía unas facciones bien definidas que atraían las miradas. Mashiki, al verse arrojados de improviso a una situación tan emocionante, parecida a una escena de teatro, esperó con cierta malicia la reacción de Senagaki. Sin embargo, este, con el envoltorio de tela colgado de la mano, respondió sin

ceremonias, como si hubiera llegado al baño público de su barrio.

—Para nada, señora. Acudo adondequiera que haya libros. Soy Senagaki. —Esbozó una sonrisa simpática y presentó a Mashiki, que se detuvo a su espalda—: Cuento con un colaborador. He aquí mi amigo Honda. Es el dueño de una librería de viejo llamada Mukyudo y es un buen conocedor de libros.

La mujer hizo una reverencia con esmero también a Mashiki y los condujo a ambos al interior de la casa.

—Hace mucho más frío aquí que en Tokio, ¿verdad? Por favor, dense un baño y retírense a descansar cuanto antes.

Tras pasar por la entrada principal con las puertas correderas de vidrio, se extendía el espacioso zaguán. Se trataba de una casa tradicional de agricultores con una cocina situada en un rincón de la estancia. El techo era alto y se veían unas macizas vigas tiznadas. Los dos jóvenes se descalzaron en el suelo, subieron a la sala de estar en la planta superior, donde solo había una mesa-estufa *kotatsu*, un televisor y un pequeño altar sintoísta doméstico, y después de atravesar la sala, salieron al pasillo. La casa antigua en la que habían transcurrido siglos estaba desierta. En la habitación de invitados que daba a la colina de atrás, los futones ya estaban extendidos.

—¿Les apetece tomar algo antes de acostarse?

—No se preocupe, señora. Ya hemos cenado en el camino —respondió Mashiki.

Ella asintió y dijo:

—El baño está al fondo. Me voy a acostar, por lo que cuando terminen de usarlo no se molesten en recoger, por favor.

Senagaki deshizo el nudo del envoltorio y, mientras sacaba un cepillo de dientes, preguntó a la mujer:

—¿A qué hora quiere que comencemos mañana?

—Sí, vamos a ver… —Ella se apoyó pensativa un fino dedo en la mejilla—. Todos los libros están en el piso de arriba del granero, porque el difunto lo usaba como despacho.

—En ese caso, llevará un tiempo sacarlos. ¿No le importa que comencemos temprano?

—En absoluto. Prepararé el desayuno hacia las siete y media.

Senagaki echó una mirada rápida al reloj de la pared y vio que sus manecillas estaban a punto de marcar la una. Se rascó la sien y pidió incómodo:

—Ah, pues… a las ocho si es posible.

Mashiki le dio un codazo a Senagaki en el costado y le reprochó:

—Has sido tú mismo quien ha dicho *temprano*, ¿no?

La mujer se llevó la manga del kimono a la boca para ocultar la risa y dijo:

—De acuerdo. Vengan a la sala de estar a las ocho. —Y cerró la puerta.

—¿Qué te parece?

A la pregunta de Senagaki, Mashiki, que en ese momento tiraba del pijama para sacarlo de su maleta, se volvió hacia él y respondió sin ambages:

—De lo más cutre.

—¡¿Cómo?! —Desconcertado, Senagaki se sentó en cuclillas a su lado—. Pero ¿qué te pasa? No dirás eso de la persona a la que acabamos de conocer.

—¿De qué estás hablando? —Mashiki lo miró fríamente—. Me refiero al contenido de tu envoltorio.

Senagaki bajó la vista a sus pies, donde vio que el nudo del pañuelo *juroshiki* marrón estaba desatado por completo, dejando al descubierto el contenido. Junto con una muda, asomaban unos paquetes de tabaco y un fajo de billetes. Senagaki rehízo el nudo con aire avergonzado y se excusó:

—Lo importante en lugares remotos es proveerse de tabaco, ¿entiendes? También tengo que hacer el pago…

—Por lo menos trae el dinero en un sobre. ¿Es que pretendes entregarlo así, tal cual? —Mashiki sacó del fondo de su maleta un sobre de tamaño folio, sin la menor arruga, y lo deslizó en el suelo de tatami hacia Senagaki—. Ya me imaginaba esto, he hecho bien en traerlo.

Senagaki recogió con sumo agradecimiento el sobre inmaculado

y lo depositó encima del envoltorio de pañuelo. Mashiki, con la ropa de dormir en los brazos, se puso en pie.

—¿Qué querías decir con eso de «qué te parece»?

Senagaki se sentó junto a la ventana, la dejó entreabierta y encendió un cigarrillo. Con la punta de los dedos tiró del cenicero de piedra que había en el *tokonoma*, el pequeño espacio decorativo elevado.

—La señora…

—Es hermosa —respondió Mashiki sin especial sentimiento.

Senagaki se rio y dijo:

—No en ese sentido. Todavía tendrá treinta y pico, ¿no? He oído que el difunto propietario de los libros tenía casi ochenta años. Es mucha diferencia de edad.

Mashiki ladeó la cabeza pensativo y dijo:

—¿No será su hija? O tal vez su nuera…

Senagaki echó el humo del tabaco y entrecerró los ojos.

—Hum, ¿quién será?

—No curiosear en la vida de los clientes. Ese es uno de tus principios, ¿verdad?

—Sí, pero en lo básico. Sin entender un mínimo sus circunstancias no se puede hacer buenos tratos porque nunca se sabe qué impedimentos puedan surgir.

Convencido, Mashiki salió de la habitación. Los años impregnaban el oscuro pasillo y las paredes casi parecían humedecerse con el aliento del joven. Las tablas del suelo, que crujían ligeramente con las pisadas, estaban frías. Sin darse cuenta, Mashiki aceleró el paso hacia el cuarto de baño del fondo.

A la mañana siguiente, Mashiki se despertó a causa de un bullicio. Senagaki no estaba en la habitación. Se cambió de ropa precipitadamente, se puso la cazadora de la Cooperativa de Libreros de Viejo y salió al pasillo. Vio a Senagaki vestido de nuevo con el mono militar y de pie junto a la ventana. Estaba mirando fuera detrás de la cortina para ocultarse. A través de la ventana que había

entreabierto para fumarse un cigarrillo, se oían muy bien las voces del exterior.

—Buenos días.

Al ver a Mashiki, Senagaki aplastó el cigarrillo en el cenicero portátil y comentó:

—Parece que están discutiendo algo.

Mashiki también asomó la cabeza por encima del hombro de Senagaki. Varios hombres de mediana edad decían algo uno detrás del otro. Por lo visto, la mujer de la noche anterior estaba tratando de calmarlos todo lo posible.

A la luz de la mañana se dieron cuenta de que la montaña quedaba tan cerca del pueblo que parecía aplastarlo. Las montañas de coníferas dejaban ver la nieve acumulada en el suelo. El murmullo del río fluía por delante de la casa y el claro cielo invernal relumbraba. Las voces de los hombres, que debían de haber acudido en coche, retumbaban.

Mashiki reprimió un bostezo y dirigió la mirada hacia el lateral de la casa. Allí se erguía un imponente granero de paredes blancas de arcilla.

—¿Los libros estarán en el piso superior de ese edificio?

Al oír la pregunta de Mashiki, Senagaki también sacó medio cuerpo hacia delante y respondió:

—Sí, seguro.

—Tiene pinta de que dentro estuviera escribiendo Edogawa Rampo[14] —bromeó Mashiki y rio alegremente. Senagaki le atusó el cabello con las yemas, pero Mashiki frunció el ceño y protestó—: Deja de sobarme el pelo en cualquier momento y lugar. Si alguien nos ve, le vamos a parecer raros.

—Es que me gusta —Senagaki soltó una risa— este tacto como el del pelaje suave de un gato.

Mashiki fingió mirar el reloj de pulsera, se zafó con naturalidad de los dedos de Senagaki y se dirigió a la sala de estar. Mientras lo seguía relajadamente, Senagaki volvió a observar el alboroto de fuera.

—No pintan bien las cosas para que podamos ver la biblioteca.

Es más bien el mundo de Seishi Yokomizo[15] en lugar del de Rampo.

Incluso unos vecinos que pasaban por allí se habían sumado a los hombres que discutían formando una pequeña multitud en el jardín. Mashiki, tras dar un suspiro, comentó:

—¿Una disputa por la herencia de una familia de rancio abolengo? Eso ya no está de moda en estos días.

Cuando se hubieron sentado a la mesa-estufa de la sala de estar, la mujer les sirvió una sopa de *miso* con hongos *nameko* que le gustaban a Mashiki. Mientras este disfrutaba tomándola, Senagaki, el principal encargado del trabajo, sintió que no podía permitirse el lujo de estar desayunando tranquilamente y preguntó:

—¿Tiene visitas, señora? —Trató de averiguar la situación de fuera; se introdujo un encurtido de albaricoque *umeboshi* en la boca.

Ese día ella llevaba un kimono con motivos de ciruelos floreciendo en invierno. La prenda, en la que las flores blancas se dispersaban sobre un fondo gris parecido al de la pintura a tinta china, favorecía a aquella mujer joven que acababa de sufrir una desgracia.

—Siento haber armado jaleo desde primera hora de la mañana. Pero ustedes no se preocupen. Han venido mis familiares, que viven en la ciudad, diciendo que quieren ver cómo se realiza la compra de los libros.

—Creo que no es algo que sea divertido de ver… —Senagaki se forzó a sonreír y miró a Mashiki. Él levantó la vista un instante y se encogió de hombros.

Por un momento se hizo un silencio. Mientras se llevaba la taza de té a los labios, Mashiki reprimió otro bostezo. La mujer también le ofreció un té a Senagaki y preguntó:

—¿Han podido descansar bien? Estaba preocupada por si hacía frío en la habitación.

—Para nada, casi hacía *calor* —respondió Senagaki tranquilamente mientras mantenía la taza para que el vapor le

calentara la barbilla. De pronto, dentro de la mesa-estufa recibió una patada brutal de Mashiki en la espinilla.

Al ver a Senagaki bajar la cabeza sobre la mesa bruscamente sin dar ni un grito, la mujer se desconcertó.

—Pero ¿qué le sucede?

—Siempre se toma el té a toda prisa, a pesar de que no soporta las cosas muy calientes. No le haga caso, es culpa suya —dijo Mashiki con frialdad y sonrió ampliamente a la mujer—. Me gustaría ofrecer un rezo al difunto antes de entrar en su granero.

—Muchas gracias. Venga conmigo, por favor.

Mashiki siguió a la mujer y, antes de salir por la puerta corredera, lanzó una mirada de ira a su compañero.

—Date prisa, Senagaki.

—¿Desde cuándo no soporto las cosas muy calientes? —Gruñó Senagaki y salió a rastras de la mesa-estufa teniendo cuidado con la espinilla, que seguía adormecida por el dolor.

Juntaron las palmas ante la fotografía del difunto en la capilla doméstica. Los inciensos se quemaban en el altar budista en el que, a pesar de la temporada de invierno, había una abundante ofrenda de fruta según la costumbre tradicional japonesa. Ganjuro Iwanuma, de facciones duras como haciendo honor a su nombre de pila[16], fijaba la vista al frente desde dentro del marco negro. Ahí tenía entre setenta y cinco y ochenta años. Mashiki escrutó el perfil de la mujer, que seguía con las palmas juntas en silencio, y nuevamente sintió cierta curiosidad por su parentesco con Ganjuro. De repente, surgió un alboroto fuera de las puertas correderas, y dos hombres y una mujer de mediana edad entraron ruidosamente. Se trataba del grupo de personas que había estado discutiendo con la mujer en el jardín un rato antes. Evaluaron a Senagaki y Mashiki, que volvieron la cabeza hacia ellos. El hombre más mayor resopló por la nariz y dijo:

—Mitsuko, esto no está bien. Es imposible que unos novatos como estos sepan tasar esos libros decentemente. —Se sentó con un ruido sordo, cruzando las piernas en el suelo de tatami delante del altar.

Enseguida siguieron su ejemplo otro hombre y una mujer cuyos

rasgos faciales ya a simple vista evidenciaban un lazo de sangre.

—Pero bueno, Hitoshi. ¿Cómo te atreves a decir algo tan descortés sin siquiera saludarlos…? —Perpleja, la mujer de la casa, a la que habían llamado Mitsuko, trató de calmar al hombre que aparentaba tener veinte años más que ella—. Estos son el señor Senagaki y el señor Honda, ambos son libreros de viejo de Tokio. Puesto que se han molestado en desplazarse hasta aquí, deberías tener más consideración…

Era habitual que Senagaki y Mashiki fueran menospreciados por su juventud, por lo que no se ofendieron en absoluto. Haciendo caso omiso a esos comentarios, saludaron con una reverencia a los intrusos. Mitsuko los presentó rápidamente:

—Son los hijos de Ganjuro: Hitoshi, Kunio y Yoshiko.

Todos tenían alrededor de cincuenta años. Naturalmente, esos tres eran mucho mayores que Mitsuko. Senagaki, que estaba sentado sobre los talones formalmente, aprovechó el momento de cruzarse de piernas para inclinarse hacia Mashiki y le susurró al oído:

—Entonces Mitsuko puede ser la segunda esposa de Ganjuro. —Eso parece. Uf, qué encargo más engorroso aceptaste. Senagaki no pudo rebatir nada al respecto y se limitó a rascarse la nuca. Hitoshi se puso a fumar, y al verlo, a Senagaki le entraron ganas de dar una calada, pero Mashiki se mantenía formalmente frente a los hijos de Ganjuro. Sin más remedio, Senagaki bajó la mano que se había llevado al bolsillo. Hitoshi le habló:

—Mira, joven… ¿Senagaki te llamabas? ¿Cuántos años tienes? —Veinticinco.

La mujer cincuentona, Yoshiko, se llevó un pañuelo a los labios para disimular el comentario que le hizo a su hermano:

—Qué joven. —Arrugó el rostro—. Apenas hay diferencia de edad con mi hijo. Es un mundo donde la experiencia es lo que cuenta, ¿no? ¿Los ves capaces…?

Kunio protestó a la joven viuda:

—Por eso te dijimos que era mejor donarlos a una biblioteca, no venderlos a una librería de viejo, Mitsuko. Como ya sabes, no es que

tengamos necesidad de dinero, solo queremos vaciar el granero.

La viuda seguía cabizbaja en silencio. Al parecer, los hijos de Ganjuro no tenían intención de involucrarse en la tasación. Senagaki dijo con tono tranquilo:

—No se preocupen, señores. A pesar de mi edad, llevo más de diez años formándome en este oficio. —Y sonrió de oreja a oreja a Yoshiko. Ante este gesto de un joven de fisonomía viril, ella se enderezó tímidamente. Senagaki miró a Mashiki, que seguía sentado impasible sin ningún asomo de sonrisa cortés, y agregó—: En cuanto a este, Honda, fue instruido rigurosamente en los conocimientos sobre los libros antiguos desde que nació. Así que tasaremos cabalmente.

Al ver a Hitoshi y Kunio, que aún no se mostraban convencidos, Mashiki habló por fin:

—Si piensan en el bien de los libros, será mejor que desistan de la idea de donarlos a una biblioteca.

Hitoshi y Kunio clavaron la mirada en Mashiki a la vez. Su sorpresa era evidente, como diciendo que no habían podido identificar hasta ese momento si era hombre o mujer. Por muy delgado que fuera, tenía una estatura alta y su físico era masculino, pero los hombres de edad madura solían cegarse con las delicadas facciones de su tez clara. Mashiki, que se mantenía tan inexpresivo como una muñeca, se llevó las puntas de los dedos esbeltos y pálidos a la cremallera de la cazadora y la bajó un poco. Con el cuello relajado, prosiguió moviendo solo los labios, levemente sonrientes por educación:

—Los libros, una vez que forman parte de los fondos de una biblioteca, se ven despojados de su sobrecubierta y su estuche. En el mejor de los casos, se los marca con el sello insípido de una biblioteca y se alinean en una estantería. Pero en el peor terminan depositados en el almacén durante un tiempo indefinido. Y en ocasiones hasta se venden a precio de regalo en un bazar benéfico.

Hitoshi abrió mucho los ojos, sorprendido, y manifestó sus dudas:

—No puede ser. No tratarán de esa manera las cosas donadas

con buena intención.

A los labios de Mashiki afloró una sonrisa deliberadamente llena de encanto y dijo:

—Dese cuenta de que se trata de un trabajo burocrático. Ocurre a menudo que, sin ni siquiera registrarlos en el inventario, los ponen a la venta en un bazar o pagan lo mínimo a una empresa de recogida de basuras para que los retire. Y de hecho, ese tipo de libros llegan a veces a las ferias de libros de viejo, en malas condiciones, sin sobrecubierta ni estuche, por lo que nunca se tasan a un alto precio. ¿Verdad, Senagaki?

Senagaki, que había estado escuchando la elocuente explicación de Mashiki, recorrió despacio con la mirada los rostros de los presentes, esbozó una sonrisa de villano apuesto y confirmó:

—Sí, a menudo.

Como si se hubieran visto estafados, Hitoshi y sus hermanos se pusieron a cuchichear. La viuda observó a Senagaki y Mashiki, que permanecían imperturbables, y parecía reprimir la risa a la desesperada. Senagaki preguntó con voz jovial:

—Entonces, ¿qué quieren hacer ustedes? Si prefieren la donación a la biblioteca sea como sea, por supuesto que respetaremos su decisión.

Los hermanos, al no poder echarse atrás ya, dirigieron una mirada apremiante a la viuda para que arreglara la situación. Ella lo captó de inmediato y dijo serenamente:

—Soy yo la persona a la que Ganjuro confió qué hacer con su colección. Aunque la opinión de Hitoshi y los demás me parece lógica, ahora que he escuchado lo que les sucede a las donaciones, creo que es mejor dejar la colección de mi marido en manos de libreros de viejo que son especialistas. ¿Qué os parece? —preguntó a Hitoshi y sus hermanos.

Los hijos de Ganjuro trataron de disimular su derrota diciendo uno tras otro:

—Qué se le va a hacer si ella dice eso…

—¿Se lo encargamos, entonces?

Hitoshi se aclaró la garganta con aire grave, como para mantener

su dignidad, y objetó:

—Aun así, me siento inseguro encargándooslo solo a vosotros dos.

—¿No le convence nuestra juventud de ninguna manera, señor? —replicó con falsa cortesía Senagaki, que en absoluto era paciente. La agudeza de su mirada hizo que Hitoshi se sintiera un poco intimidado.

Mashiki pellizcó la espalda de Senagaki para frenarlo e intervino:

—Solo podemos pedirle que confíe en nosotros.

Ante las palabras de Mashiki, Hitoshi se cruzó de brazos.

—Me gustaría hacerlo, pero es la primera vez que solicito una tasación a una librería de viejo. No tengo ninguna referencia para asegurarme de si vosotros lo hacéis bien o no.

Al darse cuenta de que Hitoshi no tenía mala intención, sino que era extremadamente cauto, Mashiki cambió de opinión sobre su actitud.

—Menudo problema. —Mashiki esbozó una sonrisa elegante e ignoró a Senagaki, que lo miraba mal mientras se pasaba la mano por la espalda dolorida—. ¿Qué podemos hacer para que nuestra tasación le convenza?

Hitoshi se quedó pensando un momento, pero de repente se dio un fuerte golpe en el regazo y propuso:

—¿Qué tal si traemos otro librero de viejo de la ciudad? Cuando mi padre murió, yo también recibí una oferta de compra por una librería local, pero la rechacé porque no pensaba venderle nada. ¿Por qué no comparamos el importe de tasación de las dos librerías?

Alarmada, la viuda intervino:

—Yo se lo solicité primero al señor Senagaki. Contar con más libreros ahora es una falta de respeto hacia ambas partes y no está bien.

Mashiki sonrió con frialdad y dijo a Hitoshi:

—Señor, nosotros los libreros de viejo no compartimos la propiedad de una persona.

Hitoshi resistió:

—¿Por qué?

—Porque eso va contra la etiqueta. Por ejemplo, un librero echa un vistazo a una estantería, escoge dos libros de valor y los compra por cien mil yenes. La familia, naturalmente, quiere vender el resto y trae otro librero. Pero imagínese si los cien volúmenes restantes son libros desparejados que no valen más que diez mil yenes en total.

—No me convence.

—¿A que no? Después de que el primer librero haya pagado cien mil yenes por dos volúmenes, el segundo que paga tan poco dinero por la gran cantidad de volúmenes parece un avaro, pero en realidad no lo es y su tasación es razonable. —Mashiki bajó la vista—. Nos abstenemos de tasar una estantería después de que alguno de nuestros colegas la haya examinado. Como ya se ha llevado los libros valiosos, no merece la pena tasar el resto.

—Humm, así que es una violación de las reglas de la profesión que dos libreros evalúen la misma estantería…

—Así es, porque no resulta beneficioso para ninguna de las partes. Les prometo que nos quedaremos con todos los libros del señor Iwanuma en la medida de lo posible. En cambio, nos gustaría que nos confiaran la tasación solo a nosotros. Es una regla de oro de este negocio.

Mientras escuchaba la conversación entre Mashiki y Hitoshi, Senagaki miraba al vacío, con una mejilla en la mano y el codo apoyado sobre el regazo. Todos los presentes se sumieron en el silencio y percibieron de nuevo el perfume del incienso que flotaba en el ambiente.

Al cabo de un rato, Kunio, que se mostraba pensativo, rompió el hielo con timidez:

—En este caso, a ver qué os parece si hacemos lo siguiente. —Mashiki dio un suspiro y se dispuso a hablar para acallar a Kunio. Senagaki refrenó a Mashiki posando la palma en su hombro y sonrió a Kunio para que siguiera adelante con su sugerencia—. El librero de la ciudad llegaría a este pueblo pasado el mediodía por mucha prisa que se dé. ¿Podéis determinar el precio antes? Pediremos al otro librero que haga lo mismo después. Por supuesto

que mantendremos en secreto que sois sus colegas.

Hasta entonces, Mashiki, que intentaba persuadirles con delicadeza, con una sacudida se zafó de la mano de Senagaki y se puso en pie.

—Ni por asomo. ¿Quiere decir que ustedes van a vender al librero que ponga el precio más alto? Si el de la ciudad pone el precio más alto que nosotros, ¿quiere que nos volvamos con las manos vacías?

Senagaki sacó de su bolsillo por fin el paquete de tabaco arrugado. Mientras encendía un cigarrillo con aire meditabundo, ordenó:

—Mashiki, siéntate.

—Pero…

—Que te sientes —reiteró tras soltar el humo con brusquedad.

Mashiki lo obedeció de mala gana. El que había aceptado el encargo era Senagaki. No tenía más opción que dejar la decisión a su juicio. Senagaki, con la mejilla apoyada, estuvo fumando un rato y luego suspiró hondo.

—Incluso si regresamos ahora, nos tendremos que ir con las manos vacías. Por tanto, parece que no me queda más remedio que acceder a su propuesta.

—¡Senagaki! —Mashiki le reprochó en voz alta—. ¡¿Es que pretendes involucrar a otro librero en una puja encubierta?!

—Ajá. Aunque se descubra esto, el que ha venido a hacer negocio aquí es el «Librero de viejo Senagaki». Lamento por ti que el asunto se haya torcido, pero, por favor, tú quédate de espectador.

—¡No es eso lo que me preocupa! —gritó Mashiki. Hitoshi y los demás, que miraban a Mashiki como a un frío muñeco inofensivo, se asustaron ante su explosión de furia semejante al magma ardiente y contuvieron el aliento—. Tu reputación se va a ver empañada. Ni se te ocurra, te lo ruego. Dejémoslo aquí. Después de todo, estas personas solo quieren que subamos el precio de los libros. No tienes ninguna necesidad de implicarte en una propuesta tan absurda.

Senagaki miró con cariño a Mashiki, que estaba totalmente indignado, le dio unas palmaditas en el hombro para calmarlo y

luego se dirigió a Hitoshi:

—Señor, por favor, traiga al librero de la ciudad un poco más tarde. Creo que sería conveniente que llegue aquí sobre las cinco de la tarde.

Hitoshi asintió y, tal vez con la intención de hacer una llamada telefónica, salió de la capilla doméstica. Como siguiéndolo, Kunio y Yoshiko también se pusieron en pie apresuradamente.

Cuando se quedaron con la viuda a solas, Mashiki murmuró abatido:

—Qué tonto eres, Senagaki. ¿Por qué siempre te arriesgas tanto? Ni siquiera hemos visto aún la biblioteca del granero, ¿eh? ¿Qué vas a hacer si solo hay libros desparejados cuyo valor no justifica que obres de ese modo?

Senagaki sonrió y respondió:

—Soy hombre de buena suerte, y tú lo sabes, Mashiki. Todo me irá bien. Tengo una corazonada.

Mashiki echó una mirada rápida a la viuda, que estaba recogiendo los cojines que los hijos de Ganjuro habían usado, y bajó un poco la voz:

—Cuando hay tipos que te miran con frialdad solo porque eres mayorista…, no tienes ninguna necesidad de hacer tú mismo que te pongan zancadillas.

—Soy hijo de un *revendedor*. A mí no me va lo de estar preocupado por el qué dirán. Una puja encubierta me parece divertida.

La mirada de Mashiki se ensombreció.

—No digas eso. Eres un digno experto. Tanto el maestro Umehara como todos los demás lo saben. Solo un puñado de cabezotas no te aprecian porque están anclados en el pasado. —Mashiki apretó los labios, intentando no demostrar su desesperación —. ¿Por qué hablas así, como si te menospreciaras a ti mismo?

La tristeza y el despecho de Mashiki tocaron al corazón de Senagaki, y este se irritó. Senagaki nunca quería que Mashiki se sintiera culpable, pero alguna que otra vez, sin darse cuenta, se criticaba a sí mismo en voz alta, sabiendo que eso hería

extremadamente a Mashiki. «Tal vez es que quiero ver a Mashiki atormentarse por mis palabras. Tal vez quiero confirmar que no soy el único presa del suceso de aquel día». Mientras apretaba los dientes admitiendo su propia inmadurez, se puso en pie con ímpetu.

—Señora, ¿nos permite ver la biblioteca?

Ella asintió y agachó la cabeza, excusándose por lo sucedido.

Guiados por la viuda, los dos jóvenes salieron al jardín y se mantuvieron en silencio, incómodos. El suelo del jardín estaba algo embarrado, pero al menos estaba limpio de nieve. Las gallinas, agitadas por los desconocidos, se precipitaron hacia ellos cloqueando amenazantes. La viuda, mientras espantaba a las feroces gallinas, «¡largo, largo!», llamó por el nombre a sus perros: «¡*Gon! ¡Mir!*». Inmediatamente aparecieron un perro negro y otro blanco corriendo juntos. Los perros, bien instruidos, escoltaron a Senagaki y Mashiki, y disuadieron a las gallinas de su posible ataque.

—Si no estuvieran estas criaturas, este jardín sería la zona más peligrosa del pueblo. —La viuda sonrió apurada—. Es bueno que las gallinas den huevos, pero no sabía que fueran unos seres tan salvajes.

Mashiki acarició la cabeza del perro blanco de rasgos inteligentes que caminaba a su lado. Manteniendo la vista hacia delante, el perro meneó su rabo orgulloso. Senagaki, tras observar la escena, contempló al perro negro que iba junto a él. El animal también estaba mirándole y sus ojos se encontraron. Era un perro con el hocico achatado y resultaba difícil de juzgar si era bonito. Senagaki preguntó a la espalda de la viuda:

—Usted no es natural de este pueblo, ¿verdad?

—No, soy de la ciudad.

Ella abrió las puertas del granero. Un ligero olor a moho flotaba en el ambiente. Había almacenados diversos artículos en desuso: herramientas agrícolas, cómodas, vajillas y un largo etcétera. Acaso por los tragaluces de las paredes, inesperadamente había buena visibilidad en el interior.

—Antes de casarme con Ganjuro, ni siquiera sabía cómo recoger

los huevos de las gallinas. —Por un momento, la viuda bajó la vista con tristeza, pero recuperó la compostura de inmediato y se internó en el granero. Senagaki y Mashiki la siguieron. Los perros se apostaron mansamente fuera de la puerta—. He ventilado el interior esta mañana. ¿Necesitan calefacción?

—No, gracias. Como nos vamos a mover, enseguida entraremos en calor.

El acceso desde la entrada, que iba hasta una empinada y sencilla escalera parecida a una escalerilla que conducía al piso superior del edificio, estaba despejado y sin una mota de polvo. Se podía suponer que la viuda lo había limpiado escrupulosamente y estaba preparada para recibir a Senagaki después de haberle solicitado la tasación. Ella se arremangó un poco la falda del kimono y ascendió la escalera, que crujía al pisar.

En el piso de arriba, el techo era más alto de lo imaginado y los libros se alineaban en orden a lo largo de las paredes en las estanterías hechas a medida.

—¡Esto es impresionante, señora! —Tras recorrer con la mirada la estancia, Senagaki se quedó admirado.

Mashiki se fijó en que unos papeles de escribir y una pluma estilográfica reposaban sobre un escritorio bajo, como si el dueño de los mismos hubiera estado allí hasta un momento antes. Se arrodilló para verlos de cerca y le pareció que se trataba de un guión. La viuda le explicó en tono quedo:

—Ganjuro perdió el conocimiento aquí, de modo que aún no he sido capaz de recogerlo. Pienso que podré aceptar su muerte después de que estos libros hayan desaparecido de aquí.

Senagaki contó el número de libros aproximadamente y confirmó que sus expectativas en absoluto estaban lejos de la realidad tanto en la cantidad como en el contenido.

—Señora, ¿cómo quiere que procedamos? En estas condiciones de conservación, es posible que hayamos sacado de aquí todos los libros al exterior alrededor del mediodía mientras los evaluamos. ¿Prefiere que el librero de la ciudad haga la tasación fuera del granero?

—Eso sería lo ideal. Consulté a los hijos de Ganjuro sobre qué hacer con este granero y hemos decidido demolerlo. Si ustedes pueden vaciar la biblioteca, me resultaría de gran ayuda.

Mashiki se levantó del escritorio y habló con Senagaki sobre el procedimiento *grosso modo*. Mientras tanto, procurando no mirarse a los ojos, solo observaban los libros.

—Voy a por la cuerda de embalar que tengo en la camioneta —se ofreció Mashiki.

—Sí, gracias.

—¿Tienes guantes de trabajo, Senagaki?

Este, sin siquiera volver la cabeza, sacó los guantes del bolsillo trasero y los mostró agitándolos. Mashiki reprimió un suspiro y se dirigió a la escalera. La viuda lo siguió y le pidió:

—Lleven los libros a la sala que da al jardín, por favor.

Él asintió, le ofreció una mano a ella para bajar la escalera y salió del granero. A pesar de la luminosidad que había en el interior, fue cegado por la luz de afuera. *Gon y Mir* se acercaron a la viuda y a Mashiki, asignándose ellos mismos el papel de escoltas. Ella esperó a que Mashiki sacara la cuerda desde la plataforma de carga de la camioneta y le señaló una sala soleada.

—Es esta habitación. Creo que es más conveniente para traer y meter los libros directamente desde el jardín.

—¿No le importa extender unas hojas de periódico para que no se ensucie el suelo de tatami? Será suficiente para unos tres tatamis[17] porque apilaremos los libros.

—De acuerdo —asintió la viuda y añadió preocupada—: Eh… Discúlpenos por haberles incomodado al proponerles algo inusual…

Mashiki se perturbó por un instante, pero parecía que ella no lo había dicho con segundas intenciones. Forzó una sonrisa y sacudió la cabeza.

—Sin problemas. Nos conocemos desde que éramos pequeños. Discutir es habitual entre nosotros.

—Pero…

Mashiki la frenó suavemente con la mirada para que dejara de disculparse.

—Nuestra pelea de antes es cosa nuestra. Por favor, no se preocupe.

Mashiki sabía que no solucionaba nada que les pidieran disculpas. A menos que Senagaki se perdonara a sí mismo, nunca se libraría de la cadena de culpabilidad que los ligaba a ambos. «¿O es que soy yo quien no ha perdonado a Senagaki? ¿Estaré tratando de atarlo al pasado para siempre, sin perdonarlo?», se preguntó. De repente, le entraron ganas de preguntar algo a esa mujer que trataba de superar el dolor de la pérdida y estaba dispuesta a pasar página.

—¿Por qué no ha pensado en donar estos libros a una biblioteca?

Ella pareció desconcertarse, pero respondió detalladamente:

—Tal como ha visto, el despacho era nada menos que el cerebro de mi marido. Los libros que están allí se convirtieron en sus conocimientos, en su sensibilidad y en su forma de pensar. El interior de su cerebro permanece allí de forma visible, de manera más evidente que analizándolo con una autopsia. —Bajó la mirada —. Por eso me gustaría dispersar su colección. ¿Donarla íntegramente a una biblioteca pública? ¿Dejarla allí inmóvil para siempre, a la espera de que se descomponga en el fondo de un almacén a oscuras? —Sentada en el borde de la sala con las puertas acristaladas que daban al jardín abiertas de par en par, miró a Mashiki. Su expresión no tenía ni un asomo de sonrisa—. Señor Honda, quiero que todo lo de él sea solo mío y que permanezca únicamente aquí. —Se puso una mano en el pecho—. Me conformo con que los recuerdos de mi marido se queden sellados. No entregaré su cerebro a nadie. Por favor, hágalo añicos como si fueran células y véndalo todo disgregadamente, hasta que se pierda su forma original. —Una lágrima resbaló por su mejilla.

Mashiki asintió:

—Lo comprendo. Si usted queda conforme con el precio de nuestra tasación, venderemos la colección del señor Iwanuma tal como me acaba de indicar. Mientras la colección se disperse entre las manos de diversas personas, cada uno de los libros mantendrá su vida para siempre… Le prometo venderla de esa forma.

—Muchas gracias, señor Honda. Aunque sé que es una

indiscreción, a decir verdad, también estoy expectante por esa subasta para ver cómo compiten ustedes, dos jóvenes, con el otro librero más experimentado.

Mashiki saludó a la mujer con una reverencia y regresó al granero escoltado por el perro blanco.

Senagaki ya estaba clasificando los libros por género. Mashiki, acercándose a una estantería, preguntó:

—¿Qué quieres que haga yo?

—Estoy separando desde ese rincón en orden de cine y teatro, historia local, literatura, etnología y otros.

—¿Cómo examino los contenidos?

—Hazlo solo mentalmente. Luego cotejaremos los precios que determinemos cada uno.

Ambos se enfrascaron silenciosos en el trabajo. Pasaban las páginas de cada libro por encima una vez que lo sacaban de la estantería, y estimaban sus condiciones de conservación y su valor. Los libros ya habían sido ordenados más o menos por género en las estanterías por su dueño, con lo que Mashiki iba apilándolos por campos en el suelo conforme alas indicaciones de Senagaki. A veces sacaban la calculadora y tomaban notas. Como si no pudiera soportar ese tenso silencio, el polvo fino se levantaba de los libros apilados y flotaba brillante dentro de la luz solar que penetraba en la estancia. Incluso en manos de Senagaki, el polvo bailaba vertiginosamente, como si fuera un átomo en busca de otro para conectarse con él. Senagaki detuvo las manos que pasaban las páginas y se armó de valor para hablarle a Mashiki, que estaba a su lado.

—Están en mejores condiciones de lo que esperaba. Apenas están afectados por el sol y tampoco están mohosos.

Mientras ataban los libros con una cuerda, Mashiki echó una mirada rápida a Senagaki y asintió:

—Es la primera vez que veo libros conservados en un granero, pero parece que están bien aireados aquí dentro. Me imaginé que el ambiente sería más húmedo.

—Es una lástima que vayan a demoler este edificio.

Senagaki medía la pila de libros con la palma y, cuando conseguía una altura apropiada, los ataba hábilmente. Luego, tras vacilar si expresar en palabras sus pensamientos o no, decidió que debía optar por lo más difícil de hacer.

—Siento lo de antes, Mashiki.

Mashiki detuvo las manos y bajó la vista, manteniéndose arrodillado en el suelo.

—No tienes por qué disculparte. Más bien, yo… —Contrajo las cejas como arrepentido.

Senagaki se quitó los guantes de trabajo, revolvió el cabello de Mashiki y se acercó a un tragaluz.

—Parece que estamos dando un rodeo inútilmente —murmuró mientras encendía un cigarrillo.

Mashiki no respondió. Se preguntó qué pensaba Senagaki que deberían hacer. Si ellos se dijeran el uno al otro: «Ya no me importa. Se trata de algo del pasado, olvidémoslo», eso se convertiría en una prueba de que aún no se habían olvidado. Ninguno de ellos se atrevía a abordar el núcleo del asunto, pero a veces extendían la mano medrosamente, como si se tratara de un método para juzgar un crimen de la Edad Antigua. Los que no se quemaban las manos con el castigo del agua hirviendo es que no habían cometido un delito. Tanto Senagaki como Mashiki habían andado vigilantes alrededor de un caldero borboteante durante más de diez años. Cuando uno de los dos se decidía a meter la mano en el agua hirviendo, el otro se precipitaba a detenerlo. Pero ¿habría alguien capaz de tocar el agua hirviendo y no quemarse? ¿Acaso había alguien que estuviera libre de falta?

Mashiki reanudó la tarea de atar los libros en silencio. «Después de todo, yo quería mantener esta relación de complicidad con Senagaki el mayor tiempo posible. Quería mantener esta situación tanto como mi deseo de que Senagaki me necesitara incluso más adelante, cuando él ya se hubiera librado de su sentimiento de culpa. Pero hasta eso está llegando al límite. Algún día debo atreverme a mirar lo que está dentro del agua hirviendo, a punto de desbordarse, y eliminar la causa que hace hervir al agua, aunque termine

quemándome».

Desde la perspectiva de Senagaki, la relación entre el padre y el hijo de la Mukyudo era un poco rara. El padre de Mashiki mantenía cierta distancia con su padre, el maestro Honda, y trataba con frialdad a su hijo Mashiki, al que quería el maestro. Tal vez era una muestra de celos hacia su propio hijo. El maestro Honda intuía que su nieto tenía más talento cómo librero de viejo que su hijo, aunque no lo manifestaba abiertamente. Cuando Senagaki era adolescente, lo pasaba mal con el padre de Mashiki. Un hombre que ordenaba libros solo, aunque todos estuvieran reunidos, y que habitualmente se negaba a que Mashiki se acercara a él, pero lo regañaba según su estado de ánimo. A pesar de ser lo bastante mayor, de alguna manera aún sondeaba la voluntad de su padre. Ahora Senagaki se preguntaba si el padre de Mashiki, la segunda generación de la Mukyudo, en realidad sentía la presión de no quedarse atrás. Por más que fuera el heredero de una librería reputada, probablemente no tenía un lugar en aquella casa donde, sin embargo, podía ser él mismo. Después de haberse esforzado durante décadas por corresponder a las expectativas de su padre, el maestro Honda, resultaba que su hijo Mashiki despertaba más afecto por parte de los libros de viejo. Y para colmo, un extraño *revendedor* frecuentaba la librería en compañía de su hijo.

Lo triste es que el padre de Mashiki no podía abandonar el mundo de los libros de viejo. Era difícil deducir si se debía a que amaba los libros o a que no conocía más que ese sector minoritario. A pesar de que él mismo era consciente de que el maestro Honda no esperaba mucho de él, su propio hijo, y a pesar de que veía a los Senagaki aprendiendo junto a Mashiki bajo la supervisión del maestro, el padre de Mashiki continuaba ordenando con total indiferencia los libros en silencio. «Si yo hubiera estado en su posición, habría abandonado mucho antes este oficio y me habría ganado la vida de otra manera», pensó Senagaki con amargura. Vivir día tras día atento a la sola voluntad de su padre y sintiendo celos de

su hijo. Heredaría la librería porque era un negocio familiar, aunque resultaba obvio que carecía de talento. Eso debía de causarle un gran daño, sin duda.

Quizás Senagaki, en su adolescencia, se burlara del padre de Mashiki en un rincón de su mente. Un tipo con mucho amor propio, a pesar de ser incompetente, y que se desahogaba tratando mal a Mashiki. Así que quizás lo menospreciara dentro de su corazón. Porque Senagaki aún era infantil. A estas alturas, Senagaki ya no podía saber qué sentía el padre de Mashiki ni qué pensaba realmente. Tal vez tampoco habría manera de saberlo en el futuro. Sus caminos se habían bifurcado para siempre. Pero había dos hechos evidentes: uno, que Senagaki había expulsado al padre de Mashiki de su casa, a la que se había aferrado con todo su empeño; dos, que en el momento en que él desaparecía en el crepúsculo, había lanzado una maldición a Mashiki y Senagaki. Y de hecho, todavía ambos jóvenes estaban sujetos a sus propios remordimientos y eran incapaces de sincerarse el uno con el otro.

A pesar de todo, cada vez que Senagaki sentía que no podía separarse de Mashiki y que ni quería separarse de él, experimentaba la sensación de que entendía un poco los sentimientos del padre de Mashiki. A lo mejor él también había sentido que no quería abandonar la senda del librero de viejo. No quería irse de su casa, donde desempeñaba ese oficio. No quería ser marginado por su familia por no tener talento. Seguro que el padre de Mashiki no quería separarse de su familia y por eso se aferraba tanto a ella. Sabía que sus esfuerzos no obtendrían recompensa, pero no podía evitar persistir en hacerlo. Ahora, Senagaki ya no consideraba esa postura tan humillante como cuando era adolescente.

Mientras no se atreviera a dar un nuevo paso, Senagaki sabía que no tenía otra opción que continuar con su comportamiento habitual delante de su amigo.

—Me pregunto si la señora querrá quedarse con alguno de los libros —comentó tras terminar de llevar los libros ordenados y

atados al lado de la escalera, y observó las estanterías vacías mientras se enjugaba el sudor de la frente.

Mashiki cogió los papeles de escribir, que permanecían tristemente sobre el escritorio, y comentó:

—He podido adivinar de alguna manera las preferencias de Ganjuro, y probablemente esa sea también la afición de la señora.

—¿Cuál?

—Parece que le gustaba el teatro europeo.

—Eso es cierto. Cuando me enteré de que había libros sobre teatro, pensé que eran obras folclóricas, pero resulta que todos son textos traducidos.

Mashiki mostró a Senagaki unas hojas del manuscrito que sostenía en las manos, haciéndolas ondear lentamente, y dijo:

—Esto también es la traducción de un guión. Estaba tan entusiasmado que incluso trataba de traducirlo él mismo.

—Huum. —Senagaki se quedó pensativo—. Entonces, si la señora quiere conservar alguno, será alguno de los libros relacionados con el teatro europeo que Ganjuro adoraba, ¿verdad?

—Probablemente.

Al ver el gesto convencido de Mashiki, Senagaki contempló la montaña de libros apilados a su lado.

—Y ya tienes idea de cuál va ser, ¿a que sí, Mashiki? ¿Cuál es? Dímelo.

Mashiki se rio.

—Ni siquiera sabemos todavía si la señora querrá conservar algo o no… Y además se trata simplemente de mi suposición.

En ese momento, la viuda apareció por la escalera y asomó su rostro entre las pilas.

—El almuerzo ya está listo. ¿Por qué no descansan un rato?

Como si hubiera estado esperando ese aviso, Senagaki se dispuso rápidamente a bajar. A pesar del asombro por su reacción, Mashiki también lo siguió.

Sentados en el borde de la sala que daba al jardín al que traerían

los libros, Mashiki y Senagaki tomaron unos *onigiri*[18] y una sopa de *miso* con cerdo y verduras. Cuando la viuda trajo un plato de pollo cortado en bocados *karaage* recién frito, los dos perros que yacían en el suelo del jardín se incorporaron a toda prisa.

—No se lo den a ellos. Especialmente a *Gon*…

Antes de que la viuda terminara de hablar, el perro negro arrebató un trozo de pollo del plato de Senagaki.

—¡Ah, maldito cabrón…!

Mashiki trató de calmar a Senagaki y su enfado infantil, se volvió hacia el perro blanco, que lo miraba fijamente, y preguntó:

—¿Tú también quieres uno?

El perro blanco paseó la mirada de su ama a Mashiki y al revés, y luego se retiró con aire manso.

—Qué inteligente es *Mir* —dijo Mashiki con admiración.

La viuda asintió:

—Me da incluso algo de pena, porque *Gon* siempre se lleva lo mejor.

Gon, como si no hubiera hecho nada, jugueteaba con las flores del jardín.

—*Gon* es como tú, Senagaki.

—¿En qué sentido?

—En ser un glotón y en actuar con astucia.

—No soy tan rastrero, ¿me oyes? —replicó Senagaki mientras extendía la mano hacia su quinto *onigiri*.

Mashiki dejó de hacer caso a Senagaki y se dirigió a la viuda:

—Nos hemos estado preguntando si usted no piensa quedarse con ningún libro.

—No, porque me duele mantener el apego.

Senagaki se introdujo un trozo de pollo en la boca y luego dijo:

—No está nada mal sentir apego, ¿no, señora? Al ver los libros del despacho, nos hemos dado cuenta de lo mucho que el señor Iwanuma los apreciaba. No solo los tenía de decoración, sino que se los leyó todos. ¿No se arrepentirá de desprenderse de ellos por completo?

Tras reflexionar un rato, ella levantó la mirada.

—Tienen razón. Entonces, por favor, déjenme uno que ustedes consideren mejor para mí. Pediré lo mismo al librero que viene por la tarde, puesto que no me siento demasiado segura teniendo solo de referencia el precio de tasación para comparar el ojo experto de cada uno.

Senagaki y Mashiki se miraron perplejos.

—Qué crueldad, señora —protestó Senagaki.

—¿Es que no estaba de nuestra parte esta mañana? —inquirió Mashiki.

—Para una vez que voy a presenciar una competición, cuantos más requisitos haya, más interesante será, ¿verdad? —Se rio divertida.

—Las mujeres son temibles —gruñó Senagaki mientras recibía la pila de libros atados que le pasaba Mashiki.

Transportar todos los volúmenes del piso superior del granero al exterior resultó una tarea agotadora. Mashiki se tumbó bocabajo en el suelo del piso superior para mirar a Senagaki, que se encontraba a mitad de la escalera, y le preguntó:

—¿Me has dicho algo?

—No, nada. ¿Cuántas pilas quedan?

—Diez…, ah, no, once.

—Ya falta menos.

Teniendo cuidado de que las pilas en sus brazos no se vinieran abajo, Senagaki las llevaba fuera del edificio.

Para cuando hubieron terminado de apilar los últimos libros en la sala que daba al jardín, estaban exhaustos.

—Si no podemos adquirir estos libros después de todo esto, ¿qué pasa con nuestros esfuerzos? —refunfuñó Mashiki mientras se limpiaba con una toalla el sudor en la nuca.

—Te pagaré yo la minuta. ¿Qué tal ochocientos yenes la hora?

—Ni de broma por este trabajo tan duro. —Mashiki, aún jadeante, miró mal a Senagaki. Y como si de pronto se le hubiera ocurrido, advirtió—: Pero por eso mismo no presentes un precio

desorbitado para asegurarte la adquisición, ¿de acuerdo?

Senagaki se tendió bocarriba en la parte desocupada de la estancia y sonrió con amargura.

—No me subestimes. Yo también soy un profesional. No dejaré que un duelo inminente me ciegue.

Mashiki se inclinó sobre él, clavó la mirada en su rostro y le preguntó:

—¿Qué precio has fijado?

—¿Y tú, Mashiki?

Por muy amigos que fueran, nunca habían tasado una misma estantería. Supuestamente no debía haber una gran diferencia entre las tasaciones de uno y otro, pero no podían evitar dudar en revelar su valoración a un colega.

—Está bien. Digámoslo al mismo tiempo —sugirió Senagaki.

—Ah, espera un momento.

—¿Listo?, ¡ya! —Senagaki respiró hondo y gritó—: ¡Un millón y medio de yenes!

Mashiki guardaba silencio.

—¡Eres un traidor, Mashiki! Me has hecho decirlo solo a mí.

Mashiki dio un suspiro asombrado.

—Te he dicho que esperaras. ¿Qué necesidad hay de decirlo con ese «¡ya!» como un niño? —Sacó su calculadora compacta del bolsillo de la cazadora e hizo la cuenta rápidamente—. Y además es un precio muy elevado para haber afirmado que no ibas a cegarte por un duelo. ¿Puedes amortizarlo?

Senagaki, tan pronto como se incorporó tirando de abdomen, le interrogo:

—Entonces, ¿por cuánto lo has tasado?

—Diría que un millón como máximo.

—¡¿Un millóóón?! —Senagaki alzó la voz de nuevo—. Eso es demasiado bajo. ¿Qué significa esta diferencia? Parece mentira que aprendiéramos sobre los libros de viejo bajo la supervisión del mismo maestro.

Mashiki bajó la mirada y soltó una risa ahogada. Senagaki, mientras se rascaba la sien, reflexionó sobre el contenido de los

libros y dijo:

—Fíjate, está *Las costumbres de las Islas Sudeste*, ¿verdad?

—Sí.

—Y hay cinco volúmenes de toda la serie de los poemas satíricos de Teshina…

—La colección de obras para teatro de Alain Siroset está completa —añadió Mashiki.

—¿Ves? Tan solo con estos, el precio supera los cien mil yenes.

—Bueno, sí.

—Entonces, ¿por qué vale solo un millón en total?

Mashiki argumentó claramente:

—Lo primero de todo, hay que tener en cuenta los gastos del viaje de ida y vuelta, y nuestro trabajo físico hasta este momento. Y, por supuesto, el contenido de los libros. —La brisa del atardecer hizo que Mashiki dejara de sudar y se subió la cremallera de la cazadora—. Sin duda, hay varios muy buenos. Pero ya solo las ediciones anteriores de las revistas sobre teatro pesan mucho y apenas tienen valor. En cuanto a los libros de etnología y literatura, los de la colección tienen nuevas ediciones o aparecieron en edición de bolsillo, por lo que su valor es relativamente bajo. La mitad de los de historia son novelas, y tampoco tienen valor. No soy demasiado entendido en historia local, pero no se trata de un campo que interese a mucha gente… —Senagaki soltó una risita—. ¿Qué pasa?, no me asustes.

—A decir verdad, tengo un posible comprador para todos los libros de historia local. —A pesar de que no había nadie a su alrededor, Senagaki bajó la voz deliberadamente—: ¿Recuerdas lo que te mencioné de pasada ayer en la feria? Se trata de un cliente del viejo Umehara, por lo que es seguro.

Mashiki se inclinó hacia Senagaki y preguntó:

—¿Quién es?

—Entre los clientes del Viejo hay un joven científico raro. Es especialista en Matemáticas o Física, pero estudia también Historia como afición.

—Qué curioso ese tipo de personas.

—Por eso es raro. Y ahora dice que va a investigar la historia de su pueblo natal. Más concretamente le interesa el mercurio.

—¿Mercurio?

—A mí no me preguntes qué va a hacer el tío después de investigarlo —advirtió Senagaki con tono defensivo para evitar posibles preguntas, y continuó apresuradamente con su explicación —: Esta zona parece haber sido una región productora de mercurio desde tiempos remotos. Fue centro del escenario histórico durante el periodo en que se compilaron el *Kojiki*[19] y el *Nihonshoki*[20], pero nada más a partir de entonces. O sea, es un lugar tan aislado que ha pasado desapercibido todos estos siglos. No hubo aristócratas ni daimios del periodo Sengoku[21] famosos, tampoco un punto importante de comunicaciones ni industria. Solo siguió produciéndose mercurio en pequeñas cantidades.

—Así que el pueblo natal de ese erudito está por aquí.

Senagaki asintió con semblante serio:

—Por eso le dijo al Viejo: «Quiero hacer averiguaciones sobre la situación real de extracción y transporte de mercurio, de modo que reúna para mí documentos de la historia de mi pueblo y alrededores». He hojeado los libros de ese género mientras los evaluaba, y parece que no se puede ignorar el peso del mercurio al tratar de la historia de esta zona. Todos los libros contienen una descripción considerable sobre el metal.

Ambos chocaron las manos en silencio.

—Ahora bien, reconsideremos el precio, ya que tus indicaciones también son lógicas —propuso Senagaki.

Mashiki sonrió con picardía y confesó:

—Para ser sincero, yo también tengo algo que no te he contado.

—Vaya.

—No me convenía que subiera el precio, pero te lo voy a decir honestamente. Pienso comprar la mitad de los libros de teatro cuando los expongas en la feria.

Eso significaba que se atrevería a hacer una puja al alza con el fin de adquirirlos. Senagaki se cruzó de brazos, interesado.

—¿De veras?

—Coinciden curiosamente con el género que pensaba introducir en el siguiente catálogo. Parece que Ganjuro y yo tenemos el mismo gusto.

—En ese caso, llévatelos a casa directamente.

Mashiki ladeó la cabeza.

—Si no los expones en la feria, no te generarán ninguna ganancia.

—Con que me pagues el precio de esta compra es suficiente. Ya te dije que no me importaba que te quedaras con todo lo que quisieras.

Ambos cotejaron la información nueva con los conocimientos de cada uno y determinaron el importe de un millón trescientos mil yenes.

La viuda preparó el agua caliente de la bañera para que los jóvenes descansaran. Mashiki se dio el baño y salió a dar un paseo. Vestido con un kimono, deambuló por el pueblo. Lo acompañaba el perro blanco *Mir* que se había convertido en su escolta privado. En el crepúsculo se topaba con los lugareños que descendían de la montaña tras finalizar sus faenas. A pesar de que observaban con mirada recelosa al desconocido, gracias a la presencia de *Mir* parecían darse cuenta de que se trataba de un huésped de la familia Iwanuma. Todos los que se cruzaban con Mashiki le saludaban con una leve reverencia.

—Qué bien que me acompañes, *Mir*.

Acaso la voz serena de Mashiki le sonaba agradable al animal, porque *Mir* entrecerró los ojos y meneó el rabo vigorosamente. El cielo ardía en tonos carmesíes, como si contorneara la cresta de las montañas, y teñía de fucsia incluso la nieve acumulada en la ladera. Los pájaros regresaban de alguna parte dando graznidos. Cuando miró hacia abajo, a la superficie del río cristalino, vio que la corriente arrastraba unas hojas de rábano, tal vez porque alguien había lavado unas hortalizas para preparar la cena. Anochecía temprano en el pueblo del valle. El sol se había escondido detrás de

la montaña y una farola instalada al borde del camino se iluminó débilmente con un estallido sordo. Incluso el cuerpo de Mashiki calentado con el baño se estaba enfriando rápido a la brisa nocturna. Tras estornudar ligeramente, metió las manos dentro de las amplias mangas y miró al perro.

—¿Volvemos ya a casa, *Mir*?

El animal, que había salido del jardín familiar y había hecho un ejercicio moderado, se detuvo satisfecho. Mashiki, que se dirigía río arriba a lo largo de su curso, dio media vuelta. Resonó la campana de un viejo templo, que se erguía como si se aferrara a la ladera. «Así que ya son las cinco», murmuró Mashiki. Cuando llegó cerca de la casa de los Iwanuma, vio la luz de los faros de un automóvil que venía de frente desde río abajo. Probablemente era el del librero de viejo de la ciudad. Vaciló por un momento sobre si encontrarse con él, pero el vehículo ya tenía el intermitente puesto y se paró delante de la casa. Mashiki detuvo los pasos. De una camioneta notablemente más nueva que la suya se apeó una silueta.

—¿Mashiki?, pero si eres tú.

Mashiki contuvo el aliento al reconocer la voz del hombre. Su cuerpo comenzó a tiritar. *Mir* miró ansioso a Mashiki y dio un aullido.

—¡Papá…!

Mashiki sintió mareo y náuseas. En los ojos de Mashiki, la imagen de su padre, tras más de una década, se reflejó envejecida por los años transcurridos, pero él se mostraba nervioso y ajeno a los asuntos mundanos, como siempre. Al igual que Mashiki, su padre se quedó como si se le hubiera petrificado hasta el corazón y también permaneció estático durante un rato sin ni siquiera intentar moverse. El afán de decir algo que sentían ambos se transmitió del uno al otro en el crepúsculo como una onda de calor. Sin embargo, ese padre y ese hijo habían llevado una vida cada uno por su lado durante largos años, y no habían mantenido una relación estrecha ni siquiera cuando vivían juntos. Por más que buscaran en su interior palabras que pudieran llenar en un instante la distancia que se había creado entre ellos, no fueron capaces de encontrarlas.

No pudieron más que respirar en silencio, y pronto Mashiki se dio cuenta de que se hallaba aislado en medio de una extraña y gélida sensación de vacío, lejos de sentir ni odio ni nostalgia. Durante mucho tiempo había llevado clavada en su corazón una espina grande. Ahora que esa espina había adquirido forma ante sus ojos, Mashiki se preguntó por qué podía mantenerse con la serenidad de una fina luna menguante que brilla con frialdad. ¿Acaso estaba acobardado por el dolor que sentiría al arrancarse la espina? ¿O tenía miedo al vacío que le quedaría tras la desaparición de la espina? Mashiki trató de hacer acopio de todas sus fuerzas y llamó de nuevo a su padre, llamó a la persona que había permanecido en algún rincón de su corazón durante todo ese tiempo desde que tenía once años.

—Papá.

La viuda, al reparar en la presencia humana en la calle, salió a darle la bienvenida. El padre de Mashiki siguió mirando en silencio a su hijo. Parecía que no acababa de poder asimilar la imagen de Mashiki convertido en adulto, o incluso parecía que trataba de adivinar las intenciones de este que lo llamaba con voz angustiada. No obstante, el padre tampoco sabía de ninguna manera eficaz para acortar la distancia que los separaba.

Al ver que ambos hombres estaban frente a frente, la viuda les habló nerviosa. El padre de Mashiki, tan pronto como la saludó, dejó atrás a su hijo y desapareció en la sala donde se apilaban los libros. Mashiki se sentó acurrucado allí mismo en la calle. Sentía un dolor sordo en los músculos después de una súbita tensión. El perro estuvo vagando alrededor de Mashiki un rato, pero al final corrió hacia la casa. Mashiki, incapaz de ponerse en pie, se cubrió el rostro con las palmas y agachó la cabeza.

CAPÍTULO 5

Senagaki salió del baño, se vistió con un pantalón de cuero negro entallado y la camisa con estampados de Buda que tanto odiaba Mashiki. Cuando salió a la parte trasera de la casa para refrescarse un poco, vio que el exterior ya estaba sumido en las tinieblas. Se apoyó contra una pared del edificio y acercó con cuidado la llama del encendedor al cigarrillo. En el momento en que estaba echando el humo relajadamente, el perro blanco se acercó corriendo por la penumbra hacia él. Cuando Senagaki se inclinó para acariciarlo, el animal le ladró como si le urgiera.

—¿Qué pasa, hombre? Aaay, ¿cómo te llamabas…? ¿*Mir*? Pero ¿por qué no te encariñas conmigo? —Al decirlo, se sobresaltó y preguntó al perro seriamente—: ¿Es que le ha sucedido algo a Mashiki?

Senagaki siguió al perro, que echó a correr a toda velocidad. Pronto vislumbró a Mashiki sentado en cuclillas junto al portón. En la oscuridad emergía su vaga imagen iluminada por la luz del farolillo de papel.

—¡Mashiki! —Senagaki se acercó corriendo y lo agarró por los hombros—. ¿Qué te pasa? ¿Te encuentras mal?

—¿Lo sabías?

Senagaki no pudo captar la débil voz de su amigo.

—¿Cómo? ¿Qué has dicho?

—¡¿Lo sabías, Senagaki?! ¡¿Me has traído aquí a propósito?!

Senagaki tiró del cuerpo sin consistencia de Mashiki, casi

arrastrándolo para que se pusiera en pie, y mientras escudriñaba sus ojos preguntó serenamente:

—¿A qué te refieres? Cálmate.

Las pupilas castañas de Mashiki oscilaron y se cubrió la boca con la palma como para contener su aliento tembloroso. Agitó los hombros y respiró hondo con dificultad.

—Ha venido mi padre…

Senagaki sintió un dolor en el pecho, como si hubiera recibido un golpe seco. Miró al cielo por un instante, preguntándose si su compañero estaba de broma, y trató de no creerse lo que le estaba diciendo, y finalmente espiró despacio.

—Mashiki… —No se le ocurrieron más palabras que decir.

Mashiki se agarró a su brazo como si hubiera sido atraído por él. Mientras Senagaki abrazaba con fuerza el cuerpo rígido y trémulo de su amigo, comprendió que había llegado el momento decisivo. El pasado de los dos hombres había realizado un ataque, no con una emboscada en la puerta «Rashomon» de la Mukyudo, sino por sorpresa durante un viaje. «Aceptaré el desafío, ¿por qué no? — Senagaki miró con coraje a una estrella que había empezado a titilar —. Esta noche dejaré zanjado el asunto».

Ambos entraron en casa y, cuando atravesaban el pasillo por delante de la sala con las puertas correderas abiertas de par en par, el padre de Mashiki se dirigió a su hijo:

—Mashiki, ven un momento.

Tal vez habría decidido mantener la misma distancia que antes. Su tono imperativo pretendía tratar a Mashiki como si fuera todavía un niño indefenso que vivía bajo el mismo techo. Mashiki, pálido y con la mirada baja, se sentó obediente en un extremo de la estancia. A su lado, Senagaki ocupó su lugar. La viuda los miró a todos con extrañeza.

—Mashiki, has realizado un acto de subasta en contra del protocolo de nuestra profesión. No me lo puedo creer…

—No ha sido él. Yo he aceptado esta condición.

El padre de Mashiki dirigió la mirada por primera vez a Senagaki y resopló por la nariz.

—Pero ¿todavía andas con el hijo del *revendedor*, Mashiki?

Mashiki no levantó la mirada. Sus mejillas se encendieron de rabia y dijo:

—¿Es eso lo que le dices a tu hijo después de unos diez años, papá? Veo que tú también sigues igual que antes. Tenías prejuicios contra ti mismo y te fuiste de casa egoístamente, nos abandonaste al abuelo y a mí. ¿Es que no tienes escrúpulos con tal de mantener tu orgullo?

—Déjalo, Mashiki. —Senagaki trató de calmar todo lo posible a su amigo, que se había alterado.

Mashiki hizo oídos sordos a este ruego y espetó:

—¡¿Y quién es la persona que sufrió una derrota ante ese *hijo del revendedor*?!

El padre de Mashiki se puso en pie de un salto.

—¡¿Cómo?!

—¡Señor de Kojin'an! —La viuda intervino a la desesperada—. Es lógico que usted se enoje. Ni se me había pasado por la cabeza que ustedes tres se conocieran… Mis familiares y yo somos los responsables de este encargo inadecuado, e incluso hemos forzado a estos dos jóvenes a aceptarlo.

El padre de Mashiki, que al parecer se hacía conocer por el nombre de su librería Kojin'an, se sentó de nuevo con gesto desabrido. Los años habían hecho que su aspecto hubiera perdido la lozanía y que la nieve se mezclara en sus cabellos.

—Recuerdo haber oído hablar de él —susurró Senagaki al oído de Mashiki—. Kojin'an también es mayorista y está obteniendo suculentas ganancias en las ferias provinciales.

Mashiki asintió mientras fijaba la vista en su padre y le preguntó:

—Ni siquiera apareciste en el funeral del abuelo. ¿En qué estabas pensando?

Puesto que seguía en el mismo sector de libreros de viejo, la noticia de la muerte del maestro Honda sin duda había llegado a sus

oídos. Mashiki apretó los dientes, lleno de despecho y decepción. Todo este tiempo había estado preocupado por su padre, que no conocía más que el mundo de los libros usados. A veces se angustiaba por si hubiera muerto como un perro y otras seguía aferrado a la esperanza de que siguiera vivo. Sin embargo, resultaba que seguía perteneciendo como si nada al mismo sector y había estado ignorando a su familia. ¿Hasta tal punto había ansiado cortar los lazos de sangre? ¿Hasta tal punto no podía perdonar que en su propio establecimiento otro hubiera hallado «La prisión»?

A él le parecía que el comportamiento de su padre era resultado de la arrogancia y el egoísmo cimentados en su prejuicio y en su amor propio. «Mi padre me abandonó. Me trató exactamente igual que las hortalizas de un huerto que uno descuida, y fue capaz de romper con su propio hijo a sangre fría. Aquel día, él desapareció sin volverse hacia mí ni una sola vez. Yo, siendo aún un crío, no quería creerme lo sucedido y tenía fe en que acabaría regresando. ¡¿Pero en qué diablos fundaba mi esperanza…?!».

El maestro Honda había estado esperando con paciencia el regreso de su hijo en el lecho de muerte. Aunque él nunca lo decía, Mashiki entendía perfectamente el corazón de su abuelo. El padre de Mashiki había castigado al padre de Senagaki mental y físicamente, había dejado morir al abuelo de Mashiki entre el arrepentimiento y la desesperación, y había levantado un muro entre él y Senagaki. Mashiki se dio cuenta cabal de todo eso de nuevo, y tembló por la intensa rabia que sentía.

Sin embargo, Kojin'an alegó en voz ronca:

—¿Quién fue el que me hizo perder la cara y que me imposibilitó seguir en la Mukyudo? No fue otro que el hijo del *revendedor* que ahora está aquí. Un acto irreflexivo de este tipo destrozó nuestras vidas. ¿Cómo eres capaz de seguir con este hombre?

Mashiki esbozó una sonrisa sombría.

—¿*Irreflexivo*? ¿Todavía estás obsesionado con eso, papá? Senagaki nunca fue así. Conocía el valor de ese libro. Es imposible que realizara un gran hallazgo sin ser consciente de lo que se trataba.

Con un sentimiento desgarrador Senagaki estaba escuchando en silencio la fuerte discusión entre padre e hijo. La viuda desapareció sigilosamente de la sala, tal vez porque había captado la conexión de los tres hombres. Los hijos de Ganjuro, al enterarse de la llegada del librero de la ciudad, se habían plantado en el pasillo. Pero incluso ellos desaparecieron sin que Senagaki se diera cuenta, aunque no supo cómo había conseguido convencerlos la viuda. Senagaki miró de frente al padre de Mashiki e intervino:

—Entiendo muy bien que usted no quiera aceptarme. Pero ahora yo también me estoy ganando la vida gracias a los libros. Creo que disfruto de aprecio y honra en esta profesión más que cualquier otro. Si usted no deja de tildarme de *revendedor*, mi difunto padre no va a descansar en paz y sobre todo Mashiki nunca dejará de sufrir.

Mashiki dio un respingo con los hombros y agachó la cabeza. Senagaki siempre se preocupaba por los demás antes de curarse sus propias heridas. No porque fuera insensible al dolor ni se sacrificara por el deber de ayudar a los débiles, sino porque era consciente de sus propias debilidades y conocía muy bien el dolor de ser herido. Y por eso precisamente tenía una sensibilidad que lo hacía comportarse de ese modo. Es posible que algunos lo consideraran un cobarde, pero a Mashiki nunca se lo había parecido. Todo lo contrario: consideraba que se trataba de una fuerza y una vehemencia que él nunca podría tener.

Senagaki se atrevió a retar al padre de Mashiki:

—Batámonos en duelo, señor. Usted ha aparecido en este escenario por un azar del destino. Igual que aquel día, seremos puestos a prueba de acuerdo al *patrón* del mundo del libro antiguo para emitir un veredicto sobre cuál de nosotros tiene mejor juicio, y cuál de nosotros ama más a los libros y es amado por ellos.

—Tan impertinente como siempre. —Kojin'an, algo pálido, dejó escapar estas palabras entre sus labios apretados—. ¿Quieres decir que el que consiga adquirir estos libros al precio más alto será el ganador? Es absurdo. Esto es prácticamente una puja que incumple el principio del anonimato. No hay forma de hacer una

evaluación equitativa.

—Demostraremos que sí se puede, somos profesionales —alegó Senagaki lleno de confianza en sí mismo—. Le juro que Mashiki y yo hemos examinado el contenido de los libros y los hemos evaluado cabalmente según nuestros parámetros y la información de que disponemos.

—¿Quién iba a creerte? —espetó Kojin'an—. Pero acepto. De acuerdo al *patrón* del mundo de libro antiguo, ¿has dicho? No me hagas reír… Recuerdo que mi padre también solía decir eso.

Un extraño silencio reinó en la sala de estar durante la cena ofrecida por la viuda. Mashiki, con la vista baja, masticaba la comida despacio. Senagaki mostraba buen apetito, pero tampoco levantó la mirada. Frente a ellos, sentado junto a los demás, Kojin'an también acercaba los palillos hacia sus platos sin pronunciar palabra. Hitoshi y sus hermanos, atemorizados por el ambiente tan tenso, tal vez porque habían presenciado el arrebato de cólera de Mashiki por la mañana, estaban pendientes del humor de cada uno de los tres hombres. Con el sumo cuidado que ponían en no hacer ruido al comer, les costaba cenar y les parecía que lo que tragaban se les atascaba en la garganta como un amargo medicamento en polvo.

—Mashiki —Kojin'an habló de repente. Senagaki detuvo las manos y dejó de comer, y Mashiki levantó la vista despacio como si fuese un preso hastiado de matar el tiempo en una celda individual —, ¿has visto *eso* alguna vez a partir de entonces?

—No¿Y tú, papá?

—Yo sí. Expuesto en una vitrina. Era tan pequeño y delgado que me pareció de lo más insignificante —respondió Kojin'an sin revelar sentimiento alguno tras tomar un sorbo de sopa de *miso*.

Mashiki pensó: «Incluso con alguien con quien no tuviera lazos de sangre o que hablase otro idioma podría entenderme mejor que con este hombre sentado frente a mí».

En contraste con el interior de la estancia sumida en un frío silencio, como en un mausoleo real, se oyó la cálida voz de la viuda

llamando a los perros en la puerta principal:

—*¡Gon! ¡Min!* ¡A cenar!

Los ruidos alborozados de los perros y la voz de la viuda hablándoles con ternura continuaron durante un rato. Luego ella regresó a la sala y se dirigió a Kojin'an:

—Ya se lo he pedido al señor Senagaki y a su compañero, pero ¿podría escoger también usted uno de estos libros, el que mejor le parezca, para que me quede con él?

El ambiente se relajó, y Hitoshi y sus hermanos por fin respiraron tranquilos. El padre de Mashiki levantó la mirada de su plato y preguntó:

—¿Uno que me parezca mejor para usted? ¿En qué sentido?

—Se lo dejo a su criterio.

—¿Esto es una parte del duelo?

—Sí, señor —respondió ella con una sonrisa.

El padre de Mashiki respondió con una sola palabra:

—Entendido.

Senagaki dirigió una mirada preocupada a Mashiki. Este observó en silencio el rostro de su padre, que ya había desviado la atención hacia su hijo, y volvió a bajar la vista a sus platos. Mashiki todavía recordaba con claridad la espalda de su padre mientras se iba bajo el crepúsculo de aquel lejano día. O mejor dicho, le daba la impresión de que lo que recordaba de él era solo la imagen de esa espalda que había visto por última vez. Los recuerdos felices en el huerto parecían una vana ilusión que se había inventado inconscientemente para aliviar su pena. De hecho, se había dado cuenta desde hacía tiempo de que era incapaz de recordar el rostro de su padre, ni siquiera con los ojos cerrados.

El padre de Senagaki murió un día tórrido poco después del comienzo de las vacaciones de verano. Mashiki estaba sentado en el mostrador de la Mukyudo, como era habitual, mientras escuchaba ensimismado los modestos susurros que emitían los libros usados. Por eso, cuando la estridencia del antiguo teléfono negro que estaba

a su lado rompió la quietud, le sonó como una especie de grito y miró sorprendido a su alrededor. Luego se percató de la procedencia del sonido, descolgó el auricular y se lo llevó a la oreja, pero el otro lado de la línea permaneció mudo.

—Mukyudo, dígame… ¿Oiga?

Al aguzar el oído todo lo posible, percibió un rumor a través de los numerosos agujeros pequeños del auricular. Pero no pudo saber si era una señal de presencia humana o si eran interferencias. Aun así, Mashiki supo exactamente quién era el interlocutor al otro lado de la línea.

—¿Senagaki? Eres Senagaki, ¿verdad? ¿Qué te sucede?

—¿Estás ocupado, Mashiki? —La voz de Senagaki tembló como una ola y tañó con suavidad en el tímpano de Mashiki.

Mashiki sintió escalofríos y se tragó las palabras. Como si confirmara su sombrío presentimiento, Senagaki le pidió serenamente:

—Quiero que vengas.

Abrasada por sol, la espalda de Mashiki se humedeció enseguida de sudor. Su camisa empapada le daba repelús. El tren en el que iba marchaba despacio. El bullicio de la ciudad atestada de gente inexpresiva lo rodeaba. Casi le daban ganas de ponerse a gritar como un loco, e intentaba distraerse pensando en otra cosa. Mashiki corrió ciegamente, olvidándose de que era un ser vivo con necesidad de respirar, para reunirse lo antes posible con su amigo, que estaba esperándolo en una habitación estrecha.

Senagaki estaba sentado solo en la estancia de un viejo estudio. Delante de él, su padre ya había dejado su existencia y ahora yacía sobre un futón delgado de verano. Mashiki trató de calmar los jadeos y se llenó los pulmones con tanto aire que le dolió el pecho. Entró tambaleante en la habitación y se desplomó de rodillas, apoyando ambas manos en el suelo a los pies del futón. Desde el lado oscuro del fregadero donde estaba Mashiki no podía apreciar la expresión de Senagaki al fondo con la ventana a su espalda.

—Siento haberte llamado cuando tienes que estudiar.

Senagaki había dado el estirón después de ingresar en el

bachillerato. Su sombra ahora, sentado formalmente sobre los talones a la cabecera de su padre, se extendía muy larga en el suelo de tatami como si fuera una criatura extinguida en otro tiempo. Mashiki por fin recuperó el aliento y, con la vista fija en el futón, murmuró:

—¿Por qué…? ¿Cuándo…?

«Ha muerto», no fue capaz de articularlo en palabras. Le daba la sensación de que al pronunciar *muerto* el padre de Senagaki ya no se levantaría nunca más.

—Esta mañana. La verdad es que mi padre llevaba un tiempo sin encontrarse nada bien. Y además ha seguido bebiendo. —Senagaki se cruzó de piernas para ponerse cómodo y dijo—: Me pregunto si debería cubrirle la cara con algo. En las series de televisión se la cubren con una tela blanca.

En ese momento, Mashiki miró por fin el rostro del padre de Senagaki muerto. El rostro del hombre que había tratado con cariño a Mashiki en su infancia ya era el de alguien en el umbral de la vejez, aunque en realidad aún era un hombre de mediana edad. Se sorprendió por su envejecimiento acelerado, y a la vez se quedó aliviado por la expresión pacífica que mostraba su tez arrugada y bronceada por el sol. Mashiki sintió un dolor punzante en el interior de la nariz. Había sido el padre de Senagaki quien lo había arropado con el calor humano que no le había dado su propio padre. Había sido el padre de Senagaki quien le reparaba la red de atrapar cigarras. Había sido él quien llevaba a Mashiki, que no sabía nadar, a la piscina del vecindario junto con Senagaki. Siempre había sido el padre de Senagaki quien velaba a Mashiki, que había conocido el mundo exterior a través de Senagaki. «Aquel día perdí a mis dos padres a la vez», comprendió Mashiki en el estudio sofocante. Senagaki se había puesto en pie y estaba trasteando en el armario empotrado. El padre de Senagaki, al que ahora Mashiki veía al cabo de varios años, estaba comenzando a descomponerse por ese calor intenso, pasando al estado de rigidez cadavérica.

Es un misterio cómo las moscas perciben la muerte. En ese momento, una mosca estaba girando en círculos cerca del techo.

Mashiki se imaginó distraídamente que era su propio padre quien yacía allí. Pero no podía recordar su rostro por más que lo intentara. Ni siquiera recordaba si lo había visto bien alguna vez. En esta situación abrumadora ante la muerte de un ser querido, Mashiki solo recordó la voz de su padre cuando lo reñía nerviosamente y su espalda aquel día de la desaparición; no se acordaba del calor de su palma, tampoco de las miradas que le dirigía, ni de nada en absoluto. Se perturbó y trató desesperadamente de refrescar la memoria.

Entonces solo resurgió en su mente el calor del muerto, que ahora yacía ante sus ojos: su sonrisa cuando habían ido a buscar ciervos volantes a primera hora de la mañana o sus manos sujetándole cuando estuvo a punto de ahogarse en la piscina.

La mosca se posó en una mejilla del muerto. Tan pronto como Mashiki la espantó con la mano izquierda, las lágrimas se le desbordaron por los ojos, se desconcertó y llamó a Senagaki. Este salió a cuatro patas del armario y pareció sorprenderse un poco al ver a su amigo llorando. Se dispuso a limpiarle la cara con la tela que acababa de encontrar, pero tras reconsiderarlo, la puso sobre el rostro de su padre. Luego, con el escote de su camiseta, frotó rudamente las mejillas de su amigo.

—Gracias, Mashiki. Pero no tienes por qué llorar… Yo ya estaba preparado para esto —dijo en voz baja como si tratara de convencerse a sí mismo.

Mashiki lloró pensando en lo que no podría obtener nunca y en lo que había perdido para siempre. Y lloró pensando en Senagaki, quien acababa de convertirse en huérfano porque su padre se le había ido, al igual que una vez Mashiki fue abandonado por el suyo. Los zumbidos de la mosca llenaban el espacio. Mientras apretaba la cara contra el pecho de Senagaki, Mashiki sintió las lágrimas de este. Sus gotas cayeron al suelo de tatami, rompiéndose con tanta delicadeza como si se negaran a dejar rastro siquiera.

El librero Kojin'an afirmó que podría determinar el precio en

dos horas a más tardar. Mashiki y Senagaki regresaron a la habitación, y el tiempo de espera los mantuvo en vilo. Aguardando el momento oportuno, Senagaki rompió el silencio:

—Te pido perdón por haber provocado a tu padre usando la palabra *duelo*.

Mashiki extendió el futón, que estaba doblado en un rincón, y se echó sobre él.

—Que haya sacado el tema de aquel libro fantasma… —Mashiki se quedó sin palabras para continuar. Tras sondear su propio corazón por un instante, se expresó de otra manera—: No me esperaba que mi padre mencionase aquel libro.

Senagaki también se tumbó bruscamente sobre el suelo de tatami. Tenía el cuerpo dolorido de haber estado trabajando sin parar desde por la mañana, pero su mente estaba tan despejada que no podía admitir su propia fatiga física. La voz de Mashiki llegó a los oídos de Senagaki tan silenciosa como la nieve que cae por la noche.

—Mi padre se equivocó. Ojalá hubiera reconocido su deshonra por tu hallazgo y hubiera estudiado más o se hubiera tomado tu hallazgo como un simple regalo, pero abandonó todo y huyó. Al fin y al cabo, quizás yo no le importaba nada a mi padre. Quizás le daban igual la familia, la confianza, la dignidad y el amor por los libros…

Senagaki en su interior asintió a lo que acababa de decir Mashiki. «Yo en su lugar no habría huido. Nunca se me ocurrirá huir del lado de Mashiki, pase lo que pase. De hecho, me negué a separarme de él incluso en aquella ocasión, cuando lo destrocé todo. Mi padre me reprendió severamente, me convertí en el blanco de las miradas acusadoras del sector y, aun así, quise quedarme con Mashiki. ¿Será que simplemente soy un sinvergüenza?». Senagaki sonrió, decepcionado consigo mismo, y confesó:

—Me he jactado delante de tu padre, pero me estoy muriendo de ansiedad, Mashiki.

Este se incorporó apoyado sobre los codos.

—¿Qué te ocurre?, eso no es propio de ti.

—¿Crees que podríamos ganar a Kojin'an con el precio de nuestra tasación? Si él presenta una oferta excepcional…

Mashiki, tras reír, se tendió de nuevo y hundió el mentón entre los brazos cruzados.

—Qué tontaina eres, Taichi.

Senagaki miró a Mashiki, sorprendido de que lo llamara por su nombre por primera vez en mucho tiempo. Los ojos castaños de Mashiki reflejaban la luz fluorescente de la habitación y al parpadear revelaban el color de los vasos sanguíneos. Mashiki continuó:

—Es que la cuestión no es si podemos adquirir esos libros. Sin duda, son buenos. Y también, para responder a los deseos de la señora, me gustaría que los vendiéramos nosotros mismos si es posible. Pero nuestro precio es el máximo que hemos estimado concienzudamente sopesando las pérdidas y los beneficios.

Sin poder contener la emoción, Senagaki extendió el brazo, le retiró hacia atrás el cabello seco a Mashiki, trazó con las yemas su ceja bien formada y tocó su fino párpado. Mashiki no rehusó el tacto de las yemas duras de Senagaki, pero cuando le tocó los labios, se retorció como si hubiera sentido cosquillas, se puso bocarriba y concluyó:

—Hemos realizado una tasación con absoluta honradez. Eso es lo que importa. Aunque mi padre presente un precio muy superior al nuestro, eso no significa que seamos perdedores.

Su susurro caló en lo más hondo del corazón de Senagaki. Este cerró los ojos y continuó saboreando en secreto el alivio que se le extendía por el cuerpo, como si fuese una planta del desierto rociada por una lluvia fina.

Poco más tarde de las diez y media de la noche, la viuda apareció para avisar a los dos jóvenes.

—El señor de Kojin'an ha terminado su tasación.

Mientras atravesaban por el pasillo, el corazón de ambos latía desbocado. Mashiki se puso la palma con suavidad en el pecho y respiró hondo. Para calmar los nervios, pensó vagamente en las

semillas que sembraría en su huerto la próxima primavera. Antes de reunirse con los demás, se detuvo en la sala y recogió un libro para la viuda. Había temido que su padre también hubiera escogido el mismo, pero ese libro estaba allí entre otros muchos. Aún dudando de su elección, Mashiki miró a Senagaki. Este se encogió de hombros y dijo:

—Confío en tu juicio, yo no tengo ni la menor idea.

Mashiki asintió y le comentó con franqueza otra cosa que le preocupaba:

—Puede que yo sea un engreído, pero si he elegido un libro que acierte con las expectativas de la señora, ¿en qué posición quedará mi padre? Tal vez los hijos de Ganjuro contarán este episodio cuando vuelvan a la ciudad. En ese caso, ¿mi padre desaparecerá de nuevo afrentado y terminará huyendo a algún otro lugar?

Senagaki miró a Mashiki a los ojos y luego al libro en sus manos.

—Verás, Mashiki, ya no somos los críos que jugaban en el jardín de la Mukyudo. Somos capaces de resistir cualquier dificultad o caminar con nuestros propios pies hacia alguna parte. Por supuesto que tu padre también puede hacerlo. —Senagaki se aseguró de que la viuda no estaba escuchando esta conversación a sus espaldas, y continuó en tono quedo—: Quiero que escojas uno con toda honestidad. Si lo haces con miramientos preocupado por el futuro de tu padre, sería una ofensa para él, que lleva más tiempo que nosotros en esta profesión.

Mashiki se sobresaltó.

—Es verdad… Tienes toda la razón.

—En el hipotético caso de que Kojin'an desaparezca de la ciudad tras este duelo, seguro que no se retirará del sector —afirmó Senagaki, convencido. Al igual que Senagaki no se había separado de Mashiki, al igual que Mashiki se mantendría invariablemente sincero con los libros, tal vez el padre de Mashiki continuaría resistiendo en el mundo de los libreros de viejo hasta el último día de su vida—. Cuando me digas que quieres ver a tu padre, yo me encargaré de localizarlo dondequiera que esté. Así que quédate tranquilo.

Mashiki apretó el libro que había escogido contra su pecho. La noche había avanzado, el pasillo se estaba enfriando deprisa. El aire se había vuelto más denso, como si las partículas transparentes estuvieran bien condensadas, intentando arrimarse unas a otras. Ante la puerta corredera que abrió la viuda, Mashiki se quedó paralizado. Kojin'an estaba sentado de espaldas a la puerta. Los hijos de Ganjuro se hallaban sentados a lo largo de la pared lateral, y apremiaron con la mirada expectante y curiosa a los dos jóvenes que acababan de aparecer. La mano de Senagaki tocó ligeramente la espalda de Mashiki. Animado por el calor momentáneo de la palma, Mashiki dio un paso adelante en el suelo de tatami. La viuda se sentó de espaldas al altar familiar del fondo, y Senagaki y Mashiki se sentaron al lado de Kojin'an, cara a cara con ella.

Todos los que se habían reunido en la capilla doméstica saborearon durante un rato el subidón emocional que brotaba en la mente de cada uno. Finalmente, Hitoshi rompió el silencio y le preguntó a la viuda:

—Muy bien, Mitsuko, ¿les pedimos que nos muestren ya el precio de la tasación?

Ella asintió, se deslizó un poco para adelante y se dirigió a los libreros:

—Para empezar, les hemos pedido a ustedes algo que va en contra de su protocolo y no debemos molestarles más. Así que ¿les importaría escribir en estos papeles el precio que amablemente han determinado? Lo guardaré solo en mi memoria.

Hitoshi se mostró insatisfecho y protestó:

—Después de haber estado esperando hasta la noche, ¿no nos dejas compararlos?

El padre de Mashiki intervino disgustado:

—¿Cómo se puede saber si usted no los trata con parcialidad, señora?

Pero ella se lo tomó a risa y dijo:

—¿Piensan que soy capaz de cometer una injusticia delante de mi esposo? Y además, soy yo a quien él me confió su colección. Así que debo pedirles que respeten mi proceder en este asunto.

Senagaki y Kojin'an escribieron el precio y el nombre de la librería en sus respectivos papeles. Los doblaron con cuidado y se los devolvieron a la viuda. Todos la observaban conteniendo el aliento, y ella abrió con cuidado los dos trozos de papel. Comparó el contenido y sonrió.

—Muchas gracias. Y ahora, ¿podrían enseñarme el libro con el que debo quedarme?

El padre de Mashiki deslizó hacia adelante la colección de los poemas satíricos de Teshina que tenía a su lado. Mashiki colocó sobre el suelo de tatami un volumen de la colección de obras completas de un autor de teatro europeo que sostenía en su regazo.

—¿Puedo saber por qué han elegido estos?

Kojin'an respondió sacando pecho:

—Esta colección es muy apreciada en el mundo de los libros antiguos. Se trata de una antología de valiosos versos de la antigüedad que no están incluidos en la colección de literatura clásica u otras de ese género. Además, aquí tienen la colección completa. Es la que los investigadores no paran de buscar y, si la conserva, existe la posibilidad de que se revalorice en el futuro. Es una pena venderla ahora tanto por el valor cultural que posee como por el beneficio que usted podría obtener. Le aseguro que su venta le resultará más beneficiosa a medio plazo.

—¿Su importe está excluido del precio de esta colección?

Kojin'an vaciló un instante y respondió:

—Sí, por supuesto.

La viuda asintió y dirigió la mirada a Mashiki.

—¿Por qué ha elegido este, señor Honda?

Ante aquel volumen viejo que su dueño había leído a fondo, Mashiki vaciló en sus propias convicciones. Se había temido que su selección pudiera acorralar a su padre, pero tal vez eso era un engreimiento ridículo. Quizás había elegido ese libro por mera autosatisfacción o por una simple idea romántica, sin pensar en absoluto en el beneficio de la propia viuda. Sin embargo, Senagaki se mostraba imperturbable, por lo que Mashiki no tuvo más remedio que confiar en su propia sensibilidad antes que en cualquier

otra cosa, y miró a la mujer a los ojos. Luego dirigió la vista a la fotografía del difunto Ganjuro, que parecía velar el desarrollo del *duelo* detrás de su esposa. Mientras tanto, una serena llama de convicción revivió en su interior. Se acordó de la obra que el difunto había traducido a medias y de los perros, tan queridos por la familia.

—Al señor Iwanuma le gustaba el teatro, especialmente el teatro europeo. Y me imagino que comenzó esa afición por influencia suya, señora.

—¿Qué le hace pensar eso? —preguntó la viuda.

—Es por las ediciones anteriores de las revistas de teatro. No sé cuándo se casó usted con el señor Iwanuma. Pero supongo que no fue hace mucho tiempo, a juzgar por el trato con sus hijos y por la edad de la señora. Quizás apenas hayan pasado diez años desde que se casaron, porque hay revistas de teatro de hace siete años en adelante. —Los hijos de Ganjuro se miraron uno al otro, ligeramente horrorizados—. Respecto a los demás libros, tanto la calidad y la cantidad de cada género concuerdan con la edad del señor, perdón por la expresión, y los he encontrado acordes. Pero los de teatro son diferentes. Me ha parecido que el señor no llevaba mucho tiempo coleccionándolos. Algunas de las obras están incompletas. Aun así, el contenido de su colección me ha transmitido lo mucho que disfrutaba mientras los seleccionaba y reunía. —Mashiki hizo una pausa—. Por eso he pensado que tal vez el teatro era la afición que compartían usted y el difunto, y que crearon la colección juntos.

Senagaki miró el perfil de Mashiki y sonrió. Kunio se cruzó de brazos, Hitoshi gruñó de admiración y dijo:

—Me has dejado asombrado. Es cierto que Mitsuko y mi padre se conocieron hace siete años, si mal no recuerdo.

—Así fue. Y se casaron dos años más tarde, porque estuvimos oponiéndonos al matrimonio durante ese tiempo —reconoció su hermana Yoshiko con cariño, acogiendo así a la viuda como un miembro de la familia en lo más hondo de su corazón.

La viuda sonrió con nostalgia.

—Yo trabajaba de enfermera en la ciudad. Ganjuro fue

hospitalizado y nos sentimos atraídos el uno por el otro inexplicablemente, pese a la gran diferencia de edad. Le hablé mucho a él sobre el teatro que me gustaba. A partir de entonces, él también llegó a tener interés. Luimos juntos a ver varias funciones… Nos lo pasamos muy bien.

El padre de Mashiki intervino con impaciencia:

—¿Y qué más, Mashiki? He entendido la razón por la que has elegido un libro de teatro. Pero ¿por qué este en concreto entre unos quinientos del mismo género? No lo habrás elegido al azar.

—Tengo mis motivos. —Mashiki sonrió apaciblemente. Aunque su sonrisa pudiera ser una fanfarronería, tranquilizó a Senagaki. Este también había pensado que sería más apropiada para la viuda una de las obras de teatro, pero no tenía argumentos para explicar la elección de ese volumen concreto. Todos los presentes estaban esperando escuchar los motivos de Mashiki—. Me he guiado por los nombres de los perros, *Gon* y *Mir*. Hay una famosa obra de teatro en la que aparecen personajes con ese nombre. Esa obra es esta. —Mashiki recogió del suelo el primer tomo de las obras completas de Samuel Beckett.

Senagaki dio una palmada seca y exclamó:

—¡Vladimir y Estragón! No había caído en la cuenta.

Mashiki continuó:

—Señora, usted adora a sus perros. Como incluso les puso esos nombres a sus animales de compañía, pensé que tendría una profunda implicación emocional con este libro.

La viuda hizo la misma pregunta que le había hecho a Kojin'an:

—¿El precio de este volumen está excluido del importe total?

—No, señora. Lamentablemente, este libro en sí apenas tiene valor. Suele encontrarse en cualquier librería de viejo, y ahora se lo puede leer en una nueva edición. Y por eso el precio de tasación no varía, aunque este libro quede en sus manos o se sume al resto. Lo siento, porque la tasación es una estimación aproximada. —Mashiki, con aire preocupado, miró a Senagaki y se quedó algo aliviado al ver a su amigo asentir.

La viuda se sumió en su meditación y, al cabo de un rato, tomó

en las manos el libro que Mashiki había elegido y dijo:

—Estoy feliz de que el señor de Kojin'an también haya pensado en mi bien. Pero en esta ocasión, me quedo con este. Señor Honda, usted es un excelente librero de viejo. Siempre que sea a usted y al señor Senagaki, puedo confiarles los libros de mi marido con absoluta paz mental.

El padre de Mashiki se puso en pie bruscamente.

—Qué absurdo. Esto es una farsa. Estoy seguro de que mi precio es más alto. ¡Entonces ¿por qué…?!

Asombrada, la viuda lo miró. Senagaki le preguntó en voz serena:

—¿Por qué puede estar tan seguro de que su precio es más alto, señor? ¿Lo ha determinado según el contenido de los libros y su valor siguiendo el criterio que hemos acordado en un principio?

—¡Naturalmente! —rugió el padre de Mashiki; sin embargo, la voz le salió algo nerviosa.

Senagaki tenía una convicción. La convicción de que nunca jamás había hecho nada de que avergonzarse como librero de viejo en el pasado ni el presente. Manteniendo la calma, prosiguió:

—Y además, estoy más que seguro de que he puesto un precio igual o incluso superior al suyo. Cuento con medios para vender estos libros más caros que al precio de mercado, ya que tantear a los clientes y satisfacer sus demandas para fidelizarlos son también algunos de nuestros importantes cometidos.

—¡Cállate, no eres más que una especie de *revendedor*! Y sin embargo, eres tan descarado que incluso frecuentas las ferias dándote aires.

—Ya basta, papá —le interrumpió Mashiki, angustiado al ver que no paraba de insistir en sus reproches—. Tú y yo volvemos siempre al mismo tema y seguimos haciendo sufrir a Senagaki. —Al instante, este experimentó el sentimiento contradictorio de querer contener las palabras de Mashiki a la vez que el deseo de seguir envuelto en su voz. Por fin Mashiki estaba tratando de abordar el meollo delicado del problema que había permanecido intacto durante años—. Nos hemos encontrado por primera vez en mucho

tiempo. Quiero hablar contigo, papá, pero no sobre trabajo. —Mashiki cerró los ojos y dijo en tono quedo, ofreciendo algo importante guardado en su interior mientras Kojin'an volvía a sentarse como atraído por su voz serena—: ¿Recuerdas el huerto en el jardín? Debería haberlo creado contigo…

Eso era lo que quería confirmar a toda costa. Tuvo la sensación de que no podía dar ni un paso más sin aclarar si ese recuerdo era o no un sueño efímero inventado por su propio deseo. Pero a Kojin'an, por su parte, le resultaba demasiado difícil adivinar las verdaderas intenciones de su hijo en ese reencuentro inesperado. Cuando se fue de su lado, Mashiki aún era un ser inocente y era dudoso que albergara alguna intención en su interior.

—Sí, lo recuerdo. Mi padre me miraba con gesto adusto mientras yo creaba el huerto. Recuerdo muy bien su expresión. ¿Y qué pasa con eso? Tú y yo nacimos en la Mukyudo. ¿De qué servía crear un huerto allí? La verdad es que hicimos algo inútil.

No, Mashiki se negaba a aceptarlo. Su abuelo sonreía. Mashiki también estaba feliz. No era inútil. Por el contrario, todos los que vivían en la Mukyudo deseaban pasar algún rato al margen de su oficio. Sin embargo, no sabían bien cómo. Tres hombres fascinados y poseídos por los libros antiguos vivían bajo el mismo techo. Por muy ridículo que pareciera, ninguno sabía cómo sincerarse. Aun así, apenas habían estado conectados a través del negocio familiar hasta aquel día. Olvidándose de la presencia de los miembros de la familia Iwanuma, Mashiki dijo con vehemencia:

—Mi abuelo nunca se mostró malhumorado. Sonreía cuando nos miraba.

—Te sonreía a ti, supongo. Mi padre no vivía más que para el trabajo. Decía que tú tenías capacidad para entender los libros viejos y no ocultaba su predilección por ti.

No importaba lo que dijera, había un alto muro de incomprensión entre Mashiki y su padre. Mashiki sintió que estaba siendo invadido por un frío vacío igual que en el momento en que se había encontrado con su padre delante de esta casa. Se quedó entumecido hasta perder la sensibilidad en las yemas de los dedos.

Aun así, las palabras salieron por sus labios una tras otra, aunque con dificultad:

—He estado pensando sin cesar que tenía que preguntártelo si algún día volvía a verte. Aunque te lo pregunte, sé que ya no servirá de nada. Pero no he podido apartar esa idea. Es porque la herida supura dentro de mi corazón y me causa un dolor sordo sin tregua. Incluso alguna que otra vez ha estado a punto de curarse, pero no he podido evitar hurgar en ella por alguna razón u otra, y palparla… hasta que escuche tus palabras. —Mashiki clavaba la mirada en sus rodillas, como si la respuesta estuviera en el suelo de tatami.

Kojin'an, al lado de Senagaki y de brazos cruzados, no se movía ni un ápice. Hitoshi y sus hermanos observaban en silencio el desarrollo de la escena, a pesar de que no entendían de qué iba la historia. Senagaki, situado entre Mashiki y Kojin'an, escuchaba con toda su alma las palabras de Mashiki, que continuó:

—Hay alguien que me demuestra con su actitud que incluso si una herida deja cicatriz, a la larga se convertirá en mi sello, mi propio sello… Y por eso te pregunto, ya que creo que esta es mi última oportunidad de hacerlo: ¿por qué nos abandonaste a mi abuelo y a mí?

Senagaki, con un deseo como súplica, centró toda su atención en la respuesta de Kojin'an. Tras un silencio que se le hizo largo a Senagaki, finalmente Kojin'an habló:

—¿Es que no fuisteis vosotros los que me abandonasteis? Nunca tuve un lugar en esa casa, pese a que ahí podía ser yo mismo.

—No me di cuenta del origen de la ruptura familiar hasta aquel día, a pesar de que siempre había estado latente entre nosotros.

—Me hacíais perder la dignidad constantemente y, aun así, estuve resistiendo hasta aquel día. Había intentado con todo el empeño mejorar mis capacidades y amar a mi hijo. Y después de todo, mi padre te eligió a ti y la buena suerte eligió a este hombre. —Kojin'an esbozó una sonrisa sarcástica y miró a Senagaki. Sin embargo, esa sonrisa en realidad iba dirigida hacia sí mismo. Enseguida volvió a clavar la mirada en el vacío—. Siempre he pensado en cuál era la diferencia decisiva entre uno y otro. ¿Hay

alguien que no piense qué causa la discriminación? —preguntó en tono apático—. Aquel día me pareció todo absurdo, porque me pregunté si la diferencia se debía al don natural…

En esas palabras suspendidas, Senagaki captó el desconsuelo que Kojin'an había experimentado hasta ese momento y su dignidad herida. Captó la pena y la irritación del padre de Mashiki, que aun así había sido incapaz de abandonar el mundo de los libros usados. El hecho en sí de que Kojin'an hubiera respondido a la pregunta de Mashiki era una manifestación de amor hacia su hijo, aunque la hubiera expresado de un modo tan sutil y endeble que hasta ponía en duda que la hubiera formulado. Y tal vez no era suficiente con llegar al corazón de su hijo. Mashiki era el mejor homenaje a los libros antiguos, creado por el maestro Honda. Lo que quería Mashiki y lo que quería su padre nunca coincidiría, porque lo que había perdido cada uno era muy diferente. Al reconocer todo eso, Senagaki sintió un dolor punzante en el pecho y apretó los puños sobre su regazo.

Mashiki soltó aire despacio y cerró los ojos.

—Déjame que te pregunte una cosa más. ¿No has pensado, aunque fuera una vez, que mi abuelo y yo estaríamos esperándote?

—No. —Sin la menor jactancia, Kojin'an respondió de forma lacónica.

Los labios de Mashiki dibujaron una triste sonrisa. Rechazó a Senagaki, que intentaba decirle algo, trató de darse el tiro de gracia a sí mismo y preguntó:

—¿Ni una sola vez?

—Nunca.

Mashiki abrió los ojos. Aunque sabía que era inútil, no pudo evitar decir:

—Pero mi abuelo estuvo esperándote todo el tiempo, y yo también. —Tras una pausa, repitió deprisa—: Te esperábamos. —Las palabras en pasado anunciaban el punto final de esta historia. Mashiki miró a la viuda que había estado escuchando el diálogo frente a ellos—. Siento haberla incomodado con un asunto personal, señora. —Mashiki se puso en pie y se volvió hacia Senagaki—.

Vamos a cargar tantos libros como podamos en la camioneta antes de acostarnos, ¿vale? —Su voz y su aliento temblaron tan levemente que solo Senagaki pudo percibirlos.

Este adivinó el deseo de su amigo y también se levantó de inmediato. Cuando Mashiki se disponía a salir de la sala, Kojin'an le exigió en tono grave:

—Aguarda, Mashiki. —Este se detuvo. A su espalda, Kojin'an lanzó unas palabras como si se hubiera roto una barrera dentro de él —: ¿Acaso piensas que yo no esperaba? Pues sí, también. Estuve esperando el día en que fuera reconocido, el día en que fuera readmitido…, siempre. —Algo tembloroso, Mashiki dio media vuelta hacia el interior dela estancia. Vio a su padre, que seguía sentado en el mismo lugar apretando los puños con fuerza sobre su regazo—. ¿Me has buscado tú? ¿Lo hizo mi padre? ¿A que no? ¿Eso por qué? He permanecido en este mundillo, pero ni siquiera has tratado de advertir mi presencia, ¿o sí? —Kojin'an repitió una vez más con serenidad—: Yo también he estado esperándote todo este tiempo, Mashiki.

«Ah, vaya. No había caído en eso». Por primera vez, Mashiki comprendió plenamente el corazón de su padre. Pero también sabía que era demasiado tarde. Así que lo miró y le confesó:

—Desde el momento en que me diste la espalda en aquel crepúsculo, me quedé paralizado. Aun así, con tu comportamiento me estabas suplicando que te buscara, y que te diera la bienvenida a casa. Pero yo todavía era un crío de once años. Al sentir que fui rechazado por ti, me quedé entumecido, incapaz de reaccionar… —Mashiki se forzó incluso a sonreír—. El huerto todavía está lleno de verdor. Adiós, papá.

Cuando estaban volviendo a la habitación, las emociones incontenibles se le desbordaron y esta vez sí dejaron su rastro en el pasillo oscuro. Solo Senagaki se percató de eso.

Kojin'an y los hijos de Ganjuro regresaron a la ciudad esa misma noche. Mashiki y Senagaki escuchaban el bullicio de la partida en la

habitación de invitados.

—¿No vas a salir a despedirte de tu padre?

—No. —Mashiki clavaba la mirada en la parte trasera de la casa a través de la ventana. En teoría, la ladera de la montaña estaba allí mismo, pero el exterior se había sumido en la más completa oscuridad como si el espacio tuviera una profundidad infinita—. Gracias, Senagaki. Ya estoy bien. Decepcionado tanto con mi padre como conmigo mismo, pero así es la vida.

Mashiki fingía resignarse incluso cuando no podía resignarse o no quería hacerlo. Fingiéndolo, trataba de convencerse a la fuerza de que por fin se había resignado. Esa era su forma de defenderse y también su forma de mostrar consideración hacia los que lo rodeaban. Justo lo contrario de Senagaki, que siempre era consciente de sí mismo y no quería resignarse. En el momento de darse por vencidos, los lazos de las personas se desatan. Senagaki pensó que nunca debería dejar que Mashiki se rindiera.

A la mañana siguiente, Senagaki y Mashiki, ya familiarizados con la viuda, compartieron el desayuno con ella. Y luego, hasta alrededor del mediodía, estuvieron empaquetando una parte de los libros para enviarlos por mensajería mientras jugueteaban con los dos perros. Al final se dispusieron a subir a la camioneta con su plataforma de carga rebosante de libros.

—Disculpen las molestias que les hemos ocasionado. Estoy muy agradecida porque se hayan tomado con amabilidad toda esta serie de complicaciones. —La viuda les hizo una reverencia con esmero. A sus pies, *Gon* y *Mir* la acompañaban como de costumbre.

—Al contrario, señora: somos nosotros los que tienen que darle las gracias, pues hemos podido adquirir unos maravillosos libros —respondió de buen humor Senagaki, que había arrebatado el asiento del conductor a Mashiki.

Este estaba sentado en el asiento del copiloto con cara avinagrada, pero le abrió la puerta a *Mir*, que no paraba de emitir aullidos tristes.

—*Mir*, que te vaya bien. —Se agachó y acarició al perro blanco un rato.

Senagaki esperó pacientemente a que terminaran de despedirse, pero viendo que a Mashiki y al perro les estaba costando tanto separarse, se desesperó.

—Venga, déjalo ya. Cuanto más tardes, más te encariñarás con él y más dolorosa te resultará la despedida. —Agarró a Mashiki por la nuca del cuello de su kimono y tiró de él hacia el interior del vehículo.

La viuda abrazó a *Mir* y lo retiró del automóvil, y finalmente pudieron cerrar la puerta. Tras apartar con cierta nostalgia la vista de la ventanilla, Mashiki dijo:

—¿Nos vamos, entonces?

—Sí, vámonos.

El motor rugió. La camioneta se balanceó mucho, como si se le fuera a caer la parte trasera, retrocedió un poco y empezó a rodar. La viuda agitó la mano suavemente. El perro negro, *Gon*, se arrimó a *Mir*. Senagaki, al salir por el portón, hizo sonar el claxon una vez. La viuda y los perros salieron a la calle y siguieron el vehículo con la mirada. Mashiki volvió la cabeza y contempló durante un buen rato cómo se alejaba la casa de la familia Iwanuma.

Con esos libros de considerable peso en la plataforma de carga, la camioneta circulaba como si se hundiera en el camino. A pesar de que había superado la empinada cuesta arriba en el paso de montaña, el descenso resultó aún más peligroso.

—¿No hueles a quemado? —preguntó Mashiki.

—Los frenos no funcionan bien con tanto peso encima. Aunque estoy pisando a fondo, este cacharro se va resbalando hacia abajo.

Mashiki suspiró al darse cuenta de que ese olor era de freno quemado a punto de romperse.

—Si se rompe, el importe total de la reparación corre a tu cargo, ¿entendido?

—¡No es momento para bromas! Si llega a romperse en este

camino de montaña nevado, nos estrellamos seguro.

Al final consiguieron descender la montaña sanos y salvos, y cuando pudieron quitar las cadenas de nieve a la entrada de la autopista, dejaron escapar un suspiro de alivio. Pero, en cambio, por más que pisaran el acelerador al máximo, la velocidad de la camioneta no superaba de ninguna manera los ochenta kilómetros por hora.

Mashiki bajó la ventanilla. Su flequillo ondeó al soplo del viento y bromeó:

—¿Vamos por una autopista o me lo parece?

—Así es. Te ruego que no te quejes.

La camioneta no aumentaba de velocidad para nada en comparación con lo que rugía. Solo expulsaba humo negro en vano.

—Esto no está nada mal. Parece que somos los únicos circulando dentro del fango.

Senagaki se quedó algo desconcertado y advirtió tímidamente la palmaria realidad:

—Llegaremos a Tokio a medianoche, que lo sepas.

—Como no tengo ninguna prisa, no me importa. —Mashiki se recostó en el asiento—. Te relevaré al volante más tarde. —Y cerró los ojos.

Senagaki refunfuñó:

—No te molestes, mejor que no lo hagas.

Solo los faros de la camioneta iluminaban el camino por delante. Mientras contemplaba la autopista oscura de noche, Mashiki murmuró:

—Me pregunto cuál fue el resultado de la tasación.

Senagaki, al darse cuenta de que Mashiki estaba despierto, subió el volumen de la radio para escuchar la información del tráfico y comentó:

—Vaya, hay atasco en el centro de Tokio.

—A la hora que lleguemos allí ya estará despejado.

Senagaki recordó que los otros vehículos lo apremiaban y lo

adelantaban constantemente, y asintió:

—Sin duda. —Sonrió con amargura.

—¿Crees que pusimos un precio superior al de mi padre?

—Tal vez.

Mashiki miró insatisfecho el perfil de Senagaki, que había respondido a la ligera. Sin embargo, recordó algo de repente y sacudió los hombros de la risa.

—De todas formas, hay que ver la cara que puso mi padre cuando la señora anunció que nos entregaría los libros a nosotros. —Ignorando que Senagaki le había dirigido una mirada preocupada, se rio durante un rato—. Me estoy regodeando con la revancha, sí. Él no ha cambiado nada desde aquel día. Es triste pensar que ese tipo sea mi padre.

—No hables así de tu padre —lo amonestó Senagaki en tono severo—. Sé que te indignas por mí. Pero no debes odiarlo por eso. Esos sentimientos negativos te hacen infeliz.

Mashiki dejó de reír y, con cierta incomodidad, confesó:

—Estaba seguro de que me había olvidado de su cara. Y, de hecho, no la recordaba hasta que volví a verlo. Pero tan pronto como lo vi, lo reconocí: «Sí, mi padre era así».

—En eso consisten los lazos de sangre, ¿no?

—No sé si nosotros hemos sido capaces de cambiar, ni siquiera un poco.

—Nada cambia tan de golpe.

Los carriles empezaron a aglomerarse. Senagaki pitó a un conductor que se coló por delante.

—Pero al menos hemos podido enfrentarnos al pasado. —Mashiki y su padre habían podido confirmar que habían seguido cada uno su camino con pasos seguros, aunque entretanto vacilaran y se atormentaran por el pasado. En el rostro de Mashiki afloró una sonrisa plácida y satisfecha esta vez—. Ya te dije que no te pusieras esa camisa, Senagaki.

CAPÍTULO 6

Una luz anaranjada se iluminó al final de esa calle estrecha. Senagaki aceleró los pasos para cruzar el camino agrícola y vio que un tractor se acercaba hacia él desde el este.

—¡Taichi!

—Hola, Misuzu, cuánto tiempo.

Misuzu detuvo el tractor hábilmente. A su lado iba Hideo, a quien ella había recogido de regreso del ayuntamiento. Sin embargo, Hideo con un libro de bolsillo abierto en las manos a pesar de la poca luz del día, seguía leyendo sin siquiera fijarse en que el tractor se había detenido. Mientras sacudía con rudeza el hombro de su marido absorto, Misuzu se volvió hacia Senagaki y le preguntó:

—¿Qué tal con el montón de libros que comprasteis el otro día?

—Se ha vendido todo, todito y he ganado muucho dinero, desde luego.

—¡Hala! Qué bien, ¿no? Es que Mashiki ha estado preocupado por ti, decía: «Apenas se ha dejado ver después del viaje».

Senagaki no hizo ningún comentario al respecto. Hideo alzó la vista del libro. Y al encontrar a Senagaki delante, le preguntó dando por sentado:

—¿Ha avanzado tu relación con Honda?

—¿Qué quieres decir?

—Te estoy preguntando en sentido literal. ¿Te ha dado alguna respuesta en concreto?

Senagaki se forzó a sonreír y contestó:

—No espero de Mashiki una respuesta clara. Es un aburrimiento, ¿no?

—Senagaki, le consientes demasiado a Honda —dijo Hideo para su asombro, y volvió la vista a las páginas.

—Yo creo que ese es uno de tus méritos, Taichi —afirmó categóricamente Misuzu con jovialidad—. Gracias a Mashiki, que ha estado siempre contigo, has podido llegar hasta aquí sin descarriarte, ¿sabes? De lo contrario, tú y mi marido os habríais convertido en mafiosos o algo por el estilo, estoy segura.

—Eso tampoco hubiera estado nada mal, ¿verdaaad, Senagaki? —intervino Hideo.

—Un gamberro a medias como tú no habría tenido agallas para eso, imbécil.

En ese momento se abrió la puerta de cristal de la Mukyudo y Mashiki asomó el rostro.

—No sabía qué era todo este bullicio y, cómo no, sois vosotros. —Mashiki se echó a un lado y dejó pasar a un matrimonio mayor que parecían ser clientes y que se estaban despidiendo:

—Muchas gracias por todo.

—No hay de qué. Yo también me siento en paz por haber encontrado a un buen comprador de la colección de su hija —respondió Mashiki con una sonrisa discreta en los labios y acompañó hasta el portón al matrimonio, que bajó la cabeza educadamente—. ¡Eh, Misuzu! No aparques un trasto tan grande delante de mi tienda.

—¡Narices! Qué mala leche tienes, Mashiki. Déjame tranquila, que me acabo de encontrar con Taichi, al que no veía ni sé desde cuándo.

En ese momento, Mashiki se fijó por primera vez en Senagaki.

—¿Qué pasa? ¿Quieres algo de mí?

Hideo sonrió débilmente y miró con lástima a Senagaki, que le respondió:

—¿Ves cómo me trata? —Y se encogió de hombros. Luego se dirigió a Mashiki—: He traído una bebida. ¿Puedo pasar?

—Aunque te diga que no, pasarás. —Tras saludar con una

reverencia leve hacia el matrimonio que se alejaba, Mashiki se dispuso a volver a la librería—. Misuzu, Hideo, ¿por qué no os quedáis también?

—No, hoy no, gracias. —Misuzu puso en marcha el tractor despacio.

Senagaki, tras atravesar por el portón, le dijo a ella:

—Misuzu, me encanta ese *monpe* tan florido que llevas puesto. Hazme uno algún día.

—Cómo no.

Mashiki, que estaba a punto de abrir la puerta de entrada, regresó hasta el portón.

—¡Hideo!, ya tengo el libro que me pediste.

—Vendré a por él el próximo fin de semana. —Hideo se limitó a agitar una mano sin mirar atrás.

La joven pareja se fue mecida por el traqueteo del tractor, con tanta elegancia como si fueran en un carruaje de aristócratas medievales tirado por un buey.

—Cosa rara, por fin has estado con un cliente —le comentó Senagaki a Mashiki, que iba por delante mientras atravesaban por la trastienda algo desordenada.

—Eran los señores Tanabe.

—Ah, los que te vendieron las obras completas de Ayuzawa.

Casi había pasado un mes y medio desde que Mashiki le había mostrado esa colección que guardaba en la trastienda. Incluso desde el viaje de la compra a la viuda, había transcurrido más de un mes. Senagaki reflexionó algo incrédulo sobre el cambio que había experimentado su corazón en ese intervalo de tiempo.

—¿Y qué te ha traído hoy aquí?

En la sala de estar, la mesa-estufa había desaparecido y en su lugar había una mesita baja. Sentados a esa mesa algo coja, ambos iban vaciando poco a poco la botella de sake.

—Nada. He venido simplemente porque me ha apetecido verte.

Las orejas de Mashiki se sonrojaron, pero no por efecto del

alcohol.

—Eso lo dices después de un montón de tiempo sin aparecer —murmuró. Su tono revelaba el temor y la ansiedad que sentía por el cambio de circunstancias.

Senagaki captó con agudeza ese desconcierto de su amigo mientras sonreía con amargura para sus adentros por lo mucho que consentía a Mashiki, y declaró la razón precisa de la visita:

—He decidido abrir una librería. —Mashiki levantó la mirada de súbito. Si su amigo se sentía tranquilo con eso, Senagaki se inventaría una culpa propia las veces que hiciera falta para encontrar una razón de seguir con él. Lo explicó con sencillez—: He estado buscando un local estas últimas semanas. Finalmente he encontrado uno bueno hoy y he firmado el contrato provisional.

—¿Por qué…? —Mashiki forzó su voz ronca.

—Durante nuestro último viaje, pensé: quiero atender a los clientes finales como tú, no solo trabajar de mayorista. —Se sirvió una gran cantidad del estofado de carne y patata *nikujaga* que Mashiki le había ofrecido—. A la larga, eso me va a resultar mejor práctica para aprender los criterios de valoración y cómo tratar los libros, creo. —Mashiki bajó la mirada, por lo que Senagaki se inquietó un poco preguntándose si después de todo no le agradaba que tuviera su propio establecimiento—. Mashiki, si esto te causa un disgusto, yo…

—Idiota. ¿Cómo me voy a disgustar por eso? —Los ojos de Mashiki brillaron como si estuvieran húmedos—. Me alegro mucho por ti. Porque he estado siempre preocupado de que no tuvieras tienda, suponiendo que era porque te sentías culpable de alguna manera de lo ocurrido con la Mukyudo…

A Senagaki le pareció extraño disculparse y decidió confiarle sus sentimientos con sinceridad:

—Es cierto que esa idea ocupaba un rincón de mi mente hasta hace poco. Pero tú me diste un impulso, Mashiki.

—¿Yo…?

Senagaki asintió muy convencido:

—Sí. Cuando elegiste acertadamente un libro para la viuda, te

admiré de todo corazón. Antes pensaba que te dejabas llevar por tu excesiva pasión por los libros, pero me equivocaba. Puedo entenderlo ahora incluso por el gesto del matrimonio anciano de esta tarde.

—Me estás sobrevalorando. Por lo general, deseo tratar los libros como algo más que como «artículos de venta», pero no suele funcionarme.

«Aun así, lo más importante es desearlo», pensó Senagaki. Él se había vuelto cobarde en cierto sentido el día en que había hallado «La prisión». En un rincón de su corazón procuraba no involucrarse demasiado con los libros usados ni con quienes participaban en la compraventa. Senagaki estaba escarmentado del poder mágico de los libros antiguos, que podía herir a alguien e incluso a sí mismo. Sin embargo, Mashiki, después de haber sido herido, todavía se enfrentaba con sinceridad a los libros antiguos y a las personas que los rodeaban. Senagaki ya no podía permitirse permanecer más alejado de la línea del frente. Porque él había probado la fruta prohibida hacía ya mucho tiempo. Y porque no estaba nada arrepentido de haberlo hecho.

—Me había olvidado —dijo Senagaki.

—¿De qué?

De que todo esto había surgido en él aquel día de verano en que había conocido a Mashiki: tener sueños, esperanzas que laten fuerte en el corazón y la ambición de comerse el mundo. Senagaki sonrió y no respondió a la pregunta. Era como si el propio Mashiki hubiera creado a Taichi Senagaki. No había nada que temer. A partir de aquel día de verano, Mashiki estuvo siempre con él. Y tal vez de ahora en adelante también.

Cuando Mashiki abrió la puerta corredera del dormitorio y vio que los bordes de los dos juegos de futones estaban superpuestos, arqueó una ceja y no hizo ninguna alusión al respecto.

—He estado pensando en algo mientras me bañaba. ¿Qué quieres de regalo para celebrar la apertura de tu tienda?

Senagaki estaba sentado rudamente, con las piernas cruzadas sobre su futón, y lo miró expectante.

—¿Lo dices en serio?

—Sí, ¿por qué no?… —En los labios de Mashiki afloró una sonrisa encantadora, pero esquivó hábilmente la mano que Senagaki había extendido. Y a continuación, adoptó un gesto indiferente y descorrió de par en par los paneles traslúcidos que daban al jardín.

La luna estaba en lo alto del cielo. Se veía todo el jardín blanquecino y algo brillante, como si hubiera caído escarcha fuera de temporada. El estanque mantenía su superficie lisa una noche más. Los ciruelos que se erguían más allá del estanque estaban comenzando a abrir modestamente los capullos. Tentado por esa escena, Mashiki salió a la estrecha pasarela exterior y abrió las puertas de cristal. Por un instante tuvo la sensación de que la brisa nocturna olía a la fragancia de la primavera.

—Oye, vas a coger frío. —Senagaki estaba detrás de Mashiki cuando este quiso darse cuenta. Le secó el cabello mojado con una toalla que llevaba colgada del cuello. Senagaki mantenía invariable su manía de tocar el pelo de Mashiki aprovechando cada oportunidad que se presentara. Mashiki soltó una risa ahogada—. ¿Qué pasa?

—Se me ha ocurrido una idea genial. —Mashiki apuntó con un dedo hacia la puerta «Rashomon»—. Te regalo esa camioneta.

Senagaki miró el vehículo que ni siquiera brillaba bajo la luz de la luna.

—Parece que vaya a acabar fuera de servicio a los tres días de la apertura.

—Ojalá que te marche tan bien el negocio. —Mashiki espetó estas palabras mordaces mientras colocaba la cabeza en las manos de Senagaki, quien hizo una mueca.

—¿Y tú qué vas a hacer después de endosarme ese cacharro?

—¿Yo? Ningún problema, ya tengo comprada una camioneta nueva. Me la entregan uno de estos días. Quería dar esta vieja a cambio de un descuento en el precio de la nueva, pero me lo negaron cortésmente.

—¡Vaya, hombre! —Con razón, Senagaki subió el tono—. ¡Y vas tú y me endosas un vehículo casi fuera de uso!

—Quédate agradecido, que aún funciona. Para empezar, ¿tienes algún medio de transporte?

Senagaki enmudeció y se dedicó a secar el cabello de Mashiki. Tenía que destinar todos sus ahorros a los fondos para abrir la librería, así que por el momento no le quedaba ningún margen para comprarse un vehículo.

—Ahora que lo recuerdo, también estaba podrido el tomate que me diste, ¿te acuerdas?

Mashiki, haciendo caso omiso del refunfuño de Senagaki a su espalda, sacó medio cuerpo hacia delante.

—¡Mira eso! —Una silueta iba y venía lentamente a poca profundidad de la superficie del estanque—. Es la primera vez que lo veo… Así que de verdad había un pez.

Senagaki se sorprendió.

—Pero ¿es que nunca lo habías visto antes?

—Para nada, ¿tú sí?

—Sí, aunque solo lo vi con claridad una vez.

Una silueta negra y lúgubre había desaparecido en el fondo del estanque llevándose consigo su culpa… Senagaki contuvo el aliento y observó la silueta oscilante bajo las aguas. Mashiki exclamó expectante:

—¡Ah!, ¿crees que va a saltar?

La superficie del agua ondeó despacio, levantándose en forma de montaña, y un pez apareció en dirección a la luna. Dio un gran salto, como si la luna fuera un agujero en el cielo y por él el pez saliera disparado hacia el mundo exterior. Mashiki y Senagaki dieron un grito de sorpresa. Todas las escamas moteadas de bermellón y plata reflejaron la luz lunar. Las salpicaduras que cayeron del cuerpo del pez evocaron los fragmentos de hielo que se desprenden de un cometa. La enorme carpa *koi*, tras sacudir la cola transparente en el aire, orientó la cabeza hacia abajo en una perfecta línea vertical y regresó suavemente a su propio mundo.

—Por primera vez lo veo… —musitó Senagaki estupefacto.

Mashiki se volvió hacia él.

—Entonces… tú tampoco lo habías visto.

—Que sí, te lo juro, pero en aquel momento…

Le había parecido negro: el color de la culpa. Sin embargo, ¡qué color más vivo el de la criatura que acababa de cruzar por su campo de visión! Sintió que los ojos le ardían de emoción. Abrazó con fuerza por la espalda a Mashiki, que estaba de pie y todavía tenía clavada la mirada en el estanque, hipnotizado. Mashiki se mantuvo inmóvil y, al cabo de un rato, se dio la vuelta tan ágil como un pez entre sus brazos. Cerró las puertas de cristal a sus espaldas y levantó ligeramente la mirada hacia los ojos de Senagaki.

—¿Cuándo abres la tienda?

—Lo tengo planeado para la semana que viene.

—Iré a echarte una mano. ¿Dónde es?

Los paneles traslúcidos del dormitorio se cerraron y el jardín se sumió en un mundo silencioso como la luna. Cuando la última de las ondas en las aguas del estanque llegó al borde y se desvaneció, una apacible noche cayó sobre la Mukyudo.

II
MI PUEBLO EN EL FONDO DEL AGUA

CAPÍTULO 1

Una luz anaranjada se iluminó al final de esa calle estrecha. Tal vez procedía del farol en el portón del palacio Mukyukan. El edificio de ladrillos rojos y de estilo europeo, cubierto de hiedra, estaba a punto de ser enterrado por el paso del tiempo, y la luz que se encendía cada noche era la única prueba de que el inmueble aún tenía vida.

Desconozco el nombre del chico que vive en este palacio. Pero pienso en él más que en cualquier otra persona cercana a mí. Puedo adivinar su silueta entre los árboles del jardín, o su rostro cuando contempla la calle desde una ventana alta. Él no me conoce, pero yo sí a él. Lo conozco y lo observo.

Alguna que otra vez lo anhelo tanto como si adorara a Dios, y otras veces lo estudio absolutamente todo de él como si yo mismo me hubiera convertido en Dios. Él no conoce la faceta de sí mismo que existe en mi mente, ni sabe que se ha convertido en un lamentable chivo expiatorio que va y viene a mi antojo entre el cielo y la tierra a gran velocidad.

Se produjo un ruido en la zona de la biblioteca y descansé la pluma. Al instante, el chirrido de las cigarras volvió a mis oídos y recordé que me hallaba en plenas vacaciones estivales, cuando ni siquiera había actividades en los clubes. Aunque era un día de las festividades budistas Obon[22], me habían avisado de que me entregarían mi pedido de libros. El proveedor debía de haberlo

llevado directamente a la biblioteca sin darse cuenta de que yo estaba en la sala de guardia. Al levantarme para ver qué pasaba, se me ocurrió una idea. Encendí la televisión y subí el volumen al máximo. De esta manera, incluso si me lo cruzara sin encontrarme con él, el repartidor echaría un vistazo a esta sala antes de irse. Retransmitían un partido de béisbol de día que se estaba celebrando en alguna ciudad lejana. Antes de tomarme un té de cebada en un vaso, el hielo ya se había deshecho y el agua condensada en el cristal goteaba sobre el escritorio.

Aprovechando que no había nadie en el instituto esos días, calzaba las tradicionales sandalias de madera incluso en el interior del recinto. Mis pasos repiquetearon en el suelo de linóleo y resonaron por todos los rincones del edificio de hormigón armado. Mientras escuchaba su eco ya familiar a mis oídos, inexplicablemente me descubrí comenzando a sentir cariño por este edificio de material inorgánico en el que estaba a punto de pasarme todo el verano.

Los alrededores de la biblioteca se sumían en un silencio sepulcral y en la penumbra, como si fueran ruinas, en contraste con la luz veraniega del exterior. De una patada eché una cucaracha muerta a un rincón y abrí la puerta de madera. El aire estaba cargado en ese espacio con las ventanas cerradas y olía ligeramente a moho. Miré con atención entre las estanterías, pero no había sombra humana. Pensando que habrían sido imaginaciones mías me dispuse a abandonar la estancia, y en ese momento reparé en un paquete depositado en un extremo del mostrador de recepción. Cuando lo abrí, efectivamente contenía lo que había pedido: unos volúmenes que había extraviado de una colección literaria de obras completas.

Al regresar frente a la sala de guardia, algo me extrañó. No se oía la televisión. Me pregunté si el repartidor estaría en el interior, me asomé sin pensar y vi a un joven intruso. Estaba de pie delante del escritorio dándome la espalda.

—¿Qué estás haciendo? —inquirí.

El hombre se volvió lentamente. Tan pronto como me fijé en

que tenía mi manuscrito en sus manos, sentí arder mis mejillas porque, cuando esbozó una sonrisa atrevida, me pareció que era un estudiante de bachillerato. Me pregunté si pertenecía a este instituto, aunque su cara no me sonaba de nada. Tratando de ocultar mi agitación, extendí la mano despacio.

—Devuélvemelo.

El joven me entregó los papeles con toda naturalidad y se bebió de un trago el té de cebada que estaba en el escritorio sin pedirme permiso siquiera.

—Uf, qué calor… —Aireó su camiseta blanca al soplo del ventilador y, entrecerrando los ojos, se me quedó mirando—. ¿Eres novelista? ¿Alguien popular?

Por lo visto, no era estudiante de este instituto. Me sentí aliviado y me sonreí burlonamente a mí mismo. ¿Un novelista popular estaría de guardia durante las vacaciones de verano? Como no le había respondido, dejó de prestarme atención, se apartó del ventilador y se calzó las deportivas que estaban en el suelo de hormigón de la entrada.

—Has visto el paquete en la biblioteca, ¿verdad? La factura y el formulario de transferencia van dentro, ¿vale? Me han dicho que te enviarán el recibo tan pronto como se confirme el pago.

—Ah, de acuerdo. Así que haces de repartidor. ¿Trabajas a tiempo parcial?

—Bueno, más o menos. —Se deslizó a mi lado y salió de la sala tranquilamente—. Pues hasta la próxima, profesor Sokichi Usami.

—¿Cómo sabes…? —Por reflejo salí disparado al pasillo.

Las placas de asistencia colgaban en la pared lateral de la entrada de personal. Entre todas las que mostraban la cara roja de ausencia, solo mi placa tenía la cara negra en la que estaba escrito mi nombre indicando que estaba localizable en el instituto. El joven dio un golpecito con la punta del dedo a esa pequeña placa de madera como si hubiera adivinado que yo lo perseguiría. No pude hacer más que seguir con la mirada la espalda del joven que había descubierto mi secreto. Durante un rato permanecí petrificado en la entrada como si fuera un viajero desorientado por un apagón en una ciudad

desconocida.

Aun así, no pude evitar acercarme a la librería de viejo Mukyudo. Hacia la hora en que el cielo se tiñe de arrebol y el canto estridente de las cigarras de la tarde *higurashi* se extiende tristemente por el aire como pétalos dispersos, salí del instituto y descendí la colina. Por su falda discurría un estrecho camino agrícola. Siguiendo a lo largo de ese camino en dirección al anochecer llegaría a la Mukyudo. Con la puesta de sol a mi espalda veía mi propia sombra, que se arrastraba largamente por el suelo, y me adentré en la oscuridad. La Mukyudo se ubicaba justo donde el camino agrícola se cruzaba formando una T con la calle que conducía a la estación de tren y a un barrio concurrido. Una librería de viejo construida al estilo de las tradicionales casas de labranza en forma de L, pero rematada con un gusto refinado desde el farol hasta los marcos de las ventanas. Yo era un cliente asiduo porque el librero tenía un ojo experto y, a decir verdad, porque se trataba de la casa de Mashiki Honda.

Abrí el portón de hierro oxidado y, cuando puse la mano en la puerta corredera de la librería que sobresalía hacia el camino agrícola, percibí señales de presencia humana en el jardín. Para avisar de mi visita, rodeé el edificio y, al asomarme por el jardín, vi la espalda de Mashiki Honda bajo un viejo árbol de enorme copa. Contuve el aliento al instante, porque en el crepúsculo reconocí a la persona que estaba de pie cara a cara con Honda. Se trataba del joven que había curioseado mi secreto en la sala de guardia ese día.

¿Se habría chivado a Honda del contenido de mi manuscrito? ¿Le habría contado: «El profesor de tu instituto es un pervertido»? ¿Qué habría respondido Honda?: «Ah ¿Usami? Todo el mundo sabe que está chiflado», y al decir eso ¿habría torcido su rostro de rasgos bien definidos y de tez clara, y sonreído con desdén? Experimenté una conmoción indescriptible y un dulce terror. Un rechazo es siempre dulce. Es el mayor placer para alguien como yo, que solo se atreve a mirar a Honda en secreto.

En cualquier caso, sentía curiosidad por la relación entre él y ese joven. Honda siempre me había parecido un chico indiferente y con aire de adulto. Pero en ese momento le estaba hablando con entusiasmo al joven. A pesar de que no pude captar sus palabras, estaba pidiendo algo en voz ahogada, como suplicándole. Él también tiene sentimientos: ante esa realidad natural, mi corazón se estremeció de una manera extraña.

En el instituto, Honda siempre estaba leyendo libros con calma. Su aspecto físico y su aura silenciosa lo hacían parecer un habitante de un mundo misterioso y lo aislaba de los estudiantes que lo rodeaban. Al menos así se reflejaba a mis ojos. Por supuesto que lo había visto alguna que otra vez charlando alegremente o bromeando con sus compañeros. Pero incluso si estaba con alguien, nunca dejaba ver sus cambios de humor y en apariencia permanecía lejos de los vaivenes del mundo.

Incapaz de reprimir la euforia que me invadía, observé a Honda olvidándome incluso de ocultarme. Recordé una escena de la dama Aoi de la obra de teatro tradicional *noh* basada en el capítulo de *La historia de Genji*[23]. A Aoi no para de acosarla el espíritu de los celos de la dama Rokujo, que es una amante del esposo de Aoi, el atractivo príncipe Hikaru Genji. En cuanto Rokujo se dispone a golpear a Aoi es cuando una oleada de pasión y odio brota bajo su fría máscara. Los espectadores contienen el aliento en ese momento de gran tensión y perciben el remolino de emociones que domina el escenario. Honda, con el aspecto de un muñeco inerte pero con el torrente de la pasión fluyendo por su cuerpo, estaba a punto de revelarse ante mí.

El joven del mediodía estaba de pie apoyado contra el árbol de enorme copa y posó una mano sobre el hombro de Honda, que seguía presionándolo con palabras. Luego levantó la mirada y captó de frente mi imagen. Comprendí por su mirada que él era consciente de que yo llevaba un rato espiándolos. El joven, sin apartar la vista de mí para no permitirme que me diera la vuelta aturdido, se inclinó ligeramente hacia Honda y le susurró algo al oído. Sus ojos fijos en mí revelaron burla y sonrió con arrogancia.

Sorprendido por el susurro del hombre, Honda volvió la cabeza, me vio y recuperó al instante su tez serena como la porcelana. Sin asomo de la fuerza y la pasión con las que se había dirigido al otro joven, me sonrió tan apaciblemente como si no tuviera pulso.

—Discúlpeme. Tenía abandonada la tienda. Mi abuelo aún no ha regresado de la feria. —Honda se separó del hombre y se acercó a mí.

—No, no te preocupes… —murmuré mientras miraba furtivamente al joven que venía detrás de Honda.

Me preguntaba quién sería. Por lo que respecta a la actitud de Honda, parecía no saber nada sobre mi manuscrito. ¿Por qué el joven no se lo había contado? ¿Por qué no revelaba mi secreto? A pesar de que presumía de ser un imperturbable hombre de mundo, apenas debía de tener veinte años. Quizás aún era estudiante de bachillerato. No sería de extrañar que se mostrara ufano por su descubrimiento y que se alborozara por ridiculizarme. Me resultó aún más espeluznante que él guardara silencio.

Honda se dio cuenta de mi distracción y parecía haber adivinado que la causa era la presencia del joven.

—Ah… Profesor, él es Taichi Senagaki. Nos echa una mano en la librería de vez en cuando.

—Ah, ¿sí? —Fui incapaz de responder convenientemente como era habitual en mí, pero el joven me saludó educadamente con una reverencia y dijo en tono circunspecto:

—Nos hemos visto este mediodía, ¿verdad? Qué casualidad volver a encontrarnos. ¿Viene usted a menudo a la Mukyudo?

Mi corazón comenzó a latir desbocado. ¿El tal Taichi Senagaki estaría tratando de tenderme alguna trampa? ¿O estaría insinuándome que haría la vista gorda sobre lo que yo había escrito? Al menos era obvio que se había percatado de algo en la sala de guardia. La mirada de Senagaki manifestaba a las claras que albergaba algún tipo de sentimiento contra mí.

Honda, sin imaginarse esos conflictos emocionales entre Senagaki y yo, mientras abría la puerta de cristal de la librería, dijo con tranquilidad:

—Anda, Senagaki, así que le has entregado su pedido ya.

—Sí, he parado en el instituto de camino aquí.

—¿No te ha costado localizar la biblioteca?

—No. La distribución de todas las escuelas es más o menos igual. Por cierto… —Senagaki bajó la voz. No pude evitar aguzar el oído. Sobresaltado por si Senagaki finalmente revelaría mi secreto, contuve el aliento—. El cuadro que está colgado en la biblioteca es un poco…

Tras escuchar algo en un susurro, Honda se mostró visiblemente enfadado y regañó a Senagaki:

—¡No digas tonterías! —Pero no fue capaz de resistirse y soltó de inmediato unas risas ahogadas que le hicieron sacudir los hombros.

Senagaki lo miró con complicidad y dijo:

—¿Ves? Has pensado en eso también y por eso te ríes. —Mostró una sonrisa traviesa.

Luego se pusieron a ordenar unas pilas de libros que tenían cerca, como si no hubiera pasado nada. Era una actitud tan natural y familiar que apenas podía creer que hubieran estado discutiendo un rato antes. Observé esa escena de hito en hito a través del hueco de las estanterías. Bromeaban por cosas triviales como los niños y se reían. Ante esa nueva imagen de Honda, sentí un mareo similar a un estado de éxtasis. Las facetas del Mashiki Honda que yo conocía hasta ese momento eran solo las de un chico educado pero algo distante en el instituto, y un chico ensimismado escuchando los susurros de libros usados en la librería de viejo. Mientras fingía hojear los lomos de los libros, fantaseé: un tatuaje dibujado con tinta negra que de repente se tiñe de vivo bermellón y el tatuador que seca las gotas de sangre rezumando por la piel…

—Profesor Usami.

Al oír una voz que me sorprendió por la espalda, el libro que sostenía se me resbaló de las manos. El libro abierto extendió un momento sus hojas en el aire y cayó al suelo con un ruido seco. Ni siquiera pude mirar atrás, y solo escruté nervioso al joven que se plantó a mi lado. Senagaki se agachó y recogió el libro en un

calmado movimiento casi elegante.

—¿Mañana también está de guardia? —Mientras devolvía el libro a la estantería, Senagaki clavó una mirada intensa en mi perfil.

Sentí que me brotaba un sudor frío. Mis ojos vagaron por los lomos de los libros alineados en un estante.

—Eh, sí, lo estaré. Porque todos los profesores regresan a su casa natal durante las festividades de Obon, pero yo soy soltero sin padres…

Por supuesto que a Senagaki no le interesaba mi situación personal. Apoyó medio cuerpo en la estantería para ocultarme de Honda, que estaba sentado en el mostrador.

—Profesor, a mí me apetece bañarme mañana, ¿sabes? —dijo cambiando a un trato informal.

—¿Cómo?

Ante mi estúpida reacción, Senagaki ladeó un poco la cabeza y torció los labios. Era una actitud tan parsimoniosa como si una bestia felina estuviera examinando si valía la pena comerse a su presa o no.

—Pienso bañarme, así que cuento contigo —repitió Senagaki para que lo entendiera mejor.

Llegado a ese punto, por fin me di cuenta de que me estaba pidiendo que le dejara usar la piscina del instituto.

—No…, no puede ser. El uso de la piscina durante las vacaciones de verano debe notificarse de antemano. No puedo consentir que un particular la use sin permiso.

—Por eso te lo estoy pidiendo a ti, profesor Usami —dijo Senagaki en tono quedo mientras me clavaba una mirada penetrante.

Sin poder decir nada en contra bajé la vista. No obstante, al menos entendí que Senagaki se aprovechaba de mí con mi secreto como escudo. Al comprender su propósito, el temor insondable que sentía por él se redujo a la mitad. En cualquier caso, en un par de días los otros profesores también volverían al instituto para dirigir las actividades del club. Por mucho que él tramase hacer todo lo que quisiera, no conseguiría gran cosa chantajeando a un profesor de

bachillerato. Y de hecho se había referido solo a la piscina. Sin levantar la mirada, me reí con cierta malicia.

—¡Oyeee, Mashiki! ¡El profesor dice que podemos jugar mañana en la piscina! —anunció Senagaki en voz deliberadamente alta.

Honda, con aire preocupado, descendió del mostrador a la zona de venta que quedaba a un nivel más bajo y se acercó a mí.

—¿Está usted seguro, profesor?

Respondí con mi habitual sonrisa ambigua y abandoné la Mukyudo apresuradamente.

Pero todavía hay obstáculos para apoderarme de ese chico. Son el edificio mismo llamado Mukyukan y la sombra misteriosa que lo visita noche tras noche. La sombra surge elevándose desde la parte trasera del palacio, adopta una figura humana y se introduce con sigilo en el interior a oscuras. El chico y la sombra conversan junto a la ventana durante toda la noche. Y yo, escondido entre los matorrales, irradio mi influencia sobre ellos. Qué maravilloso sería si la sombra se calcinara con mi mirada y desapareciera. Sin embargo, la sombra, consciente o no de que estoy espiándolos, consuela el tedio del chico por todos los medios. Algunas veces le cuenta la historia del cristal de roca que está en el centro de la Tierra, otras veces le hace una adivinación sospechosa con una baraja extranjera. El chico se encariña con la sombra y se entrega por completo a ella. En cuanto a mí, impedido por la gruesa pared de ladrillo del Mukyukan, ni siquiera puedo acercarme a él.

Mis celos oscilan como una llama azul. ¿Cómo puedo alejar la sombra del chico?

Senagaki y Honda aparecieron poco antes del mediodía. Al ver a Honda, que me saludó con una leve reverencia, me tembló la mano con la que entregaba la llave de la piscina a Senagaki. Me pasaba lo

mismo siempre: reaccionaba aturullado a la presencia de Honda y me agitaba de manera embarazosa. Odiaba tanto eso que era el motivo por el que lo encerraba a él en mi mundo de ficción. Era fácil manejarlo en mis fantasías. Allí podía mirarlo todo lo que quisiera e imaginar sus reacciones una a una sin temer nada ni a nadie, pese a saber que mis actos compensatorios me hacían sentir aún más miserable después al volver a la realidad. Como si hubiera adivinado tales pensamientos, Senagaki me invitó:

—Profesor, ¿por qué no te bañas con nosotros? Total, aunque te quedes en la sala de guardia, vas a estar ocioso sin tener nada que hacer.

Tras un momento de vacilación, me convencí a mí mismo de que debía supervisar a los chicos y me dirigí a la piscina detrás de ellos. Por supuesto que podría haber rehusado la invitación. Yo también tengo algo de dignidad. Con todo, esa mínima oportunidad de tener contacto con Honda me resultó más fascinante que quedarme escribiendo una novela desfasada en una estrecha sala de guardia.

Senagaki, haciendo caso omiso a mis protestas, se zambulló en la piscina vestido. La superficie del agua burbujeó durante un rato. Estupefacto, me quedé estático en el borde de la piscina. El sol brillaba deslumbrante y las cigarras, que se habían callado sorprendidas por el estruendo del chapoteo, retomaron su chirrido. Honda, que estaba a mi lado, gritó hacia la superficie del agua que había recobrado la calma:

—¡Senagaki! ¡Sal! —Y bajó la cabeza ante mí—. Lo siento, es que es un tipo excéntrico.

La superficie del agua ante a nosotros se abultó y Senagaki sacó el rostro. Se retiró el cabello mojado hacia atrás con una mano, apoyó los brazos en el bordillo de la piscina y nos miró.

—Un tipo aparentemente serio también puede hacer cosas excéntricas. Ten cuidado, Mashiki.

Honda arqueó las cejas.

—¿A quién te refieres con eso de «un tipo aparentemente serio»? —replicó a su acompañante.

Sin embargo, yo tenía impresa una sonrisa tensa en mi rostro. Era obvio que Senagaki ironizaba sobre mí. Cuando él vio mi gesto nervioso, soltó una risa burlona y cambió de tema rápidamente.

—Por cierto, es una piscina bastante profunda.

—Porque hay una plataforma de salto —explicó Honda.

Senagaki miró atrás como diciendo que se acababa de dar cuenta. Yo también dirigí la vista hacia ella. Una torre negra de hormigón se erguía como si fuera la plataforma de despegue de un cohete espacial hacia la Luna.

Al lado de Honda me senté en el suelo, a la sombra del edificio del instituto que se levantaba a mi espalda. Las hojas de las ramas de los árboles que se extendían ampliamente susurraron a la brisa sobre mi cabeza. Honda estaba contemplando la reflexión difusa de la luz en la superficie del agua y, al cabo de un rato, bajó la mirada al libro que traía.

—¿Y tú no te bañas? —pregunté.

—No se me da bien nadar. Y además el sol me hace daño y me escuece luego.

—Ah, ya veo. —Miré sus brazos y su cuello, que sobresalían de una camisa blanca de algodón.

La sombra oscura de las hojas verdes caía moteada sobre su piel, y mi fantasía del tatuaje del día anterior resurgió en mi mente con viveza. Tuve la sensación de haber cometido un delito con la mirada y la aparté a toda prisa. En la piscina, Senagaki repetía sus buceos con la ropa puesta. El cielo mostraba el color del universo profundo, un añil extraordinario. El contraste con las relucientes nubes de algodón de blanco inmaculado parecía incluso artificial. Cuando solté una risa sin querer, Honda me miró con recelo. Me aclaré la garganta para disimular mi incomodidad, apoyé las palmas en el suelo con la espalda reclinada y miré al cielo.

—Bueno, me parece que esto sí que es realmente verano.

—Sí. —Cerró el libro y también miró al cielo—. Es tan verano que parece mentira.

Honda mantenía las distancias con cualquiera. No tenía las preferencias de trato habituales en los adolescentes, pero en cambio

se mostraba con una amabilidad fría. Ya hacía tiempo que notaba que no estaba muy interesado en las personas. Bueno, no…, esa no es la expresión correcta. Fingía ser indiferente, y por eso era igual de amable y frío con todos. Yo no sabía si él no esperaba nada de los otros desde el principio, o si había renunciado a hacerlo, o acaso no se atrevía acercarse a nadie por temor a algo. Sin embargo, me puse en su lugar, ya que me daba la impresión de que yo tenía algún punto en común con él, pues ambos acabábamos de percibir un matiz de engaño en el cielo transparente de verano.

Si Honda llegara a enterarse de esas ideas mías, sonreiría perplejo. A pesar de todo, su aura no dejaba de atraerme.

Con unos chirridos y traqueteos tremendos, como si alguien sacudiera con violencia las rejas de una celda, se agitó la valla metálica contra la que tenía apoyada la espalda. Sobresaltado, volví la cabeza y allí vi a una chica con un vestido de color carmesí y un chico con el pelo teñido de rojo, de cuya mano colgaba una sandía grande dentro de una bolsa de red.

—Maaashiki, ¿no te bañas? —preguntó la chica mientras presionaba el rostro contra la malla de la valla.

Honda rio y dijo:

—Se te va a quedar marca, Misuzu. ¿Cómo os habéis olido que estábamos aquí?

—No nos lo hemos oliiido. Es que Taichi nos avisó: «Podemos bañarnos gratis, así que venid». ¿Verdad, Hideo? —Miró al chico que permanecía a su lado.

Hideo Goto[24] y Misuzu Toyama, los reconocí de inmediato. Honda y Goto eran de la misma clase, pero no me parecía que fuesen particularmente amigos. Al pensarlo, no obstante, recordé mis días escolares por primera vez en mucho tiempo y caí en que los estudiantes no tenían por qué relacionarse tan abiertamente delante de los profesores.

En silencio, Goto dio la espalda a la valla y se alejó deprisa. Pero de pronto se giró, impulsó la sandía y la lanzó con todas sus fuerzas.

La fruta de verano dentro de la red trazó una hermosa línea parabólica sobrevolando la valla y cayó en la piscina con un chapoteo

sordo.

—¡¡Pero qué diablos haces, Hideo!! ¡¡Si me llega a dar a mí, me matas!! —rugió Senagaki tan pronto como sacó la cabeza del agua.

Impasible, Goto comenzó a trepar por la valla. Toyama hizo lo mismo valientemente, sin preocuparse por la falda del vestido. La valla con su base oxidada osciló con el peso de dos personas, igual que el mástil de un barco zarandeado por la tormenta.

—¡Eh, chi…, chicos! ¡Os vais a caer! La puerta de ahí está abierta…

Nadie prestó oídos a mis palabras. Senagaki, mientras flotaba bocarriba como una nutria marina, gritó a Toyama:

—¡Misuzu, se te ve la braguita!

Honda estaba inmerso en la lectura como si no hubiera pasado nada, sin que nadie reparara en él. Me irrité conmigo mismo, que me estaba dejando llevar sin resistencia por unos adolescentes, y decidí quedarme sentado en el ardiente suelo de hormigón.

—Senagaki, recoge la sandía —ordenó Goto desde la parte superior de la valla y aterrizó en el borde de la piscina casi sin hacer ruido. Luego ayudó a saltar a Toyama sujetándola en brazos con naturalidad.

—Pero ¿qué dices… cuando eres tú quien la ha arrojado? Esta piscina es muy profunda, ¿lo sabes?

—La sandía que se hunde es buena —dijo Toyama como cantando. Tras quitarse las sandalias pateando, gritó—: ¡Ay, cómo quema! —Trotó hasta zambullirse en la piscina.

Ya se me habían pasado las ganas de decirles nada. Su vestido se extendió y osciló mágicamente como una flor abriéndose en el agua.

—¡Jajaja! ¡Mira cómo floto!

—Pareces una medusa —comentó Senagaki tras emerger con la sandía en las manos. Se la entregó a Goto, que estaba esperando en el borde, y preguntó a la chica—: ¿Qué tal? ¿Crees que puedes nadar vestida?

—Sí, perfectamente.

—Bueno, pues aún estamos sobrios. —Cuando Senagaki salió de la piscina por fin, se acercó donde estábamos Honda y yo

mientras escurría el bajo de la camiseta—. ¿Te apetece tomar algo, Mashiki?

—Sí…, un té chino —respondió Honda sin levantar la mirada del libro.

Senagaki me preguntó de paso:

—¿Lo mismo para ti, profesor?

—Ah… Gracias.

—Senagaki, ¿tienes dinero? —preguntó Honda.

Senagaki luchó para hurgar en el bolsillo trasero del vaquero empapado.

—Tengo.

Mientras dejaba huellas oscuras de pasos en el suelo de hormigón blanquecino, Senagaki salió fuera de la valla. Goto había dejado la sandía atada a la escalera de acero inoxidable de la piscina, y en esos momentos estaba nadando de un extremo a otro sin parar. También estaba vestido, pero ya me daba igual. Era absurdo ponerse bañador un día caluroso cuando el agua de la prenda mojada se evaporaba casi en el acto. De repente, recordé la corriente del río claro, una casa vieja y sombría pero bien ventilada, y el murmullo del río que fluía por delante de la casa.

—Mashiki, se me ha olvidado ponerme protección solar, ¿qué hago?

Toyama se acercó a nosotros con los chasquidos de sus pies empapados mientras su vestido chorreante, que se había vuelto de color de sangre, goteaba agua. Apretó con ambas manos su cabello teñido de castaño, tan largo que le cubría la espalda. Honda sonrió, miró a Toyama, que ya estaba saludablemente bronceada, y señaló la sombra a su lado. Ella se sentó obediente y, tras un momento de vacilación, me miró a mí al otro lado de Honda.

—Oye, Mashiki. Es el profesor Usami de Japonés, ¿no?

Honda pareció ahogar la risa, dejó el libro y se recostó contra la valla.

—¿Hablas en serio? Ha sido el profesor quien nos ha hecho el favor de dejarnos entrar aquí.

—Ah, ¿sííí? —interrogó Toyama recelosa—. Profesor, ¿acaso

Taichi conoce algún punto débil suyo? —me preguntó con perspicacia, dando en el quid de la cuestión.

—No, nada. —Me quedé satisfecho conmigo mismo por haber podido responder en tono neutro sin revelar mi agitación. Sabía que los estudiantes murmuraban sobre que yo era un profesor soso. En cambio, devolví la pregunta que me tenía intrigado—: ¿De qué os conocéis?

Honda estaba protegido por una capa de vidrio blindado, y ni mucho menos se lo habría preguntado a Senagaki. Pero se lo pude preguntar a esa chica abierta y sin dobleces.

—¿Que de qué nos conocemos? Ja —repitió la chica en tono burlón—. Por supuesto, somos amigos.

—Pero el compañero Senagaki no es estudiante de este instituto, ¿verdad?

Toyama se rio divertida y Honda sacudió los hombros sin poder contenerse. ¿Qué sería lo que les hacía tanta gracia? Sentí arder las mejillas.

—Lo ha llamado «compañero Senagaki». No le va para naaada, ¿a que no, Mashiki?

—Misuzu, modérate —la regañó Honda, y al verme bajar la mirada incómodo mientras cruzaba las manos, pareció arrepentido de haberse reído y me explicó—: Somos amigos de infancia. Misuzu y yo somos vecinos, Senagaki visita mi casa desde que era pequeño, así que nos conocemos muy bien.

—Y Hideo está con nosotros porque le gusto.

Ciertamente era una chica adorable, pero tenía demasiado desparpajo. No obstante, tal vez Honda estaba acostumbrado a eso, porque bromeó con ligereza:

—A ti también te gusta Hideo, ¿a que sí?

Toyama guardó un silencio forzado, y luego con disimulo rebatió alegremente:

—Nooo, el chico que me gusta es…

—Yo, ¿verdad? —intervino Senagaki, que había vuelto sin que me diera cuenta, y le arrojó a ella una de las latas de refresco que traía en el regazo—. Uno de naranja está bien para ti, ¿no?

—Gracias. —Tras recibir la lata, Toyama la apretó contra su mejilla—. ¡Ay!, qué fresquita.

Senagaki nos entregó una lata de té a Honda y a mí, y mientras tiraba de la lengüeta de su lata de café sin azúcar, se detuvo en el bordillo de la piscina.

—¡Hideo! ¿De qué te sirve desarrollar tanto la fuerza física que ya tienes? Toma tu café.

Goto, que seguía nadando sin aburrirse como si fuese un atún migratorio, se detuvo frente a nosotros. Sin salir del agua se tomó el café de un trago. Llevaba el cabello teñido de rojo, y a menudo faltaba a clase para subir a leer libros en la azotea. A pesar de todo, era brillante en los estudios. Este estudiante se convertía en tema de conversación por uno u otro motivo en la sala de profesores, porque era difícil determinar si era un gamberro o no. Naturalmente, yo nunca había hablado con él en persona.

Honda se puso en pie y se estiró.

—Sal de una vez, Hideo. Se te va enfriar la barriga.

Obedeciendo a Honda, Goto salió de la piscina. Sacudió la cabeza haciendo volar las salpicaduras de agua como un perro de gran tamaño. Se quitó la camisa Aloha blanca estampada de hibiscos rojos, la escurrió de una manera tan descuidada que habría tratado mejor a una bayeta, se la arrojó a Honda y le preguntó:

—¿Quieres que nos comamos la sandía?

Honda miró su reloj de pulsera y asintió:

—Supongo que aún no está fría del todo, pero ya va siendo hora…

Goto desapareció, pero regresó al minuto con un sable de madera colgado de la muñeca. Honda, que estaba tendiendo la camisa Aloha en un alambre que sobresalía de la valla, preguntó asombrado:

—Pero ¿no has traído un cuchillo?

Toyama respondió tranquilamente:

—No pasa nada, Hideo partió con esto incluso la cabeza de un estudiante del bachillerato Oeste.

Me quedé espantado al oírlo, pero Honda se limitó a encogerse

de hombros. En cuanto a Senagaki, estaba tan absorto en cómo apoyar la sandía en el suelo que no reaccionó mientras sujetaba un cigarrillo en los labios.

—¡Se… Senagaki!, eres menor de edad, ¿me equivoco?

—¿Eeeh? —Senagaki levantó el rostro de mala gana y echó el humo con calma—. He repetido curso, así que ya tengo veinte años.

—No se lo crea, profesor —desmintió Honda con serenidad.

Pero sus palabras no sirvieron de nada para rectificar la situación y atravesaron en vano por mi mente.

—Aunque solo he hablado una vez con el profesor, la impresión que tenía de él ha cambiado un poco —comentó Toyama tumbada bocabajo mientras jugaba con la cara sumergida en el agua—. Pero no sé, porque parece introvertido e inaccesible en clase.

—Este profesor es *realmente* introvertido, Misuzu. —Senagaki me miró con una sonrisa maliciosa. Luego pareció perder la paciencia y sostuvo la sandía con ambas manos—. Hideo, la sujeto yo, así que dale con el sable. Pero no me partas la cabeza, ¿entendido?

Con un chasquido sordo, la sandía se hizo añicos. Su jugo y sus pepitas salpicaron a todo lo ancho. Senagaki lamió el jugo rosado que le resbalaba por el brazo y se secó las mejillas con las yemas de los dedos. Goto enjuagó el sable de madera en el agua de la piscina. Esos gestos atentaban contra mi salud mental, por lo que decidí mirar al cielo de nuevo. Las nubes de algodón se habían deshecho arrastradas lastimosamente por el viento, como un globo publicitario. Honda escogió unos trozos de sandía de tamaño adecuado y entregó uno a Toyama, que seguía jugando con el agua, y otro a mí, que estaba desmoralizado. Senagaki y Goto, sentados en cuclillas cara a cara, estaban enfrascados en devorar la roja fruta destrozada.

—Oye, Mashiki. —Toyama, que seguía observando bajo el agua, levantó el rostro.

—¿Sí? —Honda, con la sandía en una mano, se sentó en cuclillas al lado de su amiga. Un intenso rayo del sol cayó sin piedad sobre la nuca de Honda.

—Si hubiera unos edificios hundidos en el fondo del agua, sería divertido, ¿verdad? —dijo Toyama tan entusiasmada como si se le hubiera ocurrido una idea fantástica—. Suponte que hay unas ruinas que se pueden explorar buceando. Se trata de una reproducción de una ciudad que se hundió, con su mobiliario fijado en el suelo. ¡Ah!, puede ser mejor aún un magnífico palacio de estilo europeo, con un ambiente sombrío como si estuviera poblado de fantasmas. Si hubiera una piscina así, yo iría a visitarla.

—¿Tú crees? A mí no me gustaría porque me entraría miedo. Me da la sensación de que me quedaría sin aliento y no podría volver a la superficie nunca más. —Mientras escupía las pepitas de la sandía en la palma, Honda se tumbó bocabajo, igual que Toyama, y escrutó la superficie del agua.

Recordé las crestas de montañas verdes que se me habían quedado grabadas en la mente. Un arroyo que discurría por el valle en el corazón de la montaña. Las casas humildes que se alineaban a lo largo de ese curso. El lugar donde nací, mi pueblo que ya no existía.

—Mi pueblo natal puede que te gustara a ti, Toyama.

Honda y Toyama, que seguían observando el fondo del agua, se volvieron hacia mí. Me pregunté de qué serviría contar eso, pero no fui capaz de detener las palabras que fluían por mis labios. Honda tenía un brillo especial para mí, pero para él yo no era más que un simple profesor de bachillerato. Lo mismo pasaba con el resto de los allí presentes, por supuesto: un simple profesor y unos simples estudiantes. No obstante, todos sus comportamientos de ese día y el sol delirante de verano me paralizaron la razón. Me arrebataron la distancia personal que había logrado mantener hasta entonces y derrumbaron el sólido muro de mi corazón, desbordando el torrente que contenía.

—Se hundió bajo el agua. —Continué—: Era un pueblo pequeño. Y actualmente hay un magnífico embalse construido allí.

—¡¿De veraaas?! —Toyama se incorporó—. Así que eso pasa en la vida real. En ese caso, su casa aún estará en el fondo del embalse, ¿no?

—Así es. —Cerré los ojos—. En un día soleado, si observas desde una pasarela para los turistas parecida a una fortaleza, se ve el pueblo oscilar bajo el agua cristalina y azul. El puente sobre un río estrecho, el buzón de correos rojo delante de la droguería y todas las demás cosas están tal cual, en el fondo del agua. Por supuesto que el tejado de mi casa también.

Cuando abrí los ojos por el ruido del agua, Senagaki y Goto, que habían terminado de comerse la sandía grande, estaban lavando con una manguera de limpieza los residuos. Las pepitas se deslizaban lentas hasta el desagüe por la zona suavemente inclinada. Goto recogió las cáscaras con un cepillo de cubierta y las arrojó al arriate de flores al otro lado de la valla. Senagaki acercó a nosotros la manguera por la que chorreaba el agua. Me echó una mirada rápida, pero no me comentó nada. Toyama se sentó en cuclillas y, mientras se frotaba las palmas bajo el chorro, me dijo emocionada:

—¡Qué pasada! En su pueblo en el fondo del agua, los peces nadan en el cielo en lugar de los pájaros, ¿a que sí?

Senagaki le lavaba con ternura las manos a Toyama. Honda también ponía las manos bajo al agua de la manguera y, con una sonrisa apacible, me preguntó:

—¿De dónde es usted?

—Soy de la prefectura de M.

Senagaki arrastró la manguera hasta donde estaba yo y me quitó el jugo pegajoso de sandía. Honda se puso en pie para comprobar si ya estaba seca la camisa de Goto tendida en la valla y dijo:

—Pero no tiene ningún acento.

—No, desde luego. —Esbocé una sonrisa amarga—. Cuando murieron mis padres, surgió el plan de construcción del embalse, por lo que abandoné el pueblo para ingresar en el bachillerato en Tokio. He pasado más de la mitad de mi vida aquí. Ya se me ha olvidado el dialecto. Tal vez no podría recordarlo ni aunque lo intentara.

—¿No quieres bañarte, profesor? —me preguntó Senagaki de repente.

Mis fantasías fueron interrumpidas y me puse en pie

desconcertado.

—¿Cómo? Yo no… No, gracias.

—¿Y Mashiki?

—Yo tampoco.

—¿No habrá problemas?

—Bueno, todo saldrá bien de alguna manera.

Mientras escuchaba receloso ese diálogo entre Senagaki y Honda, Toyama, que acababa de darle forma al vestido mojado, me sonrió y preguntó:

—Profesor, ¿tiene algo que hacer esta noche?

—Misuzu… —Honda trató de detenerla aturdido.

Pero Senagaki, tras cerrar el grifo, comentó:

—¿Por qué no? De ese modo, nos ahorraremos el trabajo de inmovilizarlo.

Alarmado por esas palabras inquietantes, retrocedí unos pasos. Honda frunció el ceño mientras le entregaba la camisa a Goto, y quiso rebatir:

—Vaya, Senagaki…

Este introdujo cuidadosamente un paquete de tabaco en el bolsillo del vaquero húmedo y dio por zanjado el tema:

—Pues ya está. Hideo, ¿todo listo?

—Sin duda. Ayúdame a transportarlo.

—Oki doki. Entonces, ¿nos piramos de una vez?

Honda me miró preocupado a mí, que estaba atónito. Senagaki recogió el libro del suelo y, tan pronto como se lo entregó a Honda, se puso a caminar deprisa tirándolo del brazo, sin olvidar de recordarme:

—Profesor, que no se te pase echar la llave.

Toyama se calzó las sandalias y se deslizó a mi lado diciendo:

—Volveremos al atardecer, profesor. —Me saludó agitando la mano enérgicamente.

Sin entender nada, di un suspiro y miré la orilla del agua que había recuperado la calma. Por fin, tras sacudir la cabeza, cerré la puerta de la valla y eché la llave.

—¿Mis padres?… —murmuró vacilante el chico tras ladear un poco la cabeza.

Era la primera vez que oía su voz. Esa voz algo ronca arañó suavemente con sus uñas mi tímpano como un gato que juguetea.

—Sí. No está bien que alguien de tu edad viva solo en un palacio tan antiguo como este.

Él agarró con ambas manos las varillas de hierro puntiagudas del portón. El hierro, calentado por las palmas del chico, desprendía un olor a sangre. Yo había tocado el timbre insistentemente y había conseguido que él saliera por la puerta, pero no hizo amago de dar un paso más fuera del portón ni de invitarme a pasar al interior.

—No estoy solo. Y además, si me voy de aquí, la sombra me echará de menos.

—Pero tus padres están ansiosos por verte.

Él parecía emocionado por lo que yo acababa de decirle. Sus ojos, que me captaron de frente por primera vez, oscilaban vacilantes.

—¿Están lejos de aquí?

—Sí, un poco.

—En ese caso no puedo ir. Cuando se haga de noche, si la sombra descubre que no estoy en casa, pensará que la he traicionado. —Bajó la mirada.

Para tranquilizarlo, añadí a toda prisa:

—Se trata de una sola noche. No habrá problema por eso, ¿no?

—Es que no sabes bien cómo es la sombra. —Echó un vistazo por detrás y agregó en tono quedo—: Si salgo de aquí, el estanque se desbordará y todo se hundirá bajo el agua.

—¿Estanque? —pregunté sorprendido.

—Sí, el que está en la parte trasera de la casa.

—Eso es un problema, pero… —Traté de eludir la dificultad e insistir, pero él me interrumpió meneando la

cabeza tristemente.

—Ya no recuerdo bien el rostro de mi madre. —Soltó las varillas del portón, dio un paso atrás y se apartó de mí.

Los nubarrones grises se abrieron, el sol asomó por primera vez en mucho tiempo e iluminó el entorno. La sombra de las varillas del portón cayó silenciosamente sobre el chico y lo atrapó como si fuera una jaula.

Se oyeron unos golpes en la ventana de la sala de guardia y levanté la mirada asustado. Se oían los crujidos de alguien que atravesaba agachado por debajo de la ventana. La estancia se había teñido del arrebol del atardecer sin que me diera cuenta, y mi sombra se extendía por el suelo de tatami. Cuando hube ordenado los papeles y los puse bocabajo, Toyama, que había entrado por la puerta del personal, se presentó alegremente en la sala.

—Profesor, ¿se ha dado cuenta de que he estado dando golpes en la ventana?

—Sí. —Me puse en pie y me calcé las sandalias de madera—. Pero ¿qué es lo que pretendéis hacer?

Al ver a Senagaki y Goto aparecer por la entrada, me quedé sin habla. Colgaba de sus manos una buena provisión de cervezas y sake; se adentraron tan tranquilos por el pasillo con sus zapatos de calle.

—¡Hola, profesor! ¿Sigues escribiendo?

Las palabras burlonas de Senagaki me pusieron furioso.

—¡¿En qué demonios estáis pensando?! Esto es un centro educativo, ¡¿no lo sabéis?!

—Tranquiiiilo. Es que este lugar tiene mejores vistas.

—¿Mejores vistas?

Toyama me entregó a la fuerza una bolsa de aperitivos que traía y me dijo:

—Hoy es el festival de los fuegos artificiales, profesor.

Llevamos una mesa y unas sillas de un aula de la planta superior, y la azotea se convirtió en un mirador especial improvisado de los fuegos artificiales. El largo día de verano estaba llegando a su fin, y el sol se hundía lentamente en el horizonte por el oeste, aunque persistía en emitir un resplandor crepuscular.

Mientras encendía un cigarrillo, Senagaki chasqueó la lengua.

—Vaya fallo. ¿Deberíamos haber traído repelente de mosquitos?

—El edificio tiene tres plantas, ¿eh? Estamos a salvo —respondió Goto.

—Esos bichos alcanzan esta altura como si nada.

Goto encendió su cigarrillo con la brasa de Senagaki y, tras echar el humo, dijo:

—Entonces los ahumaremos.

Yo, condenado a ser su cómplice y con una lata de cerveza en la mano, me preguntaba distraídamente si Honda no iba a venir.

Desde la azotea del instituto, que se hallaba en la cumbre de una colina, se abarcaba toda la ciudad. El interior de las casas estaba iluminado y se disponía a empezar una noche serena de verano. Sin embargo, la ciudad presentaba cierto aire alborozado. Las calles relumbraban por las luces traseras rojas de los coches, que a su vez eran absorbidas por los focos del estadio municipal, cuya luz blanca emergía bajo el cielo nocturno.

Toyama permanecía de pie en la base de la valla y su cabello ondeaba a la brisa. Por supuesto que se había cambiado la prenda mojada, y en ese momento llevaba un pantalón pirata ceñido y calzaba unas sandalias más pequeñas que las del mediodía y con tacones.

—Hideo, ¿tu casa cae por allí? —señaló extendiendo un brazo esbelto.

Goto se puso al lado de Toyama y respondió:

—Sí, aquel bloque blanco.

—Vaya, la casa de Hideo está más cerca. —Senagaki abrió su segunda cerveza y tomó un sorbo—. Haberlo montado allí.

—No vale. —Goto señaló el lugar por un instante con la mano que sostenía la cerveza—. Está justo detrás del edificio marrón del

otro lado, conque no se ve el estadio.

Senagaki dejó caer la colilla en la lata vacía y dirigió la mirada hacia la puerta de acceso a la azotea.

—Cómo está tardando Mashiki.

En ese momento, la pálida luz del fluorescente de la planta baja alumbró el exterior. Nos callamos de inmediato. La luz iluminó la superficie del agua de la piscina que se extendía a lo largo del edificio del instituto.

—¿Lo veis? —Surgió la voz de Honda en la parte inferior.

Goto y Toyama miraron abajo, casi sacando medio cuerpo. Senagaki se aferró a la valla y, contagiado por él, hice lo mismo. Honda miraba hacia la azotea sacando el rostro por una ventana de la planta baja y nos preguntó:

—¿Os habéis dado cuenta de que las luces se han encendido?

—Sí, en el acto —respondió Goto.

Senagaki apremió:

—Sube ya, Mashiki. Va a comenzar dentro de nada.

Honda traía dos farolillos, grandes bolsas de basura transparentes e inciensos antimosquitos. Hábilmente ató con un alambre varios inciensos a la valla, dejó rodar en el suelo los farolillos encendidos a sus pies y comenzó a sobreponer una bolsa de basura tras otra para reforzarlas.

—Dejad en estas bolsas las botellas y las latas cada vez que las vaciéis, y la basura también, ¿de acuerdo?

Los otros tres chicos, sentados en sus respectivas sillas, escuchaban divertidos las instrucciones de Honda, quien continuó:

—Y las colillas. Usad una lata a modo de cenicero, y si llegara el caso, metedla enseguida en una bolsa.

—¿Si llegara el caso? ¿Qué…, qué quieres decir? —pregunté. Todos me miraron a la vez, pero sin decirme nada volvieron la vista hacia Honda—. Un momento…, ¿qué significa eso?

Llegados a ese punto, por fin me di cuenta de que todos iban vestidos con ropa oscura, a diferencia del mediodía. Honda prosiguió:

—Si se enciende una luz en algún lugar del edificio, repararemos

de inmediato en ella por el reflejo de la piscina, como antes. En el caso de que alguien se adentre en el edificio sin dar la luz, se producirá un campanillazo de latas y cascabeles. Bueno… Eso espero.

—¿Cuántas has instalado?

A la pregunta de Senagaki, Honda se quedó pensando un momento y respondió:

—En ocho puntos, creo. Tropezará en alguno de ellos sin remedio.

—Habiendo tantos, estamos seguros. —Senagaki se recostó en la silla arrogante—. Después de todo, la ciudad entera está pendiente del estadio. Apenas hay nadie que se vaya a fijar en el humilde banquete que se está celebrando en la azotea del instituto en la colina a sus espaldas.

—De todos modos, llegado el caso, actuaremos tal como hemos acordado —reiteró Honda.

Todos asintieron. Casi hice lo mismo, pero caí en la cuenta de que no me estaba enterando de nada y pregunté desconcertado:

—No lo he entendido muy bien. Pero ¿qué es lo que pretendéis que haga yo?

—Si prefieres estar atado y tendido en la sala de guardia, así lo haremos ahora mismo —dijo Senagaki medio en broma—. Bueno, de momento bebamos.

Como si las palabras de Senagaki hubieran sido la señal del comienzo del espectáculo, los focos del estadio se apagaron, los primeros fuegos artificiales brillaron como una supernova y se dispersaron por el cielo nocturno. Dimos gritos de alegría, brindamos entrechocando las latas de cerveza y tomamos los aperitivos colocados en fila en la mesa. El alcohol, que estaba algo tibio, me caía despacio al estómago, dando la sensación de que me acariciaba la garganta.

Cuando quise darme cuenta, las sillas estaban volcadas y nosotros, bajo los efectos del alcohol, sentados o tumbados

directamente en el suelo mientras contemplábamos los fuegos artificiales multicolores. ¿A quién se le habría ocurrido por primera vez abrir flores de fuego en el cielo? ¿Ese alguien se sorprendió al ver las flores abiertas en el cielo nocturno? Recordé los fuegos artificiales de mi pueblo natal que había visto a través de una botella de *ramune*[25]. Dentro del estrecho espacio de vidrio, las chispas habían dibujado unas curvas distorsionadas y desaparecido. Honda me ofreció un sake envasado en un frasco de vidrio. Tras darle las gracias y cogerlo, sostuve el frasco lleno del líquido transparente a la altura de los ojos. Los fuegos artificiales se fundieron dentro de él al igual que aquel día lejano.

—Misuzu, cásate conmigo. —Goto se puso en pie con determinación y se acercó a Toyama, que permanecía junto a la valla.

A pesar de que él había estado vaciando latas o botellas una tras otra a una velocidad espantosa, su pronunciación era tan clara que no dejaba traslucir el efecto del alcohol. Ante ese comentario repentino, levanté la mirada del frasco de sake que mantenía inclinado hacia los labios, pero Senagaki y Honda sentados a mi lado estallaron en risas, batiendo palmas.

—¡Ya empezamos! ¡La declaración favorita de Hideo! —exclamó Senagaki.

—¡Animo! —lo alentó Honda.

Goto levantó la mano derecha un segundo y refrenó las voces de la audiencia. Toyama, por su parte, en un tono igual de sobrio, respondió con actitud relajada:

—Sí, sí, lo haré cuando los seres vivos puedan vivir en la Luna.

—¿Qué tiene que ver el matrimonio con la migración a la Luna? —protestó Goto.

—Entérate, que te acaba de decir que no indirectamente —se apresuró a burlarse Senagaki.

Me había dejado engañar, pero al final caí en la cuenta de que ellos estaban borrachos.

—Este Hideo no escarmienta nunca. —Honda se tendió bocarriba. Extendió bruscamente los brazos como tratando de

expulsar el calor del alcohol.

—A Misuzu le gustas tú, Mashiki. —El tono de Senagaki era sereno.

Observé por el rabillo de ojo la reacción de Honda. Este, inmóvil, clavaba la mirada en el cielo oscuro.

—¿Y qué, Senagaki? ¿Qué quieres que haga yo? —Honda se incorporó.

Sentí el enojo de Honda, inesperadamente intenso, en su voz ahogada. Contuve el aliento y espié las señales de esos dos chicos a mi lado. Senagaki no respondió nada. La punta de su cigarrillo irradió un punto rojo que se fundió en la noche. Honda dio un suspiro.

—Senagaki, ¿de verdad que no piensas ir a la universidad cuando incluso el señor Umehara lo está lamentando?

—Ya tengo decidido el trabajo que debo hacer. No tengo necesidad. —Mientras dejaba caer la colilla en la lata, Senagaki parecía forzar una sonrisa—. Pero tú será mejor que te tomes tiempo para reflexionar sobre qué haces.

Tras haber escuchado esa conversación que parecía seguir su curso habitual, pensé que eso era sobre lo que habían estado discutiendo en el jardín de la Mukyudo. Al mismo tiempo no pude ignorar la incomodidad y la discrepancia que existían entre ellos. Era como si tuvieran dificultades en alcanzar el lugar donde habían surgido los gritos en la oscuridad, o como si fueran conscientes de tener una herida en alguna parte del cuerpo, pero les costara localizarla. No pude adivinar si esa frustración y esa irritación que sentían se debían a su juventud o a algo más. Lo único que pude hacer fue levantarme y acercarme a la valla para no interferir en la comunicación implícita entre ellos, que medían la distancia de uno al otro en silencio.

Tal vez se estaba acercando el final del festival. Los fuegos artificiales, de magnífico diseño, eran lanzados ininterrumpidamente. Cuando un cohete trazó un círculo perfecto, del cual llovió una multitud de hilos de luz blanca como las largas ramas de un sauce, soltamos gritos de admiración similares a

quejidos. Su resplandor se desvaneció fugazmente antes de tocar el suelo. En un intervalo de calma, mientras saboreábamos ese regusto placentero, nos sorprendieron los rayos que volaban en todas las direcciones con unos silbidos rugientes. Su imagen con la larga cola de luz revoloteando en el cielo nocturno era tan deslumbrante como un ave fénix. Toyama devoraba con la mirada esas estelas y murmuró a nadie en particular:

—Algún día iremos todos juntos… a visitar el pueblo del profesor donde vuelan los peces como pájaros.

Se produjo un zumbido en mis oídos, los estruendos de los fuegos artificiales se desvanecieron convirtiéndose en el murmullo del río. Mi casa queda a la izquierda después de cruzar el puente. El perro blanco siempre está junto a la entrada vigilando fielmente el ir y venir de los transeúntes. Una colina se yergue justo detrás de la casa, y mi madre recolecta hortalizas tranquilamente en un estrecho campo de cultivo. Cuando suena la sirena que anuncia el atardecer, mi padre, que trabaja en la montaña, regresa a casa acompañado del perro negro. Mi pueblo bajo las aguas del embalse.

Cuando volví a la realidad, todos estaban mirando absortos el cielo sobre el estadio casi presionando la cara contra la valla. Iluminados por los fuegos artificiales que se lanzaban en abundancia sin tregua, los rostros de los jóvenes se fueron tiñendo de rojo, amarillo y azul. Toyama aplaudía exultante. Yo también. Mis aplausos no llegarían a los pirotécnicos que trabajaban en el estadio bajo la lluvia de chispas, pero aplaudí sin parar hasta que mis palmas casi se durmieron como si fuese un muñeco con la cuerda rota.

«Sufro, pero no porque esté triste, sino porque tengo recuerdos. Las cosas inolvidables me atormentan sin cesar. —Tuve que reconocer esa verdad a estas alturas de la vida, y sonreí levemente—. Entonces, no tendré más remedio que sobrellevar esa sensación de ahogo para siempre, porque no quiero olvidarlas».

En el cielo ya solo permanecía el humo blanco, y el eco de los aplausos y el olor a pólvora llegaron arrastrados por el viento hasta donde estábamos.

—Aaay, qué pena. Se acabó —se lamentó Toyama mientras se

arqueaba hacia atrás para estirar la espalda.

—Justamente el alcohol también se nos ha terminado. Ha sido bastante entretenido, la verdad. —Senagaki arrojó la lata que le servía de cenicero a la bolsa de basura y echó un vistazo a su alrededor—. No hemos dejado nada, perfecto.

En ese momento, estalló un estrépito al volcarse algo en la distancia, y a continuación resonó la alarma de emergencia aumentando nuestro susto. Dimos un respingo y nos miramos el uno al otro.

—Frente a la escalera norte de la planta baja. —Goto, con los ojos cerrados, identificó con calma de dónde provenía el sonido.

Los movimientos de ellos a continuación fueron ágiles. Senagaki recogió los farolillos y arrojó uno hacia Goto. Toyama se descalzó y me endosó sus sandalias. Ante mi desconcierto, Goto y Toyama treparon por la valla y se pusieron en pie al borde de la azotea.

—¡Chicos, no! ¡Os vais a caer! —grité.

Honda corrió, abrió la puerta de la azotea de par en par y me llamó:

—¡Profesor, venga para acá!

Sin comprender la situación, simplemente respondí en un acto reflejo a sus palabras. Corrí escopetado hacia Honda junto a la puerta, a pesar de estar preocupado por Goto y Toyama a mi espalda. Honda parecía aguzar el oído ante los pasos alterados que se mezclaban con la estridencia de la alarma.

—Es una persona. Qué lento. Hideo, espera hasta que se acerque un poco más.

Mientras tanto, Senagaki infló la bolsa de basura, llenándola de abundante aire, y la cerró atando con firmeza el otro farolillo restante. Miró a Honda, que levantó un poco una mano para hacer señas y ordenó:

—Adelante, Hideo. Ten cuidado de no quedarte colgado de un árbol.

Me tapé la boca con las manos sin siquiera soltar las sandalias de Toyama. Goto, con el farolillo en una mano, saltó primero. Al mismo tiempo que se produjo un chapoteo sordo, Toyama también

se lanzó al vacío sin dudarlo. De nuevo se oyó un chapoteo. Los pasos se habían acercado tanto que ya podíamos oírlos claramente; se detuvieron.

—¡Eh! ¡¿De qué curso sois?! ¡Quietos! —Se oyó gritar a alguien, al parecer desde una ventana que daba a la piscina.

—Es el subdirector —declaró Honda impasible—. Tiene una voz inconfundible.

Mi corazón ya hacía circular la sangre a toda velocidad por mi cuerpo, y casi me dolían las venas de la espalda y los brazos por la asfixia y la tensión. Senagaki levantó la voz hacia Honda:

—¡Espabila! ¡No te quedes atrás!

Reaccionando a esa voz, los pasos que parecían vacilar en si perseguir a las dos personas que habían saltado a la piscina se precipitaron furiosamente hacia nosotros en la azotea. Senagaki urgió en un susurro:

—Mashiki, date prisa, en serio. —Con la bolsa de basura inflada en una mano, cruzó la valla y miró hacia nosotros mientras recibía la brisa que soplaba desde abajo.

Honda me dio instrucciones aceleradamente:

—Verá, profesor. Espere el momento oportuno y salga disparado a la azotea gritando, por ejemplo: «¡Eeeh, chicos!», haciendo sonar este cacharro que está a sus pies. —Nada más decírmelo, vi que un cordón con latas y campanillas atadas estaba atravesado en el pasillo junto a la salida a la azotea—. Después será suficiente con que explique que acaba de acudir porque ha notado señales de presencia humana mientras veía los fuegos artificiales desde un aula. Confío en sus dotes interpretativas, profesor. —Honda sonrió ampliamente.

—¡Honda!

Apenas me hizo un gesto con la mano para que no lo llamara por su nombre y, sin volver la cabeza, corrió hacia Senagaki, al otro lado de la valla. Senagaki soltó la bolsa de basura con el farolillo puesta. La bolsa cayó con lentitud, como si fuera una escena de un sueño. Guiados por esa luz, Honda, que acababa de cruzar la valla, y Senagaki saltaron de la azotea a la vez. Olvidándome incluso de

pestañear, observé en vilo el instante en que las puntas de sus pies se despegaban del borde de hormigón. Sus siluetas se quedaron grabadas en mi mente con total nitidez en forma de fotografías en ráfaga, como si fueran imágenes proyectadas por una linterna mágica. En ese momento cambió la velocidad del paso de tiempo para mí. Sus blancas manos revolotearon en el vacío oscuro.

Se produjeron más chapoteos, uno detrás de otro, y fui devuelto a la realidad. Tan pronto como embutí las sandalias en los bolsillos del pantalón, representé el papel asignado según la dirección de Honda.

El chico finalmente me invitó a pasar al interior del portón. Eufórico, pisé despacio la tierra mullida creada por el cúmulo de las hojas muertas del jardín y palpé los ladrillos de la pared del sólido palacio por la que trepaba la hiedra. Contemplé el estanque de aguas turbias en la parte trasera y dije exageradamente que, fuera cual fuese el motivo, no estaba nada bien que el chico estuviera solo en un lugar tan deprimente. Él me siguió obediente en silencio.

Sin embargo, eso fue hasta el atardecer. Cuando el sol comenzó a caer, el chico se puso nervioso e intentó expulsarme fuera del portón.

—Pronto aparecerá la sombra a través del estanque. —Sus ojos reflejaban elocuentemente la ansiedad y la alegría que sentía.

Le sugerí más de una vez que enterrásemos el estanque para bloquear el camino de las visitas de la sombra. Le expliqué que de ese modo él tendría toda la libertad y su mundo se ampliaría. Pero no hubo forma de que accediera.

—Ni por un momento he pensado en huir de la sombra ni en separarme de ella —dijo el chico impasible mientras cerraba su jaula de hierro delante de mis ojos—. Adiós, hasta mañana.

El portón se cerró a cal y canto, y llegó la noche de nuevo. La luz solitaria del farol del Mukyukan se difuminó quedamente en la oscuridad.

Empujé el portón oxidado de la Mukyudo y descorrí la puerta de cristal. Honda estaba sentado en el mostrador, levantó la mirada de un libro y me dio la bienvenida:

—Buenos días.

No había más clientes en la tienda. Me acerqué al mostrador con pasos apresurados y le entregué una bolsa de papel que asía en la mano. Honda, tras echar un vistazo al contenido, sonrió de oreja a oreja.

—Gracias. Se las devolveré a Misuzu —me dijo—. Profesor, ¿le gusta la calabaza?

Asentí con timidez, como de costumbre. Honda descendió del mostrador, me adelantó, salió de la librería y me invitó a pasar al huerto bajo el árbol de enorme copa. Se trataba del mismo lugar donde había estado discutiendo con Senagaki. Me pareció haber presenciado esa escena en mi vida anterior. En el huerto, una variedad de hortalizas, como berenjenas, tomates y pepinos crecía desenfrenadamente. En efecto, en el suelo rodaban unas calabazas algo deformes pero apetitosas. Honda se agachó para elegir una, pero cuando vio entrar a un cliente en la librería, se levantó y rodeó la casa.

—¡Senagaki! ¡Senagaki! Atiende la tienda un segundo, por favor.

Mientras me preguntaba distraídamente si había un jardín trasero, apareció Senagaki.

—¿Has avanzado con tu novela, profesor? —se atrevió a preguntarme como si nada.

Yo estaba paralizado por la agitación. Senagaki me estuvo mirando de soslayo mientras cortaba al buen tuntún una calabaza de su zarcillo con unas tijeras de podar que traía sujetas entre las vueltas del cinturón. Me endosó el fruto y se dirigió a la librería.

—Vaya, no sé si ha elegido bien… ¿Le gusta esta? —Preocupado, Honda dio golpecitos a la calabaza que yo sostenía en brazos.

—Sí…, gracias. Estupendo.

¿Desde cuándo Senagaki estaba enterado de que se trataba de una novela? ¿Sabría incluso el argumento? ¿Y si Honda, no solo

Senagaki, se había aprovechado también de mí? Me aplastaron varias dudas como la descarga de agua de un embalse. Tras desbordarse y vaciarse, solo los recuerdos de un día de verano permanecieron refrescantes.

—Profesor, ¿se dio cuenta en la azotea? —Quizás Honda también estuviera recordando el mismo momento, porque prosiguió serenamente como si confesara—: Yo… soy un cobarde que se angustia solo de recordar lo que no he podido conseguir. Usted trata de recuperar de alguna manera lo que ha perdido, pero yo no. No puedo hacerlo porque tengo miedo.

—Lo dudo… Pero si ese fuera el caso, es posible que aún no hayas perdido nada irrecuperable, porque todavía eres muy joven. —Honda meneó la cabeza débilmente. No pude comprender si eso significaba que no estaba de acuerdo o que no estaba seguro—. Aunque también puedo suponer lo siguiente de tus palabras: que sabes muy bien lo que te importa y prestas la máxima atención a no perderlo. Y por eso no has perdido nada tan importante que no puedas recobrar.

—Profesor, ¿qué tipo de historia será la próxima? —me preguntó Honda en tono apacible—. Me gustó el relato que transcurre en ese pueblo suyo que se hundió bajo el agua. ¿No piensa escribir sobre él?

—Sí… Bueno, no sé si será el próximo. Pero algún día escribiré sobre vosotros.

—¿Sobre lo que ha ocurrido este verano?

—No…, sobre vuestro futuro.

Honda se rio.

—Buena idea. Este verano es un secreto exclusivamente nuestro. Escriba sobre lo que va a ser de nosotros, por favor. —Una ráfaga de viento, que traía los signos del otoño, sacudió violentamente las amplias ramas del viejo árbol—. Si es posible…, un futuro en el que podamos estar juntos mirando las mismas cosas para siempre.

Honda no había especificado junto a quién. No había necesidad. El día cumbre del verano de sus diecisiete años hablaba por sí solo.

III
Cosas sin nombre

CAPÍTULO 1

Cuando Taichi Senagaki visitó la Mukyudo como de costumbre, Mashiki Honda, sentado en el mostrador con una mejilla apoyada en la mano, parecía estar sumido en sus pensamientos[26].

—¡Hola, Mashiki!

—¿Quieres algo de mí? —respondió Mashiki secamente.

—Ay, por favor. ¿Acaso te has vuelto chocho tan pronto? Habíamos quedado en ir hoy al festival del santuario. He estado esperándote con paciencia junto al arco de la entrada, pero no has aparecido y por eso he venido a buscarte.

—Uy, es verdad… —Mashiki se puso en pie mientras obviamente andaba con la cabeza en otra parte—. Voy un momento a cerrar las puertas de la vivienda.

Senagaki miró el interior de la librería y revisó las estanterías. Por lo general, Mashiki se despistaba de ese modo después de hacer un negocio que no le convencía. Los libros usados que Mashiki amaba, con su ligero olor a polvo, estaban alineados silenciosamente en las estanterías un día más. No había nada raro, a excepción de unos huecos en algunos estantes. Era algo inusual en Mashiki, que reponía y recolocaba los libros escrupulosamente. Senagaki sacó del bolsillo un paquete de tabaco y sostuvo un cigarrillo en los labios sin encenderlo.

Mashiki regresó enseguida de su ronda por la vivienda. Sin reparar en el cigarrillo de Senagaki, se disculpó:

—Siento haberte hecho esperar. ¿Nos vamos? —Se calzó las

sandalias de madera.

Senagaki se extrañó de la actitud de su amigo.

Caminaron juntos por la calle al atardecer. Medio paso detrás de Mashiki para que el humo del tabaco no le molestara, Senagaki preguntó:

—¿Te ha sucedido algo?

Mashiki volvió la cabeza ligeramente. Senagaki se agachó por acto reflejo, apagó el cigarrillo contra el suelo y se guardó la colilla en un pequeño sobre de papel de parafina hecho por él. Una vez seguro de que su amigo no tenía nada de qué quejarse de él, se alineó junto a Mashiki.

—Los amantes de los libros —Mashiki comenzó a hablar— tienen un fuerte deseo de posesión, dicen.

—Ah, ¿sí?

—¿Lo sabías?

—No lo sé —respondió Senagaki con cierta agitación, preguntándose si su amigo quería ponerle a prueba.

—Yo sí —afirmó Mashiki—. La verdad es que me gustaría conservar todos los libros en la tienda para siempre, y por eso se me desgarra el corazón porque tengo que ponerlos a la venta para su propia felicidad. Me siento como un hombre al que le encantan las mujeres, pero que se ha convertido en el dueño de una casa de *geishas*.

—Bueno, creo que ese ejemplo no viene precisamente al caso —replicó Senagaki—. Pero ¿adónde quieres ir a parar con todo eso?

Se hizo un silencio sepulcral entre ellos durante un rato. Los alrededores de la arboleda estaban envueltos por la penumbra, a través de la cual se vislumbraban farolillos de papel iluminados por sus llamas rojas y se oía una tenue música festiva que resultaba melancólica pero hermosa. El aire tibio humedecía la piel.

Mashiki, tras dar un leve suspiro, comenzó a relatar con determinación lo que le había sucedido:

—Hay un hombre que viene a menudo a vender libros a la Mukyudo. Quizás tenga cuarenta y tantos años. Siempre va vestido de forma impecable. Nunca me ha comprado libros, pero todos los

que trae son interesantes y excepcionales.

—Es un buen cliente, ¿no?

—Sí. Yo se los compro siempre a un alto precio. Pero el otro día me di cuenta… de que los quince volúmenes que el hombre había traído eran exactamente iguales a los que estaban expuestos en una estantería de la librería de viejo Asuka, de Jinbōchō.

—¿Qué significa eso? —Senagaki escrutó el rostro de Mashiki.

Mashiki bajó un poco la mirada e hizo resonar los pasos de sus sandalias de madera.

—«Tal vez ha venido a venderme los libros que compró en la librería Asuka», así traté de convencerme, a pesar de saber que era casi improbable que hubiera comprado de una vez y al completo los quince libros del estante.

—Ese individuo está vendiendo libros robados, ¿verdad?

—Sí. Él mismo ha vuelto hoy a vender libros. Se los he comprado fingiendo no saberlo, y luego lo he estado vigilando atentamente mientras él andaba mirando los volúmenes de mi tienda. Detrás de una estantería, ha embutido hábilmente unos diez tomos en una bolsa de tela negra.

—Vaya, qué desfachatez. —Senagaki decidió fumar de nuevo para calmar su indignación. Pero en esta ocasión Mashiki hizo la vista gorda a que fumara—. Así que roba libros en varias librerías de viejo y vive de revenderlos en otras. Qué truco más mezquino y sucio. Mashiki, ¿qué has hecho con ese tipo? ¿Lo has denunciado a la policía?

Mashiki negó con la cabeza.

—He bajado del mostrador y le he ordenado que devolviera los libros a la estantería. Y lo he echado a cajas destempladas advirtiéndole de que no volviera a aparecer nunca más.

—¿No has sido demasiado indulgente?

—Mañana iré a la feria e informaré a todos los colegas del aspecto de ese hombre, también del nombre y la dirección que él escribe cada vez en el libro de registro, aunque posiblemente sean falsos. Con eso, al menos, ya no podrá hacer sus *negocios* en Tokio y alrededores.

Como se trata de un sector minoritario, los rumores negativos se extienden rápidamente, ya sea sobre las librerías o sobre los clientes. El hombre que trata los libros usados como un simple objeto de intercambio recibe de inmediato un contraataque del gremio del libro antiguo. Es expulsado por siempre jamás y nunca vuelve a aprovecharse.

—Senagaki, me da rabia —murmuró Mashiki— haberme dejado engañar como un estúpido. Pero es más que eso: en el momento en que los libros de mi tienda han sido embutidos en la bolsa, me he sentido enormemente herido. Y me ha sorprendido mucho sentirme así de afectado.

Senagaki echó el humo y con la mano en la que no sostenía el cigarrillo le dio unas palmaditas en la espalda.

—Es lógico que te hayas sentido herido, has sido testigo del robo de tus amados libros.

—Los libros que están en la Mukyudo no son de mi propiedad en el sentido exacto. Solo los conservo hasta que llegan a manos de las personas dignas de tenerlos. A pesar de que siempre he tratado de convencerme de eso, me he dado cuenta de que estoy tan apegado a ellos que me he quedado asombrado de mí mismo.

—Queramos o no, la verdad es que tanto tú como yo somos presos de los libros. —Senagaki sonrió con amargura.

Vieron el *torii*, el tradicional arco rojo a la entrada del santuario, y la capilla, y comenzó a oírse el murmullo de la multitud, parecido a un susurro de la arena al deslizarse. Senagaki introdujo la colilla en el cenicero rojo instalado poco antes de llegar al arco y dijo:

—Mira, por allí viene Misuzu.

Misuzu Toyama se acercó corriendo hacia ellos por el camino de acceso a la capilla abarrotada de gente. Iba seguida por Hideo como si este fuese su fiel vasallo, quien llevaba una variedad de cosas colgadas de las manos: un paquete de tallarines fritos *yakisoba*, una manzana caramelizada, un yo-yo y algo parecido a un premio obtenido en un puesto de tiro.

—¡Mashikiii, llegas tarde! ¿Qué estabas haciendo? Nunca sales a menos que Taichi te vaya a buscar. Si sigues así, tarde o temprano te

acabarás convirtiendo en polvo con los libros usados de tu tienda, te lo aseguro.

Mashiki no se atrevió a mencionar que se había olvidado incluso de la promesa de ir al festival y se disculpó:

—Perdona, es que los clientes no se iban.

Misuzu le tiró del brazo y lo condujo al camino de acceso a la capilla, flanqueado por una variedad de puestos.

—Mashiki, eres bueno para la pesca de peces de colores[27], ¿verdad? He visto uno rojo muy bonito, pero Hideo no lo captura porque apunta solo a los peces telescopio.

—No me apetece. Temo que el comerciante se desespere conmigo y se ahorque.

—Cómo presumes —se rio Misuzu—. Te regalo una manzana caramelizada y me lo pescas, por favor.

Hideo, sin perder tiempo ofreció la manzana caramelizada a Mashiki. Este recibió de mala gana la fruta roja recubierta de azúcar derretido.

—¡Venga, vamos! ¡Rápido!

Misuzu casi se puso a trotar, Hideo la persiguió. Mashiki y Senagaki fueron detrás de la pareja con calma mientras echaban un vistazo a los puestos uno a uno.

—¿Te importa si paso la noche en tu casa? —preguntó Senagaki, expectante.

Cuando Mashiki respondió que no le importaba, Senagaki compró de inmediato un sake envasado en frasco de vidrio, porque había decidido beber todo lo que quisiera.

—A decir verdad, Mashiki, antes te he mentido un poco.

—¿Sobre qué?

—En realidad, soy consciente de tener un fuerte deseo de posesión y un fuerte apego. Quiero acariciarlo y saborearlo mucho tiempo, jurándome que no se lo cederé a nadie. Eso es lo que pienso siempre.

Al escuchar ese comentario, Mashiki, que justo estaba mordiendo la manzana caramelizada, hizo una mueca, tal vez porque la golosina estaba demasiado dulce. Se oyó a Misuzu

exclamar:

—¡Se ve la luna!

Cuando alzaron la vista, un círculo perfecto y blanco colgaba en el cielo.

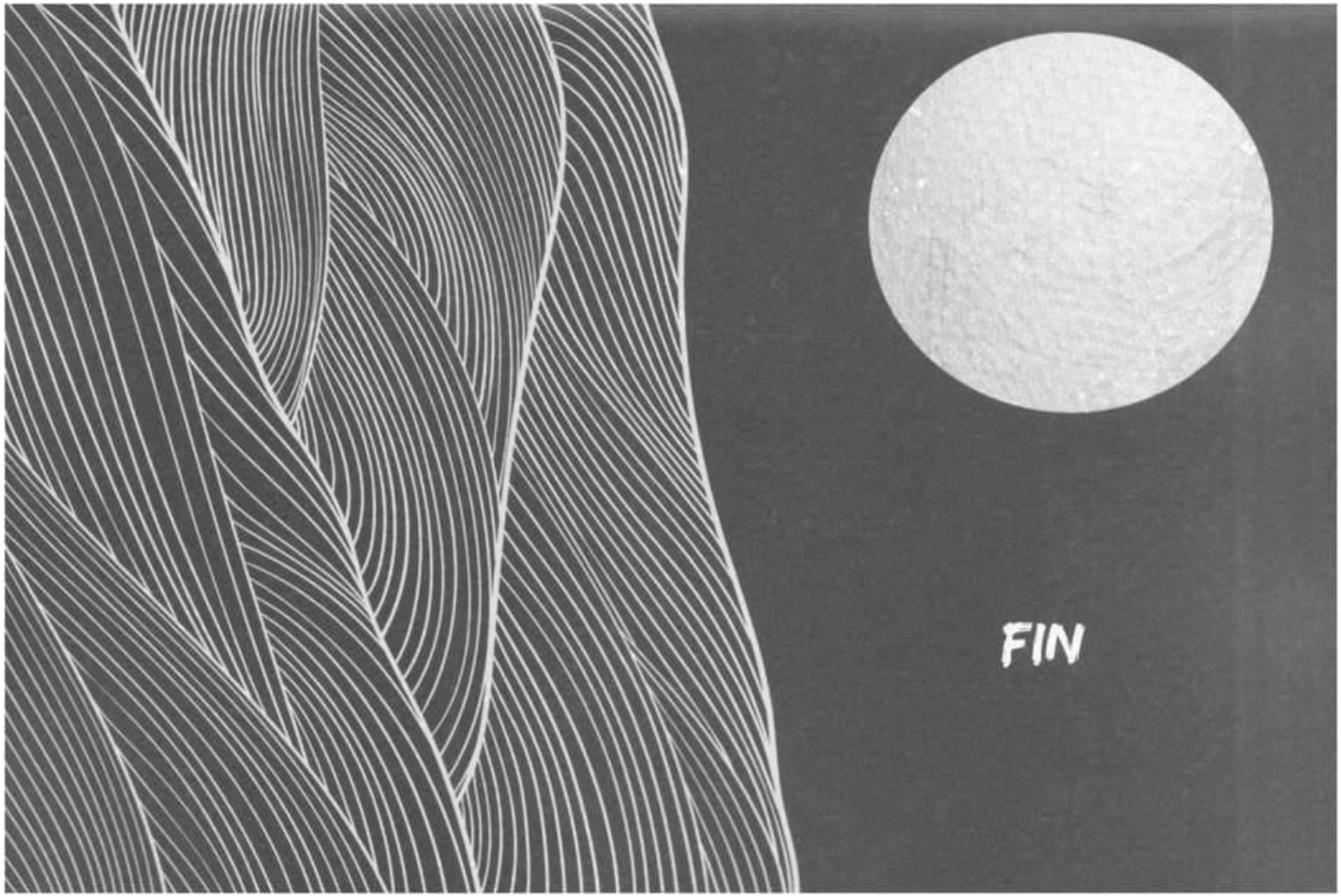
El calor, los rumores, el olor a comida, la melodía de una flauta que se fundía al comienzo de la noche. Y las personas de alrededor entregadas todas por igual a ese ambiente. Allí, sin duda, ocurría algo precioso que no podía nombrarse.

Mashiki, que se había detenido a mirar la luna un rato, frunció el ceño deliberadamente y volvió la vista a Senagaki antes de preguntarle:

—¿Y a qué te refieres con eso?

Pero este se rio y respondió con evasivas:

—Quiero decir que aún soy un inmaduro, ¿sabes?


FIN

SHION MIURA (Septiembre 1976, Tokio, Japón). Mientras estudiaba en la Facultad de las Letras de la Universidad de Waseda, empezó a escribir y un año después de licenciarse publicó su primera novela. En 2006 ganó el prestigioso premio Naoki; desde entonces, se ha convertido en una de las voces más reputadas de la literatura japonesa actual. Su novela *La gran travesía*, sobre un equipo de lexicógrafos, vendió más de 1,39 millones de ejemplares en Japón, ganó el premio de los libreros y se adaptó tanto al cine como al anime. En *El pez en la luna* nuevamente vuelve a profundizar en el mundo del libro, en este caso poniéndose en la piel de dos libreros de viejo y valiéndose de sus propias experiencias trabajando en el mismo campo.

Notas

[1] Alusión a la mitología japonesa. La diosa del Sol Amaterasu, considerada la antepasada de la familia imperial japonesa, se enfureció por los actos violentos de su hermano Susano'o, el dios del mar, de las tormentas y de las batallas, y se encerró en la Cueva Celestial, sellando la entrada con una roca. A consecuencia de ello, el mundo quedó sumido en las tinieblas y se llenó de males. Los ochocientos dioses de todo Japón se congregaron ante la cueva y realizaron *kagura*: danzas y música sagradas para despertar la curiosidad de la diosa solar, de modo que saliera y devolviese el mundo a su estado original. (Todas las notas al texto son de la traductora). <<

[2] Cortina corta y hendida que se cuelga en el umbral de una estancia o negocio. <<

[3] Plato cocido que se suele tomar durante las temporadas frías en japón. En la actualidad, la cazuela se mantiene caliente en la mesa mediante hornillos portátiles y los comensales, familia o amigos, se sirven los ingredientes cocidos que deseen. <<

[4] Más conocido como Togenuki Jizo, un popular templo budista de Tokio al que los ancianos peregrinan sobre todo en busca del favor divino para curar enfermedades. <<

[5] Tradicionalmente, los japoneses se asean o bien sentados en un banquito y se aclaran con un cazo de agua, o bien dándose una ducha antes de meterse en la bañera para relajarse, porque comparten la misma agua caliente del baño con diferentes miembros de la familia. El agua se mantiene tibia mediante calefactores especiales. <<

[6] El servicio de reparto de periódicos a hogares y empresas es común en Japón. <<

[7] Un pantalón femenino tradicional que en Japón se usa para trabajar, es holgado y tiene los bajos ceñidos. <<

[8] Kanda-Jinbōchō destaca en Tokio por ser el mayor barrio de librerías de viejo del mundo, además de albergar la sede de varias de las principales editoriales japonesas y universidades. <<

[9] Fideos gruesos en caldo caliente. <<

[10] Pastelito con forma de besugo y relleno de pasta dulce de judías.
<<

[11] Bolas de harina de trigo, del tamaño de un bocado, que van rellenas de pulpo. <<

[12] Una costumbre tradicional japonesa que consiste en una entrevista formal con fines matrimoniales a través de un intermediario. <<

[13] Presumiblemente es la prefectura de Mie, a unos 400 km al oeste de Tokio. <<

[14] El padre del género de novelas de detectives, natural de la prefectura de Mie (1894-1965). La segunda mitad de su vida transcurrió en una casa del centro de Tokio, donde había un granero que quiso utilizar de despacho, pero que terminó convirtiéndose en su biblioteca. A causa de esto, se creó una imagen de misterioso novelista que escribía a la luz de las velas en el interior del granero. <<

[15] Animado por Rampo fue a Tokio, donde llegó a ser contratado como editor por una prestigiosa editorial antes de convertirse en novelista de misterio. Su obra más conocida, *El clan Inugami*, trata de una disputa familiar por la herencia. <<

[16] *Ganjuro* significa «hombre de roca pesada». <<

[17] Unos cinco metros cuadrados. <<

[18] Bolas de arroz rellenas de otros ingredientes y a veces envueltas en algas *non*. <<

[19] Es el libro más antiguo sobre la historia de Japón, compilado en el 712: *Crónicas de antiguos hechos de Japón*. <<

[20] Es el segundo libro más antiguo sobre la historia de Japón, compilado en el 720. <<

[21] Daimio era el soberano feudal más poderoso desde el siglo X hasta el siglo XIX en la historia de Japón; el periodo Sengoku corresponde a la época de guerras civiles desde finales del siglo XV hasta finales del XVI. <<

[22] Celebradas generalmente del 13 al 16 de agosto en conmemoración del retorno de las almas de los difuntos. <<

[23] *Genji monogatari*, extensa y compleja obra episódica escrita a principios del siglo XX por la dama de honor de la corte imperial japonesa Murasaki Shikibu. Está considerada una de las primeras novelas de la literatura universal. <<

[24] En la primera parte, este personaje aparece como Hideo Toyama y está casado con Misuzu Toyama. Con este cambio de apellido se entiende que se convirtió en yerno. <<

[25] Popular refresco gaseoso en botella de vidrio de cuello estrecho y que contiene una canica. <<

[26] Este texto más breve se incluyó posteriormente en la edición japonesa de bolsillo. <<

[27] Se refiere a un juego japonés tradicional en el que un jugador atrapa un pez con una frágil red de inmersión especial que dificulta la captura. <<